

Clara Tiscar i Castells

EL POLI QUE DUERME
EN EL COCHE, LA
PERIODISTA EN PARO
Y LAS CAJAS QUE
PESAN DEMASIADO

Lectulandia

¿Qué harías si te encontraras 6 millones de euros en un coche accidentado?
¿Te los quedarías si te dijeran que se los han robado a un narco?

Sara y Álex son testigos de un accidente de coche en una pista forestal a varias horas del pueblo más cercano, van a ayudar al conductor y este confiesa que lleva 6 millones de euros en el maletero. Tienen que tomar una decisión rápida, Sara es impulsiva y siempre se sale con la suya, pero Álex siempre hace lo correcto y no suele improvisar.

Sara necesita dinero y su instinto de periodista, un poco oxidado después de 10 años sin trabajar, le dice que se lo quede y tire del hilo. Álex también necesita dinero, de hecho duerme en el coche desde que su mujer le echó de casa, pero cree que su deber como policía es denunciarlo.

Sara intentará convencer a Álex. Álex intentará evitar que Sara se meta en líos, y eso le incluye a él: Sara es una mujer de las que se miran pero no se tocan.

Lectulandia

Clara Tiscar i Castells

**El poli que duerme en el coche,
la periodista en paro y las cajas
que pesan demasiado**

ePub r1.0

Titivillus 22.04.2019

Título original: *El poli que duerme en el coche, la periodista en paro y las cajas que pesan demasiado*

Clara Tiscar i Castells, 2015

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

El poli que duerme en el coche, la periodista en paro y las cajas que pesan demasiado

Jueves

Impetuoso oscuro casi violento
La periodista en paro
Las cajas que pesan demasiado
El euro falso
Pleno al quince

Viernes

Despertar
El poli que duerme en el coche
Lo que está bien
El plan perfecto
En ruta
La falsa versión extendida
El último mensaje
La cuneta
La zanja
No es nada personal
El olvido
El accidente
Mira en el maletero
El narco solitario
Los lingotes de jabón
La vuelta a casa
El amigo enamorado

Sábado

El silencio de la abuela
El poli que vigila
Alguien te vigila
El poli vigilado
El trabajo de Álex

Noche en el coche

Domingo

La periodista intrépida
Te pillé
Los que persiguen
Por fin te encuentro
Gravedad
El tercer hombre
Sara y el sexo
Soy hombre muerto
Sé lo que hiciste el domingo pasado
Vuelve conmigo
Ropa sucia

Lunes

Todo un récord
No es mi problema
El olor del poli
Olor a chamusquina
¿Qué me estás contando?
Ven a cenar esta noche
Que te jodan
El poli que dormía con sus hijos
Noche en vela

Martes

Las zorras son astutas
Sospechas
Descubrimientos
Ni rastro
La vuelta a casa

Miércoles

Lanza una moneda al aire
La pastilla
De compras
Lo que había en comisaría
Azúcar granulado
Marta y Alberto
La fábrica de jabón
Nudos

No te vas, te echo

Jueves

¿Dónde está Álex?

La caja que falta

Lo que me espera

Sobre el autor

Para ti, que haces realidad mis sueños.
Y para Cloe y Greta, causantes de parte de mi locura y
responsables de mi cordura.



Jueves

Impetuoso oscuro casi violento

Todo cambió el día que decidí ser puntual. No es que ahora llegue pronto a los sitios, pero si tengo que elegir un momento concreto en el que empezó a cambiar mi vida, sin duda alguna, es el día que llegué puntual.

Fue el primer día de cole, hace ya medio año, y reconozco que era un propósito ambicioso: quería llegar puntual cada día del curso, algo que no había conseguido más que en cuatro ocasiones a lo largo de 7 años. Ni una por año. No, no exagero, eran cuatro, y las recordaba perfectamente gracias a mis hijas, que se encargaban de ello prácticamente a diario. La conversación casi siempre era la misma:

—Venga, que siempre llegamos tarde —decía yo por la mañana para meterles prisa.

—No, mamá, siempre no llegamos tarde —contestaba Nora rápidamente con su tono de listilla sabelotodo—. Acuérdate del día de Carnaval de hace dos años.

—O del día que yo había quedado para dormir en casa de Alba —apuntaba rápidamente Lola, la que cada día sigue durmiendo cuando todos estamos ya vestidos, la que sale cada día de casa sin peinar, sin desayunar y sin lavarse los dientes. Pues esa misma Lola estaba aquel día perfectamente vestida, peinada y perfumada, en la puerta de casa, con la cartera del cole puesta a las 5:07 de la mañana. Nos enteramos por la alarma que sonó y nos despertó a todos. Carlos me prohibió moverme de la habitación hasta que llegara la policía, por suerte no le hice caso y la encontré a ella, tan contenta y tan despierta. Bueno, y un poco asustada por el ruido.

—¿Y el día que llegamos al cole antes de la hora de abrir? —recordaba Nora a continuación, qué mala leche tiene, no sé de dónde ha salido.

—Ese no cuenta —contestaba yo respirando profundamente para no perder la paciencia—, no pillamos atasco porque había huelga en el cole.

—Huelga que tú no recordabas —añadía ella, siempre dispuesta a que yo me sienta mejor.

—Gracias Nora por tener ese día en cuenta, pero el cole no llegó a abrir.

—Bueno, pero no llegamos tarde —entonaba Nora de ese modo que te pide una llave de judo como respuesta—. Eres poco precisa, mamá.

—Para mí el mejor día de todos los que no hemos llegado tarde fue el año pasado cuando me iba de campamento y llegamos antes que el autocar —

decía Lola del tirón.

—Pues yo recuerdo otro campamento en el que tuve que perseguir al autocar por la autopista porque ya se habían marchado cuando llegamos. ¿De eso te acuerdas, Nora? Tienes poca memoria, cariño.

—Claro que me acuerdo, pero no es mi culpa. La madre eres tú y tienes que esforzarte más. Con la abuela no llegamos nunca tarde. —Así es Nora, mi hija mayor, experta en «zascas».

¿No te parecen un encanto mis hijas? El caso es que mi propósito para el nuevo curso era llegar siempre puntual y el primer día de cole lo conseguimos.

Llegamos antes de que abrieran las puertas, algo que, salvo el famoso día de la huelga, no había pasado nunca antes. Nora tenía 9 años y empezaba cuarto. Lola tenía 5 y estaba en su último año de preescolar. Llegamos a la puerta del cole, ¿he dicho ya que estaba cerrada? Y me felicité mentalmente, ¡lo había conseguido! El orgullo dejó paso a la euforia y lo tuve la claro: iba a conseguirlo cada día. Después me di cuenta de que las niñas ya no estaban conmigo, habían corrido a saludar a sus amigas, a las que no habían visto en todo el verano.

Y entonces, le vi a ÉL. Estaba agachado frente a mí, abrazando a sus dos hijos, un par de gemelos un año más pequeños que Lola a quien solía ver por las tardes con su madre, la típica pija estirada con pinta de quiero y no puedo, pero a él no le había visto nunca. Me acordaría, vaya si me acordaría. Una espalda así no se olvida fácilmente y aunque estaba de cuclillas se le intuía un culo monumental. Tenía que verle la cara de modo que pasé por su lado con la excusa de ir a despedir a las niñas aprovechando que ya habían abierto la puerta. No me hicieron demasiado caso, la verdad sea dicha. Quedaba ya lejos ese primer día de P3 en el que Lola se agarraba llorando a mi pierna suplicando que no la abandonara. Di la vuelta y le miré. Por un momento temí el efecto Porky's: un culo de infarto y una cara de culo. Pero no. Era guapo, una cara de rasgos marcados y angulosos, con la mandíbula cuadrada, labios finos y nariz recta, con buen tono de piel y con esa espalda que prometía estar tan bien musculada. Demasiado, para mi gusto habitual, pero por lo visto Él es la excepción que cumple la regla. Cuando pasé de largo me giré de nuevo, no te voy a engañar, quería mirarle el culo ahora que ya estaba de pie, y de paso fingir que comprobaba si las niñas entraban en el cole sanas y salvas. En ese momento él se giró y nuestras miradas se cruzaron. No me voy a molestar en intentar describirlo, solo diré que nunca había sentido nada parecido hasta ese momento y que me fui con taquicardia al coche.

Fantaseé. Recordé su pelo rubio oscuro, casi castaño. Imaginé que me había seguido y abría la puerta del coche, metía medio cuerpo dentro, me miraba y después me besaba impetuosamente. Esa parte era importante. No solo bastaba con que viniera con ímpetu, abriera la puerta del mismo modo y se metiera rápido en el coche con los suficientes reflejos como para no darse un cabezazo, algo que ya te digo que yo no soy capaz de hacer, también tenía que mirarme, con sus ojos castaño oscuro casi negro y ser impetuoso al besarme. Impetuoso oscuro casi violento.

Sonó mi móvil y pegué un brinco, no es una forma de hablar, salté en el asiento de forma que me golpeé los muslos con el volante. El móvil voló por los aires y fue a parar al suelo frente al asiento del copiloto. Al agacharme me di un golpe en la mejilla con el cambio de marchas. Siempre voy marcada, soy un desastre. Contesté justo antes de que dejara de sonar. Era Carlos, mi marido, que quería saber cómo habíamos llegado al cole el primer día de clase. Le conté orgullosa que había llegado puntual y que me había golpeado en la mejilla al intentar recoger el móvil del suelo. Se rio y me dijo que no me olvidara de ponerme la pomada para que no me saliera mucho cardenal, Carlos siempre tan preocupado por mí.

Luego llamé a Alberto. Es mi mejor amigo, ya lo era en el instituto. Primero fuimos amigos, después salimos juntos durante un año en tercero de BUP y después seguimos siendo solo amigos durante el COU. Fuimos a la universidad juntos y durante esos años follábamos cuando nos apetecía, follábamos juntos, se entiende. Bueno y por separado con quien queríamos, no nos dábamos explicaciones aunque nos lo contáramos todo. No nos planteamos nunca volver a estar juntos como pareja, más allá de follar quiero decir, somos muy parecidos y en una pareja por lo menos uno tiene que ser un poco responsable. Conocíamos a Carlos de verle por la facultad, era un poco mayor que nosotros y me estuvo persiguiendo un tiempo hasta que acepté salir con él, Alberto insistía en que era el tipo de chico que me convenía. Era mi último año en la universidad, Carlos ya trabajaba de periodista en un periódico de páginas color salmón y pensé que había llegado el momento de sentar la cabeza así que le di una oportunidad. Y funcionó. Dejé de acostarme con Alberto, acabé la carrera y empecé a trabajar de periodista en una tele local. Alberto hizo el tonto durante unos años más, trabajó de corresponsal en el extranjero y sentó la cabeza, oficialmente por lo menos, a los 30. Por entonces yo ya había tenido a Nora, estaba a punto de tener a Lola y hacía años que había dejado la tele local para dedicarme por completo a la maternidad. Durante un tiempo mi relación con Carlos fue lo que esperaba:

estable, duradera y segura; y la maternidad el trabajo más gratificante y peor recompensando, aunque tampoco esperaba otra cosa. En algún momento que no sé precisar todo esto cambió, sentía que era una etapa que ya había quemado, necesitaba hacer algo, sentirme útil, vivir aventuras que para eso me hice periodista, y sobre todo, volver a ser yo, Sara, no la mamá de, ni la mujer de, Sara Rueda, periodista. Ese inicio de curso yo tenía en mente otro objetivo mucho más importante que ser puntual: encontrar trabajo. A Carlos le habían recortado mucho el sueldo en el periódico, no le salía nada nuevo, estábamos muy apurados económicamente y yo estaba cada vez más agobiada y estresada, tanto, que casi no dormía por la noche. Alberto, que siempre ha sido la rodilla que impide que me ponga en su hombro para llorar, me decía que me buscara un lío que encontrara a alguien que me echara un buen polvo y me desestresara a base de golpes, de pelvis, claro. «Yo cuando me siento mal echo mano de mi comodín de la mamada» me decía, siempre tan bruto él, y yo que tampoco me corto un pelo le seguía en su chiste fácil para decirle que él dejó de ser mi «comodín público» cuando empecé con Carlos.

Tenía mi comodín, durante muchos años fue Matthew Fox de *Party of Five*, dudé si rescatarlo en *Lost*, pero seguía prefiriendo a su sustituto: Vigo Mortensen, Aragorn, de *Lord of the Rings*. A Vigo lo cambié por Hugh Jackman cuando vi *The Miserables*. Y cuando vi al chico rubio oscuro casi castaño quise suplicar que Él fuera mi comodín, mi cana al aire permitida, mi locura de una sola noche.

Jugábamos a eso con Carlos, teníamos un comodín que podríamos usar sin excusas en cualquier ocasión. Limitábamos el comodín a gente famosa con la que era altamente improbable, por no decir imposible, que tuviéramos la oportunidad de echar un polvo. Él iba cambiando mucho más que yo, al principio fue Penélope Cruz, la cambió por Jennifer López que más adelante dejó paso a Beyoncé, pero antes pasaron por la lista Charlize Theron, Uma Thurman (¡Uma Thurman!), Scarlett Johansson, Mena Subaru, creo recordar que a Beyoncé la desbancó Zoey Deschanel, pero pronto la cambió por Megan Fox. No sabría decir qué chica le gusta ahora, seguro que es más joven que la anterior. Esto es así, con los hombres es lo que hay.

La verdad es que si no sé cuál es el comodín de mi marido ahora mismo es porque he evitado esta conversación durante los últimos meses. Yo cambié de comodín el primer día de cole y ni que vinieran Mathew Fox, Viggo Mortensen y Hugh Jackman, uno a uno, o los tres juntos, les cambiaba por Él. Pronto descubrí que Él vive un par de números más abajo, en mi misma calle.

Cuanto más le veía más le deseaba. Me imaginaba volviendo a casa en coche, después de dejar a las niñas en el cole y cerrando la puerta para que un segundo después alguien llamara al timbre. Era Él. Me empotraba contra la pared y me follaba salvajemente allí mismo. Después yo le daba las gracias y Él se iba. Nada más. Y nada menos.

Podía trasladar la fantasía a cualquier encuentro fortuito que pudiéramos tener, en el súper, en el parque, en un semáforo, Él siempre iba donde yo iba. O yo iba dónde iba Él, no lo tenía nada claro, el caso es que parecía que el destino me lo ponía en bandeja cada vez más a menudo y nos encontrábamos por todas partes. Apenas nos saludábamos, pero Él siempre me taladraba con su mirada. Si esto fuera un libro erótico, tendría que decir que «su mirada provocaba en mí un puñetazo en el estómago», pero en realidad lo que sentía claramente era el chute de adrenalina. Como si alguien estuviera inyectando en mis venas un líquido que subía la temperatura de mi sangre y la hacía sentir más espesa, calentando todos los rincones por los que pasaba y haciéndome sentir el pulso en varias zonas estratégicas. Yo le devolvía las miradas. El resto lo reservaba para mis fantasías, y en ellas solo me lo tiraba una vez. Estaba convencida de que en cuanto le consiguiera dejaría de sentir esa atracción por él.

Alberto estaba de acuerdo con eso, la Tensión Sexual No Resuelta, se resuelve follando, no hay más. Él sentenciaba que cuanto más tiempo pasara, más le desearía. Esto es así, con la TSNR es lo que hay. Mi mejor amigo, infiel por naturaleza, me animaba y me decía: «Fóllatelo. Te dejo las llaves de mi casa. Carlos no se enterará jamás». Pero yo no contemplaba esa opción. Quería a mi marido, teníamos una relación, segura, estable y duradera. Aunque no podía negar que echaba de menos todas esas sensaciones que preceden al primer polvo, no quería echarlo todo a perder, pero tampoco me lo podía quitar de la cabeza. Junto a Alberto empecé a hacer una lista con los tipos de polvos que podría echar con Él, los valorábamos por la intensidad, el nivel de placer, el tiempo o los metros de piel recorrida y no sabía con cual de ellos quedarme.

Estaba el polvo empotrador, el de la pared, que tenía un nivel de intensidad muy alto. Mucho. Tal vez el que más. Pero a cambio tenía cero metros de piel recorridos. Apenas nos tocábamos y el placer era concentrado, intenso si había suerte, pero ¿y si él iba demasiado deprisa? Teníamos solo una oportunidad así que no sabía si ese sería el polvo que debería elegir, en caso de poder elegir, si se hiciera realidad mi fantasía.

Luego estaba el polvo romántico. Todos los astros del universo se aliaban con nosotros para que tanto su mujer como mi marido, y todos los niños, estuvieran fuera del pueblo y nosotros en una cama de hotel durante 12 horas en las que nos mirábamos a los ojos y acariciábamos cada rincón de nuestro cuerpo. Sin duda había muchos rincones de su cuerpo que quería conocer, ver y acariciar. Finalmente, tras varios orgasmos (míos, por supuesto) decidíamos unirnos, sin apenas movimiento, simplemente sintiéndonos. Este polvo se lleva la palma en cuanto a metros cuadrados de piel, nivel de placer, tiempo dedicado, pero le falta pasión, y eso es lo que yo necesito de Él, así que no creo que fuera este el elegido.

Alberto insistía en que una combinación de los dos sería lo ideal. «Quedáis en un hotel, te empotra nada más entrar en la habitación y luego dedicáis tiempo a conoceros a fondo». Sí, esta opción no está mal y si se consumen los dos polvos en el mismo día, según Alberto, que es mucho más experto en infidelidades que yo, cuenta como un solo encuentro sexual así que podría usarlo como comodín.

Si Él fuera un actor de Hollywood, claro.

Otra opción, que es la que practico actualmente, es imaginarme que la tiene muy pequeña. Eso es lo que dice Alberto, que tanto músculo solo puede esconder un complejo. Según él, no hay duda y la tiene pequeña.

La periodista en paro

A Álex le gusta ir a las fiestas de cumpleaños, entre semana no va porque trabaja en el turno de tarde, pero no suele perderse las que son en sábado o domingo, que es cuando su mujer pone cualquier excusa para no ir, lo que a él le parece perfecto. Si tiene que ser sincero, cosa que no va a hacer, te diría que prefiere mil veces ir solo que acompañado por su mujer. Las fiestas en fin de semana suelen estar llenas de padres, que como él, no pueden ir al cole a diario y aprovechan estas ocasiones para relacionarse. Por suerte, los padres ya no son como antes y disfrutan pasando tiempo con sus hijos. Lo que otros llaman implicarse en su educación a Álex le parece lo más normal del mundo, ¿qué otra opción hay a parte de implicarse? La hay, la conoce de primera mano, pero no la entiende. Su padre nunca fue un padre implicado, no tiene la sensación de que lo pasara bien jugando con él o con sus hermanos, pero es que tampoco le recuerda jugando. Él es el más pequeño de los tres y el que menos cosas recuerda de su padre, que se fue de casa con otra más joven, cuando él tenía 5 años. Y no es que no se acuerde de su padre, lo puede ver perfectamente, sentado en el sofá con el mando en una mano, o con el mando sobre la barriga si estaba fumando, y en la otra una cerveza. Recuerda perfectamente que su padre nunca cenaba con ellos, su madre le llevaba un bocata al comedor para que no dejara de ver la tele. No es falta de recuerdos, es que su padre nunca jugó con ellos. Y eso es algo que Álex, cuando supo que iba a ser padre, se juró que nunca pasaría. Él siempre va a estar ahí para jugar con sus hijos y acompañarles a todas las fiestas de cumpleaños que haga falta. La de hoy no pinta divertida, por lo menos para él, como es jueves no hay ningún otro padre acompañando a sus hijos y no le apetece nada sentarse junto a Marta y las otras madres a cotillear, conoce a Marta y cuando ella está en un corrillo siempre acaba sacando chismes, o peor, hablando de sexo. Sale al jardín a jugar a pelota, pronto tiene una hilera de niños de cinco años dispuestos a chutar contra él a ver quién le mete un gol.

Dentro, las madres hablan de sus cosas, es decir, de sexo. Julen, el niño del cumple, le mete un gol, eso le pasa por estar mirando de reojo y con la oreja puesta en lo que hacen las mujeres. Se fija de nuevo en el campo de juego, la puerta de la calle se abre y entran Lola y Nora corriendo a saludar a Paula, la hermana de Julen, que mira jugar a los niños muerta de aburrimiento.

Tras ellas entra su madre, Sara, una chica morena, con una media melena demasiado corta para atarse el pelo en una coleta. Se quita las gafas de sol y clava sus ojos verdes en Álex, que finge que no la ha visto. Ella hace lo mismo y entra en la casa para acercarse a saludar al resto de madres. Apenas las conoce, son madres de una clase inferior a la que va la más pequeña de sus hijas, pero Nora es la mejor amiga de Paula, la hermana del niño del cumple, así que le ha tocado venir a la fiesta.

—¿Y no os pasa —pregunta Marta tomando un sorbo de su copa de vino y luciendo sus impecables uñas de gel con manicura francesa— que ves a ciertas parejas y no puedes evitar pensar cómo deben ser en la cama?

—Eso es lo que te pasa a ti, bonita —dice otra con mechas californianas y manicura idéntica a la de Marta— sabes que todas cuando vemos a tu marido pensamos cómo debe ser en la cama.

—Pues no te lo voy a contar —se ríe Marta—. No, en serio, ¿no os pasa que veis a una chica de esas que se cuida, que está bien, que es toda una MILF casada con un calvo con barrigota y os decís, en qué debe pensar para acostarse con *eso* cada noche?

—En quién debe pensar, querrás decir —se ríe Sofía, la madre del niño del cumple—. Es verdad, hay muchas parejas que sorprenden.

—Hola —dice Sara aprovechando la pausa para reírse que hace el corrillo de madres.

—¡Hola Sara! —dice Sofía levantándose—. ¿Te quedas?

—No tengo nada mejor que hacer —responde Sara pensando al momento qué mierda de respuesta es esa, ella como siempre haciendo amigos.

—¿Y tú eres mamá de...? —pregunta Marta con un tono que Sara no sabe si interpretar como amigable.

—Es la mamá de Nora, la mejor amiga de Paula —explica Sofía—. Y tiene otra niña en P5, Lola, ¿verdad?

—Sí, Lola —confirma Sara que no se decide a sentarse.

En ese momento entra Álex en el comedor, echa un vistazo al corro de chicas sentadas en los sofás y va hacia la mesa para servirse un vaso de agua.

—¿Y a qué te dedicas, Sara? —Marta prosigue su tercer grado y a Sara, definitivamente, no le parece amigable.

—Sara está en casa con las niñas —responde Sofía sin dejar que Sara ni siquiera tome aire para responder. Álex se gira y mira a Sara esperando ver cuál es su reacción.

—Bueno —empieza Sara a quien no le gusta demasiado hablar sobre ella, y menos con este público— eso era hasta el curso pasado, he vuelto al

mercado laboral, soy periodista.

—¿Y para qué medio trabajas? —dice Marta en un tono que empieza a irritar a Sara.

Sara mira a Álex, que desvía la mirada rápidamente para ponerse a beber agua.

—Podríamos decir que soy freelance —aclarar finalmente Sara sin sonreír.

—En resumen, que eres periodista en paro —dice Marta aguantando fijamente la mirada a Sara durante un par de segundos.

Se hace un silencio incómodo, Sara mira a Marta y a Álex, de pie tras ella, que de nuevo, al sentirse pillado desvía la mirada.

—¡Vamos a preparar la piñata! —dice Sofía intentando disipar la tensión que ha oscurecido el ambiente—. ¡No me lo puedo creer! ¡Se me ha olvidado comprarla!

—Ya voy yo —dicen Sara y Álex al unísono. Sara mira incómoda a Álex que se ha quedado paralizado con el vaso a medio camino de la mesa.

—Estupendo —decide Sofía levantándose y acompañando a Sara por el hombro hacia la puerta, de paso coge su bolso junto a la entrada— comprad un par de piñatas y todo lo que veáis que podamos meter dentro —le da un billete de 50 a Álex—. ¡Venga chicos, antes de que los niños empiecen a preguntar por la piñata!

Las cajas que pesan demasiado

Según las instrucciones, debes presionar el *spray* durante 3 segundos y esperar a que haga efecto. Repasa mentalmente su estrategia una vez más. Todo va a salir bien, el plan es perfecto. No habrá heridos ni nadie le perseguirá cuando se largue. Todo va a salir bien, no puede salir mal. Una vez más: el plan es perfecto.

Es la hora. Aparca la furgoneta en el muelle de carga. Se cala la gorra hasta que le tapa los ojos, se sube las solapas de la chaqueta de la empresa, que le va grande, y golpea con el pie la puerta del almacén. Da la vuelta y abre las puertas de la furgoneta, mientras a su espalda chirría la persiana del almacén al levantarse. Cuenta tres Misisipí. Se gira, frente a él un hombre en el almacén le señala unas cajas amontonadas delante de la puerta. Es el momento. Se acerca a las cajas y se asegura de tener el *spray*. El mozo le mira extrañado, «tú no eres el de siempre» va a decirle, pero no le da tiempo. El falso repartidor saca el *spray* del bolsillo con una mano, con la otra se levanta el cuello de la camiseta, gira la cara y presiona el *spray* contra la nariz del mozo del almacén. Cuenta tres Misisipí, no ocurre nada, cuatro Misisipí, cinco Misisipí, seis Misisipí deja el *spray* y ve el palo con el que se ayudan para bajar la persiana. El hombre se tambalea pero no cae al suelo hasta que recibe el golpe del metal.

Eso no formaba parte del plan, pero qué más da, dormirá un rato más y listos. Ata a su víctima por los pies y con ayuda de una carretilla acerca las cajas a la furgoneta. Las mete con mucho esfuerzo y decide llevarse también la carretilla, de otro modo él solo no las va a poder mover, las cajas pesan demasiado.

El euro falso

Qué momento tan tenso, aunque no sé si preferiría seguir en la fiesta de cumple con las arpías que aquí en medio de la calle con Él, esto es un momento tenso y lo demás son tonterías. Si no sé ni cómo se llama. La tiene pequeña, la tiene pequeña, la tiene pequeña. ¿Me está hablando? La tiene pequeña y no sabe usarla. Sí, me dice algo.

—¿Te parece bien? —pregunta sin mirarme y empieza a andar.

—Eh... ¿Qué? —Le sigo sin saber a dónde vamos. A comprar una piñata, ¿pero dónde?

—Es este de aquí. —Se ha parado junto a un coche. Saca las llaves, el coche nos saluda encendiendo todas las luces a la vez. Él se quita la chaqueta yo sigo de pie a su lado sin decir ni hacer nada— conduzco yo —dice antes de entrar.

Sigo de pie, pensando por qué ha dicho que conducía él, es su coche pues claro que va a conducir él. Arranca el motor. Mierda, era porque sigo de pie al lado de la puerta del conductor. Paso por detrás del coche y veo cómo me mira por el retrovisor. Yo no me puedo meter en un coche con este tío, pero abro la puerta y entro decidida, tanto que mi cabeza choca contra el techo del coche que es más bajo que el mío. Finjo que no ha pasado nada, veo que Él se ríe disimuladamente. Me tiembla un poco la mano y me cuesta encontrar el cinturón de seguridad, no puedo evitar fantasear con que Él se acerca a ayudarme, pero Él mira por el retrovisor de la puerta, espera pacientemente sin mirarme ni una vez y cuando el cinturón hace clic pone la marcha atrás y empieza a maniobrar para sacar el coche. Ahora soy yo la que mira por el retrovisor, primero para asegurarme de que no venga nadie, soy muy mala copiloto, y segundo para no mirarle a Él. De reojo veo sus bíceps. ¿Cuándo he vuelto 20 años atrás? Tenerle cerca me hace sentir como una niña de 17. Enciende la radio.

—¿Música o política? —pregunta sonriendo, ¡Dios, qué dientes tan perfectos!

—Música —decido yo—. Tú conduce y yo busco algo decente. —¿Estoy tonteando?

—A ver qué es para ti decente —dice él sin perder de vista la luna delantera, pero sonriendo.

—¡Oye! —Le miro y me hago la ofendida cuando veo que él mira de reojo. Estoy tonteando.

La radio tiene unas cuantas emisoras grabadas, las típicas con música para viejunos. En una de ellas suena *Night Boat to Cairo*, de Madness. Dejo de buscar.

—¿Te gusta? —Rezo para que me diga que sí, por lo menos que sepa quién son.

—Normal —dice él.

—Pues a mí me encantan, si quieres ponerme de buen humor ponme Madness, no falla nunca —le suelto y me siento idiota al momento.

—Lo tendré en cuenta, gracias por el consejo —dice él sin dejar de sonreír.

—No era un consejo, tonto. —¿Decía 17? Creo que ya voy por los 15, intento ponerme seria—. Es por el saxo y las trompetas.

La canción termina y en la radio empieza a sonar *Money for Nothing*.

—¿Esta te va bien? —pregunta él—. ¿Aunque no tenga trompetas?

Me río como una adolescente, mejor me quedo callada, cómo he podido terminar hablando de «saxo y trompetas». Él conduce por la carretera que va al polígono industrial, allí hay un Bazar Chino enorme en el que tienen de todo, seguro que no les faltan las piñatas.

Sonrío durante todo el camino y observo que él hace lo mismo. Hemos llegado, en la tienda no habrá mucha gente, el *parking* está prácticamente vacío. Seguimos sin hablar cuando salimos del coche, caminamos uno junto a otro y por un momento nuestros brazos se rozan, él se aparta ligeramente para que podamos andar sin tocarnos.

Se nota que ambos hemos estado aquí antes, vamos directos al pasillo de los artículos de fiesta. Le digo que elija él ya que tiene dos niños de esa edad y yo me dedico a buscar caramelos para ponerle dentro. Lleno una cestita con chuches variadas y juguetes de plástico, añado unos lápices de colores, unas libretas y llego a la caja. Me detengo frente a un expositor con jabones que parecen artesanos. Huelen bien. Cojo uno y lo dejo en el mostrador. Voy a ver qué hace este chico que tarda tanto. Él también me está buscando, le veo al pasar entre pasillos. No sé su nombre y no puedo llamarle. Se gira y me ve, viene hacia mí.

—Estás aquí —dice sonriendo.

—Sí, no podía llamarte, no sé cómo te llamas.

—Álex —dice él sin dejar de sonreír.

—Sara —digo yo haciendo lo mismo. Ninguno de los dos hace ningún gesto para besar al otro—. Tú ya sabes que soy periodista en paro, ¿a qué te dedicas tú, Alex?

—Soy policía —dice él.

Vaya, no me lo esperaba. Ahora que lo dice, sí que tiene pinta de poli, pero ni se me había pasado por la cabeza. No sé nada de él y cuánto menos sepa mejor, la verdad. Hemos llegado a la caja, hay un tipo trajeado esperando a que le cobren. El chino sale de la trastienda, deja una pastilla de jabón junto a la que he dejado yo antes.

—Voy con un poli —digo yo— qué responsabilidad, tendré que portarme muy bien, me apoyo en el mostrador y tiro las dos pastillas de jabón.

Álex se ríe, seguro que le han hecho esta broma mala mil veces, el tipo trajeado se agacha, coge una pastilla rápidamente y se la mete en el bolsillo y sale con mucha prisa de la tienda, y yo mejor me quedo quieta y calladita que estoy más mona. Álex deja las piñatas en la caja y yo pongo la cesta a su lado. Juego con la pastilla de jabón, busco en mis bolsillos y saco un euro, que dejo al lado del que ha dejado el tipo trajeado. Alex deja el billete de 50 sobre el mostrador. El chino nos mira como si no supiera qué tiene que hacer a continuación, sale una señora de la trastienda y le dice algo en chino que suena a bronca del tipo «mira cómo me tienes el almacén y tú aquí perdiendo el tiempo». El chico desaparece por la puerta de detrás del mostrador. La señora nos sonrío y se pone a cobrarnos.

Ayudo a Álex a meter las cosas en las bolsas, la señora nos sonrío de nuevo inclinando la cabeza y se mete en la trastienda a pegarle gritos al chico. Cojo la pastilla de jabón, el cambio y sigo a Álex que ya ha salido de la tienda.

Álex deja las bolsas en el maletero y yo me siento en el asiento del copiloto. Dejo la pastilla de jabón al lado del cambio de marchas y saco el dinero de mi bolsillo para dárselo a Álex, que entra en el coche justo ahora. Le muestro las monedas y con un gesto me indica que se las deje en el hueco del coche. Vaya, no quiere ni rozarme. Mejor así. Dejo las monedas y algo me llama la atención. Es un euro con la cara de un chino.

—Mira, un euro falso —él pone su mano plana para que yo se lo deje en ella, cosa que hago con cuidado de no rozarle. Le miro la cara pero él ya está concentrado en la moneda—. Ves a detener al chino por timarte un euro. —Le reto provocadora.

—Quédatelo —dice él sujetándolo y acercando su mano a la mía. Abro la palma y él suelta la moneda en mi mano. Pasamos el resto del camino en

silencio, esta vez no ponemos música, él conduce y yo juego con el euro falso.

Pleno al quince

Marta está harta de sentirse sola. Sabe desde hace tiempo que Álex está con ella pero sin estar con ella. Se fue. De un día para otro. Miradas perdidas, sonrisas mirando al vacío, Álex no tiene una aventura, eso lo tiene claro, pero hace tiempo que está enamorado de otra. Sabe que se queda por responsabilidad, por lealtad, por los niños. Pero ella ya no se siente querida, tal vez sí, pero de otra forma. Ya no se siente deseada.

Han dejado de hacer el amor, hace demasiado tiempo que Álex está cansado, que duerme de espaldas a ella, sin mirarla, sin rozarla. Él, que solía despertarse el último, hace tiempo que ya no está en la cama cuando ella despierta. No la busca entre horas, no le gasta bromas, ya no se ríe con ella. Álex solo se ríe con los niños.

—Sé que te has enamorado de otra —dice ella de sopetón cuando vuelve al comedor después de dormir a los niños.

—¿Eh? ¡No! ¿Qué dices? —Álex, que acaba de sentarse en el sofá, se levanta como si tuviera un muelle en el culo.

—Sí, encima niégalo.

—¿Estás insinuando que tengo una aventura? Yo jamás te haría eso, Marta, lo sabes.

—¿Por qué no hacemos el amor? —dice ella subiendo el tono y sin esperar respuesta empieza a gritar—. ¿Cuánto hace que no me follas? Ya te lo digo yo, ¡meses! ¿Cuánto hace que ni siquiera me miras? Si cada día parece que tengo más manías y menos virtudes, no me soportas.

—Marta, el trabajo, los niños, estamos cansados.

—¡Eres un cobarde! —grita ella perdiendo totalmente los nervios—. Ni siquiera tienes el valor de reconocerlo.

—Marta pasamos una mala racha, le puede pasar a cualquiera. —Hace una pausa, pero ella no dice nada—. No dramatices, por favor.

Si esto fuera una quiniela, Álex ahora mismo tendría una de 14. No podría haber elegido mejor sus palabras, si lo que pretendía es que ella gritara e insultara durante un buen rato, claro. Álex aguanta el chaparrón, pero acaba explotando.

—¡Sí! ¡Joder, sí! —Álex se sienta en el sofá— estas cosas ocurren, ya se me pasará.

Y ya tenemos el pleno al quince. De repente todo pasa muy rápido. Ella le pide que se vaya. Le dice que no hace falta que vuelva, que cuando sepa dónde va a quedarse ya hablarán de cómo se reparten a los niños.

Él pregunta gritando cómo ha planificado ella que paguen otro alquiler. Con lo que gana ella no paga la hipoteca. ¿De qué piensa vivir? ¿Volverá a trabajar de abogada especializada en divorcios? Él quiere ser su nuevo primer cliente.

Álex no suele tener esta mala leche. En general es un tío muy contenido, pero la sola idea de perder a los niños saca lo peor de él.

Marta se encierra en la habitación, después de gritarle que se quede el coche nuevo, ya que ella no va a poder pagarlo.

Álex se sienta aturdido en el sofá. Está muy enfadado, mucho. Con ella, por no ser capaz de hablar las cosas como personas civilizadas, con él, que por mucho que ha querido evitar romper esta familia tiene que marcharse de casa y dejar allí a los niños.

Los últimos meses ha sentido en más de una ocasión la necesidad de llorar, pero no lo ha hecho, casi nunca está solo, se reprime una vez más y entra en la habitación de los niños.

Han querido dormir juntos, como casi cada día. Esta noche la cama elegida ha sido la de Leo. Bruno duerme junto a la pared y Leo le pasa el brazo por la cintura, todavía son tan pequeños. Álex contempla a sus hijos pensando lo rápido que ha pasado el tiempo desde la primera vez que los tuvo en sus brazos. Bruno fue el primero, mientras sacaban a su hermano, él ya estaba en los brazos de su padre. Enseguida llegó Leo y Álex dudó por un instante si podría con los dos a la vez. La comadrona le ayudó, él estaba sentado en una silla, las piernas no le hubieran sostenido.

Fue su estreno como padre, los tuvo envueltos en una toalla viendo cómo respiraban y cómo se buscaban con las manitas el uno al otro. Les prometió mucho, todo, mientras les abrazaba por primera vez. Lloró un poco, se cortó porque había mucha gente, otra necesidad reprimida, como la del momento en que besa a sus hijos dormidos sin saber cuánto tardará en volver a verles así. Se tiene que marchar cuando lo que quiere es tumbarse con ellos y quedarse acurrucado sintiendo sus cuerpecitos cálidos y suaves.

Conoce a Marta y sabe que no hay vuelta atrás. Es muy firme en sus decisiones y puede ser muy muy hija de puta, conseguirá que él pague el crédito del coche, la hipoteca y que le pase una pensión para los niños. Con lo que le sobre a él solo le quedará para pagar la gasolina y una comida caliente al día.

Sale de casa con lo puesto. Baja al garaje y saca el coche. Es lo único que le queda. Conduce durante un rato sin pensar. Vive en un pueblo costero y va en dirección contraria al mar. El asfalto hace rato que se ha transformado en una carretera polvorienta y llena de baches. No sabe dónde está aunque es una montaña que conoce bien, en bici, de día.

El bosque mediterráneo acompaña a Álex a lo largo de todo el recorrido. Las manos le duelen de sujetar el volante con furia. Se da cuenta de que corre demasiado. La garganta empieza a dolerle, los ojos le arden.

Frena en seco. Lloro. Como hace meses que desea hacerlo. De rabia, de frustración, de miedo. Lloro como un niño, desolado, sollozando, sintiéndose terriblemente culpable.

Con sus padres separados, no quería ese futuro para su familia. Durante años no quiso tener niños, pero cuando él cuando la caga lo hace a lo grande, así que en una noche de furia rompieron el condón, justo en el momento de la última embestida. Fue rápido saliendo, pero no lo suficiente, por lo visto.

Si él está en forma, imagínate a sus soldaditos, salieron disparados en estampida y no tardaron en rodear el trozo de látex, entre mordeduras, coletazos y subiéndose unos encima de otros, más de uno llegó al final del camino. No sabían dónde había que ir, pero el instinto se encargaba de todo, iban sin tener muy claro que al final del túnel les esperara una buena recompensa, pero sí. Aquella noche se organizó una fiesta inmensa entre la pandilla de soldaditos intrépidos y un par de ovulitos *sexys*.

Marta y Álex, pasado el impacto de la primera ecografía, empezaron a bromear diciendo que a los gemelos, si eran niños les iban a llamar Condón Roto y si eran niñas las llamarían Goma Rota. No eran muy originales en sus chistes.

El problema era si tenían uno de cada. Pero fueron dos niños, Bruno es Condón y Leo es Roto. Les estuvieron llamando así en privado durante algún tiempo, hasta que Marta decidió que sus hijos no podían saber que eran fruto de un accidente que obligó a sus padres a comprar un piso a medias para poder vivir juntos. Marta dejó de trabajar de abogada para ser la recepcionista a media jornada en el mismo bufete. Pocas horas de trabajo y sin responsabilidades, lo máximo a lo que estaba dispuesta ya que Álex no podía mantenerles a todos. El sueldo de un policía no da para mucho.

Y Marta, la que un día fue una abogada con una mala leche del quince, que podía pasar horas investigando y tirando de hilos para dejar sin un céntimo a los maridos infieles, la que no se iba a casar nunca porque todos los hombres eran iguales, la que no quería tener hijos porque te atontan, se

convirtió en una tonta que era incapaz de hablar de otra cosa que no fueran cacas, eructos, gases o cólicos. Álex pensó que con el tiempo cambiarían las conversaciones, pero solo fueron evolucionando al ritmo de los niños.

Álex adora a sus hijos, pero Marta dejó de parecerle interesante, divertida, mordaz. Ya no se reía con ella, ella ya no planeaba nada para ellos. Solo les unía la cama, eso sí que lo tenían. Marta, pasados los primeros meses en los que solo vivía y respiraba para los niños, volvió a ser la de siempre, y con prisas, así que se encontraban follando deprisa y corriendo en cualquier rincón en cualquier momento para que no les pillaran los niños. Hasta que conoció a Sara.

Álex se recupera, sin saber cuánto tiempo ha pasado llorando. Da la vuelta y baja a casa de nuevo, esta vez conduce lentamente. Todavía respira de forma entrecortada de vez en cuando, son los sollozos que quedan dentro, la tristeza se le escapa, es tanta que no la puede contener.

No sabe dónde ir casi a las 4 de la mañana así que decide aparcar en el descampado que hay donde acaba la montaña, en esa misma calle está el edificio donde vive. También la casa de Sara, es la que tiene justo delante, al otro lado de la calle. La tiene tan cerca. Y tan lejos.

Álex pasa al asiento trasero, que tiene las ventanas tintadas. Se duerme, como cada noche de los últimos 6 meses, pensando en ella.



Viernes

Despertar

Le despierta un martilleo incesante. Antes de abrir los ojos ya nota que le duele la cabeza. El suelo está frío, siente la urgencia de escapar de allí antes de recordar realmente lo que pasó. Un tipo raro con gorra y algo que le tapaba la boca. ¿Laca para el pelo? Una imagen borrosa. Un palo de hierro. Su cabeza.

Recordar le hace tener todavía más prisa por escapar. Él no es un valiente. Que acabara metido aquí fue una casualidad. Demasiados meses de mentiras, demasiado tiempo de miedo. Temía que llegara este momento. Pone las manos en el suelo, el cerebro entero palpita, como si fuera un segundo corazón muy doloroso que se golpea contra las paredes interiores de su cráneo.

Levanta los pies en un heroico impulso final y empieza a correr. El golpe le pilló por sorpresa. De nuevo en el suelo, no entiende qué ha pasado.

Aturdido intenta pensar, tiene que ser rápido, ahora mismo no parece haber nadie más, le han dejado sin vigilancia, tiene que escapar. Lo primero es desatarse los pies, es lo que ha hecho que se caiga. Le han atado los pies, pero no las manos, por lo que puede desatarse rápidamente. Las ventanas están altas, es imposible salir por ellas sin arrastrar nada para subirse. Demasiado ruido. Se dirige lentamente hacia la puerta, ha trabajado en la fábrica los últimos 9 meses, conoce cada rincón al dedillo, y sabe que solo puede salir por la puerta principal. Casi todo está como lo recuerda antes del golpe que le ha dejado dormido las últimas horas. Salvo que ya no hay cajas, ninguna. Lo recoge todo y aguantando la respiración va hacia la puerta.

Está abierta y no parece haber nadie fuera. No puede creerse la suerte que ha tenido. Parece que le han descubierto y que le tendieron una trampa. Pero no acaba de entenderlo: le reducen, pero no le matan y luego le dejan medio atado y sin vigilancia, no solo puede escapar sino que puede recuperar las pruebas que le incriminaban. Esto no puede estar pasando. Por un momento duda, cree que sigue dormido en el suelo, no ha despertado, esto es un sueño. Un final justo, después de un desenlace esperado. Y temido.

Sale a la calle, siempre tan oscura, parece que alguien tiene especial interés en apedrear las farolas. Puede ver su coche, aparcado donde lo dejó, le quedan pocos metros para llegar a él. Y aunque todavía huele el peligro, ya respira la libertad.

—¡Marcos!

El grito paraliza a Marcos, que en realidad no se llama Marcos, y sin girarse valora sus opciones. Que no le hayan pegado un tiro todavía no significa que no puedan pegárselo ahora si intenta subir al coche.

El dolor de cabeza no le deja pensar con claridad.

—Marcos —repite la voz, que no suena nada amenazante, una voz con acento chino no suena nunca amenazante, y menos llamándole «Malcos»—. ¿Todavía estás aquí?

—Sí, pero ya me iba —improvisa él— el chino no parece preocupado por su fuga.

—Gracias por hacerte cargo de la entrega de anoche —dice su jefe en voz baja—. ¿Todo bien?

—Sí —asegura él sin dudar—. Todo bien, salieron todas las cajas. —No tiene ni idea de dónde han ido las cajas pero no le está mintiendo.

—Perfecto —dice el chino—, tómate el día libre, buen fin de semana.

Marcos sube al coche perplejo, no entiende qué ha pasado. Gira la llave del contacto, aguanta la respiración. Por un momento teme que pueda explotar el coche, pero no. Conduce, tiene miedo pero no le sigue nadie. De ambas cosas está seguro.

Entra en casa de puntillas. Pasa por el baño, abre el botiquín, no hay calmantes. Su mujer le mata si la despierta a esas horas pidiendo ibuprofenos. Le mata si la despierta, en general, así que se masturba, relaja la tensión y mejora su dolor de cabeza.

Se mete en la cama, su mujer se acerca a él dormida y le abraza cariñosa. Él se caga en la puta paja que acaba de hacerse. Ella frota su cuerpo contra el suyo. Él se queda rígido, ella dice algo en sueños, que él no acaba de entender, se ríe un poco y le da la espalda encajando su culo entre la barriga y las piernas.

El poli que duerme en el coche

Me despierto con la sensación de no poder estar en la cama ni un minuto más. Necesito salir de casa y correr. Correr, correr, correr, me siento como Forrest Gump y quiero correr, sin parar hasta llegar muy lejos, donde nadie me conozca, donde poder empezar de nuevo.

Soy la peor madre del mundo. Se supone que esto es lo único que tenía que hacer. Dejé mi trabajo para centrarme en mis hijas, en su educación, en proporcionarles una infancia feliz. Lo hice convencida, llena de amor, en el mayor acto de generosidad que nunca he llevado a cabo, presa del espíritu rebelde y medio *hippy* que siempre me ha acompañado, «esto es el nuevo feminismo», decía yo.

Me da mucha rabia mi marido, Carlos. Él es el preciado objeto del deseo. Ellas le adoran, le obedecen, son educadas y cariñosas, le ponen esos ojitos y consiguen que yo parezca una madre histérica y fuera de control. Son unas brujas.

Salgo a correr porque necesito escapar. Necesito sentirme libre, llenarme de energía, tener fuerza para despertarlas con buen humor y una sonrisa y aguantar sus primeros gritos como si no pasara nada. Si no saliera a correr las iba a aguantar su padre. Pero no. Su padre, el genial, no podría porque trabaja. Y mucho.

Está metido en algo, está claro, eso es así. Aunque no me lo cuente lo sé. Le apasiona su trabajo, pierde la noción del tiempo buceando en archivos, buscando información, casando cuentas, investigando, tirando del hilo, le encantan los delitos económicos. No le he preguntado de qué se trata pero creo que esta vez tiene que ver con la justicia. Estoy bastante segura. Aunque puede que no, hace tiempo que perdí mi olfato periodístico. Él lo niega, dice que no hay nada, se queja de los recortes de sueldo y del montón de horas extras que tiene que echar. Sea como sea no le vemos el pelo, bueno el pelo dejamos de vérselo hace tiempo, no le vemos la calva, que casi no está en casa, quiero decir.

Así que también le odio por salir de casa, por tener trabajo, por no haber cambiado de vida. Solo tiene la parte buena de la paternidad. Sigue con su trabajo, tiene su carrera, gana su dinero.

Es cierto que no nos falta de nada, que la que disfruta de lo que él gana soy yo. Pero no puedo evitar sentir envidia, yo también tenía una carrera y la

abandoné. Y ahora no podría volver a trabajar aunque quisiera, han pasado casi 10 años. Todo pasa en Internet y yo no tengo ni idea de redes sociales, ni siquiera tengo un perfil en Facebook. Ni tampoco tengo idea de qué iba yo a vivir si Carlos se hartara de mí o si le pasara algo. Ya no soy útil. No podría ni siquiera mantenerme a mí misma.

Perdí un embarazo de siete meses cuando Nora tenía un par de años y pensé que, para olvidar el dolor, era un buen momento para buscar trabajo. Durante tres años dediqué a ello varias horas al día. Pero nunca me llamaban de ningún sitio. Y entonces, para olvidar que no podía encontrar trabajo, pensé que ya estaba preparada para quedarme embarazada de nuevo. Pero no soporto vivir con la idea de no ser autosuficiente.

Así que corro para olvidar todo esto. Y porque me gusta, claro. Vivo al pie de una montaña, mi casa es de las últimas del pueblo, por lo que cada mañana antes de las 6 subo a correr. Lo bueno de vivir donde vivo es que de vez en cuando bajo a correr al mar. En verano a veces hasta me doy un chapuzón desnuda, cuando estoy bien lejos de casa, antes correr el camino de vuelta.

Bajo de la montaña sudada, todavía no debo reducir el ritmo, como cada día me paro en el descampado frente a casa. Unas flexiones y unos cuantos abdominales y me voy para la ducha, podría hacerlo en casa pero corro el riesgo de que alguien se despierte. Pienso que el mejor momento del día es este, cuando sudada y hecha polvo voy andando lentamente para casa. En realidad el mejor momento después de correr debería ser el instante post ducha, con el primer sorbo del café pero es un como un *coitus interruptus*, lo siguiente es despertar a las niñas y empezar a aguantar sus gritos. Así que mi mejor momento del día siempre es cuando vuelvo hecha polvo para casa y no se hable más. Es lo que hay.

Pensar en las niñas me pone tensa. En realidad las adoro, las quiero con locura, daría mi vida por ellas, solo es que Nora me odia, lo ha hecho siempre. Me trata como a una esclava y he aguantado eso durante casi una década y se me ha acabado la paciencia. Me da un tirón y subo la pierna al capó del primer coche que encuentro. Estiro la punta del pie mientras disfruto de ese dolor que hace que el músculo empiece a soltarse. Un instante de silencio en mis auriculares. Empieza una nueva canción y en este momento decido que va a ser un gran día. Y eso que yo no suelo pecar de optimista. Abro los ojos, me siento observada. Dentro del coche, en el asiento de atrás alguien me está mirando.

Álex.

Vaya. ¿Me lo parece a mí o acaba de despertarse? Tiene muy mala cara.

Sigo con el pie sobre el capó, lo bajo lentamente y le saludo con la mano. Me temo que mi sonrisa es un poco forzada. La suya también. No sé qué hacer. Acaba de despertarse, no está afeitado y aunque lleva el pelo muy corto se le nota despeinado. Él cierra los ojos, me mira de nuevo y baja la mirada avergonzado. En mis auriculares se hace un nuevo silencio entre canciones. En mis venas, la sangre corre caliente y espesa. En la garganta un nudo, ternura. ¿Qué me pasa? Siento la necesidad de entrar en el coche de Álex y abrazarle. Pero no puedo decirle que todo va a salir bien, porque no sé qué le pasa y cuánto más le miro más me siento en caída libre. La adrenalina también cae en picado y entonces me siento muy triste. Él vuelve a mirarme, levanta la mano y me saluda. Un gesto le vale para preguntarme qué escucho. Le sonrío y coloco una mano cerrada frente a mis labios, muevo la otra mano fingiendo tocar una trompeta. Él se ríe mucho. Mierda. Me parece que mi gesto no ha sido muy adecuado. Por suerte, que mi madre tenga la mala costumbre de llamarme cada día a las 7:15 me salva de este momento de vergüenza. Contesto rápidamente «buenos días mamá», me doy media vuelta y me despido de Álex levantando la mano sin girarme. Mi madre habla, pero yo solo puedo pensar en mí misma sudada y haciéndole un gesto sórdido a Álex con las manos y la boca. Si ya sabía yo que no era buena idea hablar de trompetas y saxos. Esto se lo tengo que contar a Alberto.

Lo que está bien

Álex observa a Sara marcharse, suele correr con gorra. Lleva tiempo observándola y sabe que cada mañana corre por la montaña y que algunos días, como él, baja a correr por el paseo marítimo y se baña desnuda de madrugada a varios kilómetros de casa, ella no sabe que él la ha visto varias veces a lo largo de estos meses. Desde el primer día que la vio, cuando todavía era verano, que no hay mañana que no baje a la playa a correr esperando que ella también decida ir ese día y poderse cruzar con ella. Podría subir a la montaña y averiguar cuál es su ruta, también podría decirle directamente que él también corre y que deberían hacerlo juntos. Pero no, Álex no va a hacer nunca una cosa así. Álex solo hace lo correcto.

Las primeras semanas se sintió un poco desconcertado, no sabía describir lo que le pasaba con Sara. Ser sincero con uno mismo no es fácil y cuando lo consigues ya no puedes volver a mentirte. Lo aceptó durante la Navidad, tantos días sin verla en la puerta del colegio y sin obtener su sonrisa de cada mañana se le hicieron eternos e insoportables. Necesita ver su sonrisa, solo eso. Al principio pensó que era algo sin importancia, pero después se dio cuenta de que eso es lo que otros definen como estar enamorado. Podría haber buscado la manera de hacerse el encontradizo y verla durante las vacaciones, pero ni se le pasó por la cabeza. Álex siempre es fiel a sus decisiones.

Desde pequeño Álex tiene un sentido de la justicia muy marcado. Es policía por convicción, aunque se sonroje al confesar que durante su adolescencia fue algo rebelde, a veces cuesta construir los propios valores. Tenía casi 17 años cuando decidió que ya estaba bien de ser un buen chico. Le dieron una paliza a la salida del instituto, a él que nunca se metía en líos. Hacía deporte y estaba en forma, gustaba a las chicas, no necesitaba jugar a ser un chico malo para que se fijaran en él. Se las llevaba a todas de calle, solo hacía falta fingir indiferencia, pasar un poco de ellas y eran ellas las que le seguían a él y a su flauta mágica cual flautista de Hamelín.

Vivía en un sitio conflictivo. El colegio de monjas donde estudiaba era un suplicio pero era lo mejor que te podía pasar en ese barrio. Cerca había institutos que si hubieran estado en América habrían tenido detectores de metal en las puertas. Siempre había movidas entre los pijos de su colegio y los quinquis del barrio. En aquel momento no sabía que Juanra, uno de los más

chulitos de su clase se había liado en Estudio 54 el viernes antes con la novia de uno de los peores quinquis del instituto público, el Mariposa.

El mote venía por su compañera habitual, una navaja que estaba muy de moda por aquel tiempo. Practicaban durante horas para abrirlas y cerrarlas de esa forma tan espectacular, con la sencilla razón de ser capaces de acojonar a cualquiera. De hecho, con sacar una navaja y meterla en el cuello a cualquiera, sin necesidad de hacer todo ese aleteo previo, le hubieran acojonado igual, pero era lo que se llevaba. Los quinquis también tienen sus modas.

Le pillaron desprevenido, ellos iban a por cualquiera de ese colegio y él salía el primero, corriendo porque tenía entreno de fútbol. El colegio estaba en una calle estrecha, le acorralaron, la monja de la puerta la cerró rápidamente cuando vio que entre 10 o 15 quinquis lo tiraban al suelo y le empezaban a dar patadas por todas partes. Álex vio la puerta cerrarse y supo que estaba muerto. Obviamente se equivocaba.

Las semanas siguientes la policía vigiló la salida y la entrada del instituto. Obligaban a los chicos a salir del callejón rápidamente y a irse para casa. El ambiente en el colegio era muy tenso, algunos chicos y muchas chicas se habían quejado de la actitud de la monja de la entrada que cerró la puerta e impidió que nadie saliera a ayudar a Álex, pero él no estaba allí para vivir nada de eso. Se perdió lo poco que quedaba de curso y cumplió los 17 con la cara todavía amarilla por los restos de los golpes, la mandíbula y el parietal rotos, tres costillas fracturadas, una de ellas perforando un pulmón, y algunos órganos internos inflamados. Tuvo suerte, durante unos días temieron por su vida, pero Álex era un tío deportista que salió del hospital con 17 años y muchos días, en perfecto estado de salud y dejando atrás a ese buen chico que había sido. Se aisló y durante meses lo único que hizo fue acudir al gimnasio a coger músculo. Golpeaba durante horas el saco de boxeo tratando de sacar la rabia acumulada. En el gimnasio coincidía con uno de los chicos malos de su clase y no tardaron en planificar una venganza.

Durante meses se peleó con los otros chicos, nunca tenía suficiente, siempre había algo que vengar. No se matriculó en la universidad, vivía en un presente constante en el que no había posibilidad de futuro, no sin antes, cerrar algunos temas pendientes y, claro, unos temas llevaban a otros.

Abrió los ojos el día que vio a los quinquis matar a un indigente a patadas. Pensó que podría haber sido él. El muerto o el asesino. Porque salían a matar, era premeditado. Y cualquier día él se cargaba a uno de ellos, no indigentes, sino quinquis asesinos.

Acudió a la policía, denunció y se sintió reconfortado. Les detuvieron, no pasó como cuando le pegaron a él que eran menores y no le habían matado. Esta vez ya no salieron. Y supo que eso era lo que tenía que hacer, esa era su forma de impartir justicia. Tenía 20 años cuando aprobó las oposiciones y entró en la academia de policía.

Esos meses apartado de su barrio le hicieron reflexionar sobre sus valores. La lealtad a sus propios valores, por redundante que parezca, era su valor principal. Álex se considera un hombre leal, y legal, por encima de todo.

El hastío ha substituido a la pasión y ya no cree en la justicia. Ellos hacen lo que pueden, pero evitar que gente muy chungu entre por una puerta y salga por otra no está en su mano. Son las leyes y él solo se encarga de que se cumplan, esté de acuerdo o no con ellas. La pasión y el convencimiento pronto dejaron paso a la impotencia, que con el paso del tiempo dejó lugar a la resignación. Todos tenemos motivos para quejarnos, Álex odia a abogados y a jueces, pero estos a su vez odian a los políticos por hacer las leyes que hacen, mientras que la gente se enfada con los policías que detienen al chaval que le ha pegado una paliza a su hijo hasta casi matarle y al cabo de unas horas le vuelven a soltar.

Cuando Álex habla de esto con alguien suele decir que es lo que hay. Él ha aprendido a vivir con ello, a pesar de eso siempre dice que un porcentaje muy alto de su trabajo consiste en ayudar a la gente. Y por eso se siente satisfecho.

Nunca quiso tener hijos, su padre jamás estuvo a la altura. Su madre vivió con depresiones constantes hasta que se suicidó hace 10 años, cuando él tenía 25. Ese fue el día en el que decidió que él no sería padre. Tampoco se casaría, el amor y la familia no estaban hechos para él. En cuanto una chica empezaba a dejar demasiadas cosas en su casa, él se agobiaba.

Conoció a Marta en el juzgado, él trasladaba presos y ella esperaba para un juicio. Lo que le gustaba de Marta era su independencia. Era una tía brillante, rápida y mordaz. Siempre iba con prisas y no solía quedarse a dormir. Le pareció bien que dejara cuatro cosas en su casa, por si se quedaba, después de un par de años de verse de vez en cuando. Tenía claro que con Marta jamás habría peligro. Ella amaba su trabajo por encima de todo, era abogada matrimonialista. Odiaba los hombres, aunque no podía evitar tener sus necesidades y allí entraba Álex. Por suerte, la especialidad de ella no tenía nada que ver con lo que hacía él, de lo contrario no se habrían soportado. Si Marta hubiera defendido a asesinos o pederastas Álex no habría podido tener

una relación con ella, por principios, que él si los tiene, no como la mayoría de abogados.

La siguiente transformación de Álex llega con su paternidad. La lealtad hacia su familia ahora es lo primero. Álex es mucho más maduro, preocupado por la situación económica de la familia, por ser un buen ejemplo y Álex es un ejemplo de corrección y contención. Cuando Álex se enfada sale a correr. No le gusta que le vean enfadado. No le gusta perder el control, en general. Y si lo pierde jamás lo hará en público. Él es así.

Hoy es un día ideal para salir a correr pero se ha despertado tarde, en el coche, con Sara mirándole. Una manera extraña de cumplir un sueño. Sube a su casa, Marta ya está a punto para irse a trabajar. Los niños están desayunando y Álex les propone ir andando al colegio, necesita cambiar de ambiente, tiene el día libre y no tiene otro sitio al que ir que su coche.

Ir dando un paseo al cole es algo que no hacen habitualmente, siempre con prisas, los niños van encantados y él puede ir charlando con ellos. No han preguntado por qué no ha dormido en casa. Tiene que ver cómo afronta esa conversación con ellos. Tampoco parece que su madre les haya dicho nada. Les despide con un abrazo y les dice que luego se irá a trabajar hasta que estén dormidos, que ya se verán el sábado. Miente, pero no puede decirles que no va a dormir a casa.

Piensa volver dando un paseo, pero allí está Sara en su coche, y tiene que ir a hablar con ella, Álex quiere devolverle el jabón que ella compró en el chino y olvidó en su coche.

El plan perfecto

Su plan perfecto está saliendo redondo. Lleva semanas planeándolo. Se ha tomado copas varias veces con el transportista habitual. Se ha ocupado de que hoy Marcos esté al cargo de la entrega. Emborracha al conductor y se ofrece a hacer su trabajo. Luego va al almacén y duerme a Marcos antes de que le vea. Se lleva la carga y para que quede claro que ha sido un robo deja a Marcos atado por los pies. Si el tío se despierta pronto tal vez pueda huir.

Su plan es sencillo: ha substituido las cajas que quiere llevarse por otras, ha dejado la carga en el puerto, ha devuelto la furgoneta, después de meter las cajas en su propio coche y ahora conduce por carreteras secundarias por si le siguen, cosa que le parece imposible.

Tiene un amigo en el puerto de Marsella que le ha conseguido un trabajo en un barco. Unos meses a la sombra es justo lo que necesita antes de desembarcar en la otra punta del mundo y empezar una nueva vida.

En ruta

Carlos seguía durmiendo cuando he salido de casa. Le llamo pero o está en la ducha o no consigo despertarle. Da igual. Le mando un mensaje, no voy a llegar a casa hasta media tarde, aunque no creo ni que se de cuenta, él no llega nunca antes de las 10.

Termino de mandar el mensaje y busco en la guantera el cable que conecta la radio del coche con mi teléfono móvil, me espera un viaje largo, la música no puede faltar. Mientras selecciono la lista que quiero escuchar alguien golpea la ventanilla del copiloto. Es Álex. Abre la puerta y yo saco mi bolso rápidamente de ese asiento y lo tiro a la zona trasera. Se sienta.

—¿Te importa si voy contigo? —Sonríe, tengo la sensación de que está un poco nervioso, aunque no sé si soy yo la que quiere imaginárselo así—. He venido andando y quiero darte tu jabón, que está en mi coche.

—No iba a ir para casa, pero te llevo. —Arranco el coche y tengo la sensación que hasta el motor ronroea seductor—. A no ser que no tengas prisa y quieras ir de verdad conmigo —sonrío de medio lado. Ya estoy otra vez tonteando, o peor.

—Hoy es mi día libre, no tengo prisa —dice él abrochándose el cinturón mientras doy marcha atrás con el coche para salir de la calle del cole.

—¿Música? —Le paso mi móvil con Spotify en pantalla—. Lo que quieras, me da igual con trompetas o sin ellas. —Le guiño el ojo y enfilo la calle que lleva a la autopista.

Él mira en mi lista «Sara running non stop» en la que tengo varias horas de canciones muy rockeras. Empieza a sonar *Highway to Hell*, de AC/DC, sonrío, no me lo esperaba. Pienso que no debería dejarle jugar con la música. Preferiría que no le gustara lo mismo que a mí. No quiero conocerle más. Pero es tarde, estoy entrando en la autopista. Al principio no decimos nada, pero pronto nos encontramos cantando los dos en voz baja. Nos reímos. Subo el volumen y empezamos a cantar a gritos. Los dos nos sabemos la letra entera. Esto no ha formado nunca parte de mi fantasía. En mis sueños solo le desnudo, no canto con él en el coche. La tiene pequeña, la tiene pequeña, la tiene muy pequeña.

—¿Dónde vamos? —pregunta él cuando termina la canción.

—A la frontera con Francia —contesto después de un rato—. A la casa de mis abuelos.

—Me llevas a ver a tus abuelos —dice él perplejo. Me río con ganas.

—No, mis abuelos murieron antes de que yo naciera. La casa es de mi madre y ahora le entran las prisas por venderla y quiere que vaya a hacerle unas fotos. —Sonrío pero sin ganas de bromear, calculo rápidamente—. Hace veinticinco años que no va nadie. No sé qué nos vamos a encontrar.

—Mientras seas capaz de encontrarla —se ríe él. Subo el volumen de la música y me quedo callada. Veinticinco años. Un cuarto de siglo. Hace veinticinco años que mi padre salió a por tabaco y no volvió.

La música se corta y entra una llamada por los altavoces. Es Alberto. Antes le he llamado para contarle lo de la trompeta y apenas hemos hablado «Tengo un marrón que ni te cuento» me ha dicho muy deprisa, «¿Podemos hablar más tarde?» ha preguntado, le he dicho que sí y he añadido un «Yo estoy de los nervios». «Fóllatelo» me ha dicho antes de colgar. Alberto siempre pensando en lo mismo. Rechazo la llamada y sigue sonando la música. Se para de nuevo. Otra llamada de Alberto. Álex me pasa de nuevo el teléfono y le doy al botón verde y en los altavoces se escucha el tráfico de la ciudad. Alberto llama desde la calle.

—Luego te llamo —digo.

Cuelgo antes de que él pueda decir nada. Dejo el teléfono junto al cambio de marchas, canturreamos un rato más.

—Tengo que poner gasolina, ¿nos tomamos un café? —me río, es el punto final habitual a mis frases cuando hablo con él.

De repente me vuelvo a sentir insegura y muy nerviosa. Él desconecta el móvil de la radio del coche y me lo da cuando paro el coche frente al surtidor. Alberto me ha preguntado mil veces qué haría si Álex me invitara a tomar un café. Siempre le contesto lo mismo, que eso es algo que Álex no va a hacer nunca y que si lo hace ya me lo plantearé. Alberto suele soltar una de sus frases lapidarias del tipo «El café es la antesala del polvo». Tiene razón. ¿Qué estoy haciendo? ¿Le he dicho yo de ir a tomar un café? En una gasolinera, sí, pero ¡le he propuesto tomar un café! La tiene pequeña. Da igual que le guste la misma música que a mí, la tiene pequeña y no sabe usarla.

Andamos juntos hacia la tienda. Yo voy a la caja a pagar la gasolina y él se dirige a la barra. Mientras espero en la cola miro cómo se va caminando. Sí, seguro que la tiene pequeña, pero el culo lo tiene perfecto. Él se gira y me pill a mirándole el trasero, aparto la mirada rápidamente y oigo cómo me llama, dice mi nombre por primera vez.

—Sara, ¿qué quieres? —dice él y al momento se arrepiente de su pregunta—. ¿Qué te pido?

—Estoy en el 4, voy a llenarlo. Diésel. —Le digo al dependiente tendiéndole la tarjeta, me acerco a Álex mientras miro las fotos de las bebidas, menuda gasolinera, ni que fuera un Starbucks—. Un capuchino, en vaso grande. —Le guiño el ojo, qué descarada, me cuesta reconocerme.

Pongo gasolina alegrándome de que se haya quedado dentro, si lo tuviera demasiado cerca saltarían chispas. Ya me veo como vídeo viral: «la mujer que incendia el coche poniendo gasolina al ver cómo se le acerca un tipo cachas».

Subo al coche y lo dejo en la zona de aparcamiento. Dentro, me miro en el espejo. No tengo mala cara, pero llevo un pelo que da asco. ¿Y cuándo me han preocupado a mí estas cosas? Álex solo es un amigo, me digo, y la tiene pequeña. Sonrío al espejo. No consigo convencerme. Voy para allá.

La falsa versión extendida

Álex está sentado en una de las pocas mesas que hay en la cafetería, la más alejada de las ventanas. Sara entra directa hacia él, duda sobre si sentarse frente a él o sentarse a su lado y opta por esto último. Álex lo agradece, aunque no permite que se le note lo más mínimo. Ella sonríe al sentarse y rompe el hielo rápidamente.

—¿Me vas a contar qué le has hecho a tu mujer para que te mande a dormir al coche? —Sara reza para que él no haya sido infiel y ella le haya pillado. Él no es de esos. Sara hace meses que lo decidió. Él es el poli bueno y no se hable más.

—Me pidió el divorcio y me dijo que me fuera —dice Álex mirándola más fijamente de lo que la ha mirado nunca. Piensa que es más guapa de lo que parece a primera vista. Tiene un magnetismo especial, es atractiva y mirándola de cerca gana mucho más, con esos ojos verdes impresionantes.

—No hemos venido hasta aquí para que me cuentes la versión reducida —dice ella riéndose al final de la frase y pegando un manotazo al vaso de capuccino que cae sobre la silla de enfrente.

Sara se levanta rápidamente, y tira su silla al suelo. Álex espera paciente a que ella la levante. La mira divertido enrojecer y dar las gracias al chico de la cafetería que ha acudido rápidamente a limpiar la mesa y la silla. Ella se sienta de nuevo, y como si no hubiera pasado nada dice:

—Cuéntame. —Sonríe todavía roja de vergüenza.

—¿Qué quieres que te cuente? —dice Álex recuperando el tono serio—. Desde que nacieron los niños que nos hemos ido distanciando. Al final éramos dos compañeros de piso, pero jamás me planteé separarme, yo no soy de esos padres que pasa de sus hijos.

—Lo sé. —Sara, efectivamente, lo sabe.

—Pensé que era una mala época, que ya mejoraría.

—Y esperaste a que se solucionara solo. —Sara se pregunta por qué le ataca. Feminismo corporativo. Aunque si fuera sincera le diría que se siente decepcionada, eso no es lo que quería escuchar.

—Ella tampoco hizo nada. —Se defiende Álex—. Hasta ayer, cuando me dijo que estaba harta, que necesitaba rehacer su vida, que se quedaba con la casa, los niños y el coche viejo. Que el nuevo me lo podía quedar yo, seguir pagando el crédito, la mitad de la hipoteca y una pensión para los niños.

—Buf. —Es lo único que atina a decir Sara, aunque en realidad lo que está pensando es «menuda zorra».

—Casi a final de mes y sin nómina en el banco.

—¿Cuál es el plan? —pregunta Sara y duda si poner su mano sobre la de Álex, él parece percibirlo y la aparta.

—Que me toquen cinco millones de euros en la lotería y largarme a vivir al caribe.

—¿Y los niños?

—Es verdad. Que me toquen cinco millones de euros, me retiro y a vivir la vida loca en el mediterráneo.

—¿Mandarías la porra a la porra? —Otro chiste malo. Pero a Álex le hace mucha gracia. Se ríe sin parar. Ella se siente como si tuviera de nuevo 15 años y estuviera con un chico de 20. Algo que jamás habría sido así. Si la Sara de 15 hubiera conocido a Álex no le habría ni mirado, él tenía solo 12.

El último mensaje

Se detiene en un área de descanso, necesita desmontar su móvil, pero antes tiene que mandar un mensaje a Marcos pidiéndole disculpas. Se ha convertido en un ladrón, pero es un buen tío. Se detiene lo más lejos posible de los camiones, escribe un mensaje rápidamente, se asegura de que está enviado y formatea el móvil. Va a tardar unos 10 minutos, calcula, a juzgar por la barra indicadora. Luego le quitará la batería y la tarjeta y lo lanzará a lo largo de la autopista.

Todo va a salir bien. El plan es arriesgado, pero lo más difícil ya lo ha hecho. Unos 200 km para la frontera, luego otro par de día más y estará en alta mar. Rumbo a su nueva vida.

La cuneta

El café se nos ha terminado hace rato, poco después de que decidiera cambiar de tema. La verdad es que no sé qué esperaba de la conversación sobre el divorcio de Álex, ¿una confesión de amor? Sara, que tú nunca has sido de esas.

Las manos de Álex descansan sobre la mesa. Yo jugueteo nerviosa con el vaso de papel, se me cae varias veces pero ya está vacío. Qué vergüenza antes la que he liado con el café, suerte que no se lo he tirado encima.

Él me pregunta por la casa que vamos a ver. La verdad es que Álex me despierta confianza, supongo que se debe a que sabe escuchar. Hace pocas preguntas pero escucha atentamente todo lo que yo le cuento. Debe ser un buen poli.

Me lanzo y le hablo de mis abuelos, de mi infancia en las montañas, de cómo ellos dejaron el pueblo, cuando todavía era un pueblo, y con mi madre pequeña llegaron a Barcelona a buscarse la vida. El pueblo poco a poco fue desapareciendo, primero la gente y luego las casas, que se caían a trozos, recuerdo haberlo visto desaparecer un poco cada fin de semana. La casa de mis abuelos, además, estaba a 15 minutos en coche, una finca grande en la montaña, con una parte en España y otra en Francia.

Propongo volver al coche en el momento preciso en el que tengo que contarle que mi padre se fue un día de esa casa diciendo que iba al pueblo a por tabaco cuando yo tenía 12 años y que no le he vuelto a ver, pero no me apetece hablar de eso. Con la excusa de ir al baño me lío un cigarrillo. No puedo fumar en la gasolinera, así que lo pongo sobre mi oreja y me dirijo al coche. Álex mira el cigarrillo pero no dice nada. Mi humor ha cambiado de repente y él, como si lo supiera, se sienta en silencio, se parapeta detrás de sus gafas de sol y coloca las manos una sobre otra en el regazo.

En algún momento pongo la radio, busco una emisora con una canción que me guste y la dejo sin demasiado volumen.

Le miro de reojo. No ha cambiado de posición en los últimos kilómetros. Yo no he dicho gran cosa. Aún y así la situación tampoco es tensa, no más que de costumbre. No puedo evitar pensar que, si no fuera una mujer casada, pararía en la cuneta y me subiría sobre él en cualquier momento.

De nuevo una llamada de Alberto entra por los altavoces del coche cortando la música de repente. Intento colgar la llamada pero en lugar de eso

contesto.

—Joder, qué ruido Sara, ¿dónde estás?

—En el coche Alberto, no puedo hablar, te llamo luego.

—Sara, es urgente.

—Alberto, no estoy sola, luego te llamo. —Cuelgo sin darle tiempo a contestar.

—Ha dicho que era urgente —dice Álex cambiando, por fin, la postura y girándose un poco hacia mí.

—Bah, él tiene una urgencia cada cuarto de hora. Ni caso. He hablado con él antes de salir y no le pasaba nada, espera... No fue eso lo que me dijo. Es igual, Alberto siempre se mete en líos.

Me sorprende que Álex no me pregunte nada. ¿Este tío no es policía? Lo normal sería que me preguntara quién es Alberto, ¿no?

Hace rato que hemos abandonado la autopista y que la carretera se ha convertido en una aventura constante. Curvas cerradas, mal señalizadas, arcenes llenos de grietas, no estamos demasiado lejos, pero no vamos a llegar antes del mediodía. Propongo parar y comprar algo para comer. Aunque este pueblo es pequeño a simple vista veo un supermercado, a saber qué encontramos unos kilómetros más arriba. Álex se queda fuera, haciendo una llamada. Cuando salgo con pan y algo de embutido, él sigue al teléfono, meto las cosas en el maletero y me doy cuenta de que todavía llevo el cigarro sobre la oreja. Lo enciendo. Álex cuelga el teléfono y me mira de una forma que no me gusta en absoluto. Entra en el coche. Tiro el cigarro y me siento de nuevo a su lado.

—Casi no fumo. Este es el último paquete. —No miento, lo compré jurándome que sería el último—. Fumo solo un par de cigarrillos cada día, para que me dure más. —Me río. Él no.

—Si quisieras dejar de fumar lo harías y punto —dice él en un tono tajante.

—No es tan fácil como crees. No has fumado nunca, ¿verdad? —digo perdiendo la sonrisa.

—No, pero tengo voluntad y sé que es lo único que necesitas si te propones algo. Es un compromiso, cuando uno lo adquiere tiene que hacer lo que sea para cumplirlo.

Yo no lo veo tan claro como él, la voluntad es una cosa y el vicio otra, pero no tengo tiempo de responder, suena el teléfono, otra vez por los altavoces. Es un número desconocido. Contesto.

La cobertura empieza a fallar pero se oye suficientemente bien para que los dos nos queden petrificados cuando la llamada se corta definitivamente.

«Soy la amante de tu marido» ha dicho, «No pienses que voy por ahí rompiendo matrimonios, pero estoy embarazada y debo mirar por mí». Luego ha añadido algo más sin apenas cobertura, juraría que ha dicho «No es nada personal». Joder.

Miro a Álex de reajo, no hace nada, sigue mirando la carretera tras sus gafas de sol. Mastica un chicle y veo cómo mueve las mandíbulas sentado tranquilamente con las manos sobre las rodillas.

Cuando vuelva me lo cargo. Que una cosa es fantasear con que te empotra tu vecino policía, y otra tener una amante, gastar el dinero de tu familia en ella, dejarla embarazada y decirle a tu mujer que te han recortado el sueldo y encima tienes que echar horas extra.

Si es que soy tonta, tendría que haber ido a por Álex la primera vez que me puso ojitos, un polvo es un polvo, siempre he sido fiel, si lo hubiera hecho seguro que no me sentiría tan mal.

Le miro de nuevo. Voy a parar. Me da igual lo que haga Carlos, lo único que quiero es estar con Álex. Carlos se lo merece. Marta se lo merece. Voy a parar en la cuneta y le voy a pegar un polvo.

La zanja

Álex cree por un momento que van a tener un accidente. La cobertura de los móviles se ha quedado media hora atrás, junto a la música. Sara ha estado más de 30km callada, van por una estrecha pista forestal, calcula que casi están llegando cuando ella pega un volantazo y se mete entre los árboles. Sara tira del freno de mano y sale del coche decidida. Álex ha pensado que salía para pegar un grito, pero no. Rodea el vehículo y va hacia la puerta del copiloto, quiere que conduzca él. Él no espera a que ella llegue a la puerta y muy hábilmente pasa sobre el freno de mano y el cambio de marchas y se sitúa frente al volante.

Ella abre la puerta y a él le parece que se sorprende al ver el asiento del copiloto vacío, pero se sienta, levanta las piernas y las pone sobre la guantera. «Vámonos» le dice muy seria y sin mirarle.

Él obedece, quita el freno de mano mientras echa un poco para atrás el asiento, vuelve a la pista y se pone bien los retrovisores. La mira. Ella mira por el retrovisor de su puerta. No parece tener ganas de hablar.

Álex tampoco dice nada. Está enfadado, Marta diría que los hombres tienen la fama que tienen porque se la ganan a pulso y a él le jodería tener que darle la razón. La pista está cada vez en peor estado. Pasan por lo que parece un pueblo fantasma. Sara se yergue en el asiento y baja las piernas. Álex reduce la marcha, cree que ella debe sentir nostalgia o tristeza al ver los restos del que fue el pueblo de su madre. Piensa que le gustaría poner la mano sobre su pierna, para reconfortarla, pero no sabe cómo lo interpretaría ella. Ella no siente nostalgia, ni siquiera se ha dado cuenta de que es el pueblo de sus abuelos. Ve casas vacías en medio de la montaña, donde hace años que no vive nadie, como aquella, que sigue totalmente en pie y cuya puerta se abre y se cierra con el viento. No entiende por qué él no para el coche y la mete en cualquiera de esas casas para empotrarla contra la primera pared que pille.

Casi han pasado todo el pueblo, Álex necesita indicaciones para llegar a la casa, la pista ancha por la que han subido termina frente a la última casa, a partir de allí, un camino montaña con pinta de ser poco practicable.

—El pueblo se acaba, la carretera se acaba, tienes que decirme por dónde ir —dice Álex suavemente, le sabe mal romper el silencio.

—Sigue recto, llegarás a un cruce, es por la izquierda —dice Sara atenta al paisaje—. Casi no he tenido tiempo de ver el pueblo, cuando volvamos

podemos parar y visitarlo un poco. Será más tarde y fantasmagórico — propone.

—¿Dices que hace veinticinco años que nadie visita la casa? Eso también puede ser bastante fantasmagórico —dice Álex encajando perfectamente el cambio de humor de Sara.

Ella se ríe y se siente de nuevo como una adolescente, con el corazón golpeándole la garganta y un nudo en el estómago sujetando las mariposas, el pack completo. Mira a Álex, con su pelo rubio oscuro, casi castaño, cortado al estilo militar, piensa que hace unos meses este tipo de chico no le gustaba nada y ahora no se imagina un hombre más perfecto que él. Se nota que no se ha afeitado y aunque es muy rubia la barba le endurece las facciones. La nariz recta, la boca estrecha, los pómulos y la mandíbula bien definidos y con esa sonrisa perfecta. Sara observa que su sien se mueve, sigue mascando chicle, está nervioso aunque casi consigue controlarlo y que no se note, pero Sara le ha mirado mucho y ya empieza a conocerle. Álex se siente observado pero no quita sus ojos de la carretera, ni siquiera mira los retrovisores. Sara está convencida de que evita cruzar la mirada con ella de forma deliberada.

—Estamos llegando —dice ella al ver la curva que anuncia la subida final a la casa y en la que los árboles crean una sombra perpetua—, vigila que no haya ninguna placa de hielo.

Él sonríe con cierto aire de superioridad, ella observa sus incipientes arrugas bajo las gafas de sol y ve cómo la cara de Álex transforma la sonrisa en una gran señal de alarma. Sara siente el volantazo y el frenazo. Durante unos instantes no entiende nada. El coche da un cuarto de giro para un lado, frena y patina sobre pista de tierra, gira para volver a la posición inicial y patina de nuevo. Sara grita y pone la mano en la pierna de Álex. El coche se detiene y ambos se quedan callados mirando al frente, hay una zanja de más de metro de hondo y por lo menos uno y medio de ancho.

—¡Wow! —dice Sara sin mover la mano, que descansa un poco en el muslo de Álex y un mucho en su entrepierna.

—Hielo, decías —pregunta él sin entonación y consigue hacer reír a Sara, que al moverse se da cuenta de dónde tiene puesta la mano. Él también, mira la mano y la mira a ella. Ella la retira y se siente incómoda. Quiere pedirle perdón pero no le salen las palabras.

Él quiere decirle que la quiere, que en lo que ha pensado cuando ha visto la carretera partida no ha sido en su mujer, ni en sus hijos sino en salvarle la vida a Sara. Quiere besarla, por eso deja de mirarla y sale del coche

rápidamente. Ella hace lo mismo y callados observan el agujero, que se estrecha en los márgenes y les permite pasar andando.

—Vamos, que no tenemos todo el día, no podemos estar muy lejos, ¿no?
—dice él, que ya ha empezado a andar de forma decidida.

—Supongo que no —contesta Sara andando deprisa para ver si le alcanza, pero él va más rápido.

Suben la cuesta en silencio. Diez minutos más tarde empiezan a ver el tejado de la casa, pero todavía tardan cinco más en llegar a ella. Sara siente que el corazón se le dispara, la casa de sus abuelos. Álex decide esperarla y hacen el resto del camino uno junto a otra. Sus dedos se rozan por accidente. Ella desea que él la tome de la mano, pero sabe que eso es imposible que pase. A él también se le cruza por la cabeza, pero se mete las manos en los bolsillos de la chaqueta.

—Hace frío —se justifica Álex mientras espera a que ella saque las llaves del bolsillo y trate de abrir la puerta.

No es nada personal

Marcos no tiene ni idea de lo que está pasando. Se despierta en su cama con un dolor terrible de cabeza. Busca el móvil para ver qué hora es pero no lo encuentra. Cae dormido de nuevo.

El chino encuentra el teléfono de Marcos en el almacén. Como casi no tiene batería, lo pone a cargar. Justo en ese momento entra un mensaje que se muestra durante unos segundos en pantalla: «No es nada personal, seguirás a salvo durante 4 semanas».

El olvido

Tengo las llaves en la mano, unas llaves que llevan 20 años en mi coche. Bueno, en el mismo no, las metí en la guantera del primer coche que tuve, pensando que ya que tenía medios debía subir a la casa. Pero nunca encontré el momento. He cambiado de coche varias veces y las llaves siempre han estado en la guantera, pero no he venido nunca. Y ahora estoy aquí, con las llaves en la mano y no me siento capaz de entrar en casa, se las paso a Álex mientras me siento en el escalón frente a la puerta, bajo mis pies debería empezar un camino de losas que llegaban hasta el muro que rodeaba el jardín. Media montaña es de la familia, pero la casa estaba delimitada por un muro bajo, del que apenas se ven unas piedras. Mis padres reformaron la casa entera pocos meses antes de que dejáramos de venir. Había césped plantado y en los laterales había rosales. En el rincón donde tocaba más el sol yo había hecho mi plantación de cactus. No me gustaban las flores, pero me apasionaban los cactus. Sonríe al comprobar que ellos sí han sobrevivido. Algunos tienen varios metros de altura. Veinticinco años. Eso es mucho tiempo. Me lío un cigarrillo y pienso que la casa no tiene mala pinta. Los árboles la han protegido del viento y no está tan mal como algunas de las casas abandonadas del pueblo, aún y así da bastante pena. En el piso superior un árbol ha entrado por una ventana, y en el tejado hay más de un agujero, a simple vista. Temo lo que pueda haber dentro, pero pronto voy a descubrirlo, a mi espalda oigo que Álex ha podido abrir la puerta, que chirría y protesta cuando él la empuja. El olor a polvo es muy fuerte, me levanto y él deja que yo pase delante, guardo el cigarro sobre la oreja, probablemente no me lo fume, pero me hace sentir mejor saber que está ahí por si lo necesito.

Apenas podemos ver nada, está muy oscuro y el polvo flota en el ambiente, me detengo unos segundos mientras espero que mis ojos se acostumbren a la penumbra y empiezan a aparecer ante mi vista los muebles que hace unos instantes no recordaba. Un sofá marrón con estampado floral, las cortinas de ganchillo, la mesa del comedor con seis sillas diferentes. A mi derecha, la cocina, más iluminada que el resto, los postigos están casi caídos, lo que permite que entre un poco de luz a través de los cristales sucios.

Leí una vez que la gran mayoría de polvo que tenemos en casa son restos de piel seca, las células muertas que se nos caen, además también está la polución que flota en el ambiente y si vives cerca de una carretera el polvo es

más negro. Pero aquí no hay carreteras y no ha venido nadie en un cuarto de siglo. ¿De dónde sale tanto polvo? Me acerco a la mesa y veo mi Gameboy sobre ella. Todo viene a mi cabeza. Era media tarde, mis padres discutían y yo jugaba al Tetris con los auriculares puestos. Él se fue dando un portazo. Se nos hizo la hora de cenar, mi madre recogió las cosas y preparó las bolsas. Nos quedamos dormidas en el sofá esperando. Al día siguiente mi padre no había vuelto y tuvimos que bajar al pueblo andando para conseguir que alguien nos llevara a otro pueblo, a más de 30 km, donde había una parada de bus, después fuimos a la estación de tren más cercana, llegamos a casa de noche y ni rastro de mi padre. Mi madre siempre tuvo muy claro que nos había abandonado, limpió el piso donde vivíamos como si él nunca hubiera vivido allí, no dejó ni una foto. Y nunca ha querido hablar del tema.

—¿Era tuya? —pregunta Álex haciendo un gesto con la cabeza para señalar la Gameboy de la mesa.

—Sí, ahora que la he visto recuerdo perfectamente que me la dejé y que madre no me dejó volver a recogerla cuando me di cuenta. Estábamos más o menos a la altura de la zanja. Pero ella tenía prisa por llegar al pueblo y poder volver. Después lloré durante días. Con los años lo olvidé, supongo, recuerdo como si fuera hoy el día que mi padre salió esta puerta gritando que se iba a por tabaco, pero lo de la Gameboy se me había borrado totalmente de la cabeza.

—¿Cuántos años tenías? —pregunta él intentando encender la consola.

—Doce —contesto yo, siento la garganta arder y no quiero llorar. Miro a Álex de reajo. Ha dejado la consola sobre la mesa y está observándolo todo con pasos lentos. No tendría que haber venido, y menos con Álex. Con él me siento como una adolescente de 17 años. Diecisiete. 17 son los años que he estado sin mirar a otro hombre. Hasta que apareció Álex, aunque jamás se me pasó por la cabeza hacer nada que pudiera romper la barrera entre fantasía y realidad.

Las cosas pasan porque tienen que pasar. Seguro que no es casualidad que él se montara en mi coche esta mañana, que me enterara junto a él de que mi marido ha dejado embarazada a otra. Las cosas no pasan porque sí. Álex se acerca de nuevo a mí, y siento que tengo que hacer algo. Me sonrío y veo la mesa de reajo. Me siento sobre ella y espero que él se acerque a mí.

—Os fuisteis sin saber que no ibais a volver —dice acercándose un poco, pero sin rozarme y veo que tiene una foto mía con mi padre.

No puedo hablar. Siento mis ojos llenos de lágrimas, el mentón empieza a temblarme. Esto ya no lo puedo parar. Escondo la cara entre las manos y

ahogo un sollozo. No tendría que haber venido. Siento que él se sitúa entre mis piernas. Me abraza. Destapo mi cara y le abrazo, escondo la cabeza en el hueco debajo de su barbilla y me dejo abrazar, es lo que necesito. Habrá sido la impresión de estar entre sus brazos, pero el caso es que se me ha cortado la llorera de repente. Vuelvo a recordar que Carlos se lo merece y que su mujer le ha echado de casa. Muevo un poco el cuerpo para intentarlo acercar más a mí. Me suelta y se da media vuelta. Me ha esquivado. Lo ha vuelto a hacer, como antes en la cuneta. Por un momento pienso «este tío es tonto», pero yo misma me respondo mentalmente «no, solo que no está interesado, lo ha dejado bien claro».

Bajo de la mesa y busco el teléfono en mi bolsillo. No lo llevo encima. Álex ha encontrado el interruptor del comedor. Cierro los ojos y me protejo con la mano, cuánta luz.

—Yo flipo, mi madre ha estado pagando la luz todos estos años.

—Lo sorprendente es que la instalación siga funcionando.

—Me he dejado el móvil en el coche. ¿Me prestas el tuyo para hacer las fotos?

Álex saca su móvil del bolsillo, intenta desbloquearlo, me mira con cara de circunstancia.

—Está sin batería.

—¡No me digas! —digo yo agarrándole por el brazo.

—Qué quieres, he dormido en el coche, no tenía un cargador a mano.

Otro momento tenso. Salgo por la puerta y empiezo a andar rápido. Álex me sigue.

—Ha sido culpa de la zanja —le digo— he flipado y por eso he olvidado el móvil. Lo siento.

—Sí, tú flipas mucho —contesta Álex poniéndose las gafas de sol—. Así que tu madre quiere vender la casa. ¿No te da pena?

—Sí, supongo —digo yo—. La verdad es que es tan grande y bonita como la recordaba, pese a llevar 25 años cerrada no está tan mal, el sitio es precioso y tranquilo, pero mi madre necesita el dinero y yo no puedo comprársela. Aunque me la regalara no podría hacerme cargo de ella, pronto estaré como tú durmiendo en el coche.

Me callo y pienso cómo me las voy a apañar cuando eche a Carlos de casa. Yo no tengo ingresos y está claro que con él no voy a seguir, ¡ha dejado embarazada a otra!

Hemos llegado a la zanja, la cruzamos por uno de los extremos, donde apenas es una grieta entre los árboles del bosque. Tenemos que pasar

sujetándonos a los troncos, un resbalón y nos vamos para abajo.

El accidente

El GPS ha dejado de funcionar unos kilómetros atrás, se perdió la cobertura, pero está seguro de que él no va a perderse. Está contento de haber elegido este camino. Es mejor de lo que esperaba. Decir que va por una carretera secundaria sería un eufemismo. Es una carretera abandonada, con pueblos fantasma a ambos lados, pueblos que darían miedo si pasaras lentamente mirándolos en lugar de ir a toda velocidad contando los segundos que te quedan para cruzar la frontera.

Cruzar la frontera no es una garantía de nada hoy en día. Pero si todo va bien la cruzará por el bosque, donde podrá esconderse unas horas y descansar hasta la noche para seguir conduciendo hasta el puerto donde le esperan. Es un chico listo. Tenían toda la información delante y él fue el único que supo interpretarla.

Bajo su chaqueta, en el asiento del copiloto, está la documentación falsa, la original la quemó hace un par de días. Casi lo ha conseguido.

Levanta la mirada y ve un coche, a lo emboscada policial de película, atravesado en medio de la pista forestal. ¡No pueden haberle encontrado! No tiene tiempo de frenar. Tiene que esquivar el coche pegando un volantazo. Si lo pega a la derecha se come la montaña. Si gira hacia la izquierda tiene el bosque. Muchos árboles. Cree que dolerá menos comerse un árbol que la montaña así que gira rápidamente a la izquierda. Tiene suerte, de momento, el coche pasa entre dos árboles separados lo suficiente y cae pendiente abajo.

Golpea una roca, el coche salta por los aires, cae de nuevo, pero no sobre sus ruedas sino sobre la puerta del conductor. Sigue cayendo por la ladera y acaba encajado entre dos árboles, el coche sigue la inercia y parece que quiere doblarse, el techo se le viene encima. Mierda, igual sí va a hacerse daño.

Mira en el maletero

Sara ya tiene su móvil, dice que le queda poca batería, lo apaga para preservarla mientras él la observa por la espalda, sus sentidos le alertan, un coche viene a toda velocidad. Agarra a Sara con todas sus fuerzas y salta a la zanja. Ella grita cuando cae sobre él, pero él la levanta y se mueve hacia atrás para evitar que su propio coche les caiga encima. Escuchan el frenazo y los golpes. Ella cierra los ojos y él empieza a salir de la zanja a toda prisa.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Sara andando tras Álex hacia el extremo donde la zanja termina.

Álex baja por la pendiente rápidamente, deja que los pies se deslicen y roza con el culo en el suelo para controlar mejor el descenso. Sara le imita, se pone de medio lado y flexiona las piernas. Se deja caer esquivando los árboles y las piedras cómo puede. Pierde el control y baja dando un par de vueltas mientras grita. Álex la sujeta cuando pasa por su lado y caen juntos durante unos metros más, hasta que la pendiente forma un escalón donde se detienen. Desde allí ven el coche. Tiene mala pinta. Álex mira a Sara y le hace un gesto con la mano para que se espere donde está. Solo ven las ruedas del coche, ha quedado sobre el lado izquierdo, encajado entre dos árboles, con el morro colgando sobre un pequeño precipicio.

Sara no se queda quieta y corre tras Álex, el coche está encajado contra un tercer árbol que ha entrado por el parabrisas. Muy mala pinta. Álex intenta subir al coche para entrar por la ventana del copiloto. Sara no se queda quieta y se tira al suelo para intentar ver al conductor por debajo del árbol del parabrisas. Tiene la rama clavada en el estómago. Hay mucha sangre. Sara reptaba sobre los cristales rotos para tratar de meter la cabeza y poder hablar con él, ve que poco podrán hacer.

—¡Está vivo! —grita—. Tranquilo, mi compañero es policía, vamos a sacarte de aquí.

El chico se ríe con esfuerzo.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Te hemos visto caer —dice Sara.

—¿Pero cómo sabíais que iba a pasar por aquí? —dice él, que tiene la cabeza encajada en una rama en forma de tirachinas, que no le ha herido, pero que le mantiene prisionero.

Álex no puede entrar en el coche, demasiadas ramas de árbol para que pueda acceder por la puerta o la ventana del copiloto.

—Voy a buscar ayuda —dice Sara levantándose. Álex la mira con cara de circunstancias—. Se va a morir, Álex. Si no hacemos nada se va a morir.

—No tienes cobertura, dejaste de tenerla hace más de media hora en coche. No va a llegar ninguna ayuda.

—Joder —dice Sara casi llorando y se vuelve a tirar al suelo.

Álex se rasca la cabeza pensando y mirando el árbol que aprisiona al chico.

—Tranquilo, estoy contigo —dice Sara— mi amigo está viendo el modo de sacarte de aquí.

—No lo entiendo —dice el chico, con el árbol tapando su cara, apenas puede ver a Sara—, mi plan era perfecto. ¿Qué hace aquí la policía?

—Oh, yo no soy policía —dice Sara, buscando una postura un poco más cómoda—. Mi amigo, si es que se le puede llamar amigo, es el poli, no yo.

—No suenas como si tuvieras pinta de tener un amigo poli —dice él riéndose a pesar de su dolor.

—No, ¿verdad? —Ella mira a Álex que mira si desde la puerta trasera puede hacer algo más.

—¿Cuál era tu plan perfecto? —pregunta Sara intentando dar conversación al chico para que distraiga de su dolor. Cada vez le cuesta un poco más respirar.

—¿No dices que no eres policía? —pregunta él.

—No, periodista —dice ella y le guiña un ojo, esperando que él pueda verla.

—Un policía y una periodista son el final alternativo ideal para mi plan perfecto —dice el chico—. Mira en el maletero. Llevo cinco millones de euros por lo menos. Se los he robado a un narco.

El narco solitario

—¿Un narco? —pregunto yo—. Estás de coña.

Miro a Álex que ya está dentro del coche, en el asiento de atrás, mueve un poco el asiento del conductor pero el chico grita con todas sus fuerzas.

—Déjame. Estoy muerto —dice cínicamente—. Sabes que no vais a poder sacarme de aquí. Coged el dinero y disfrutadlo. Es imposible que os pillen.

—¿Un narco? —Vuelvo a preguntar yo, no sé si es idiotez o estado de shock.

—Ese no —dice el chico y creo que se refiere a Álex, aunque no pueda mover la cabeza para señalarle—, pero seguro que tú has visto *Breaking Bad*.

—Claro —digo yo, creo que el chico está delirando—. ¿Vamos a hablar de series?

—No, no tengo tiempo para eso —dice él de nuevo muy cínico—. Pero encontré a mi propio Heisenberg, la realidad supera la ficción y este es más listo, no necesita ningún Pinkman, es un narco solitario.

Se calla. Juraría que no respira. Álex está en el asiento de atrás pero no le veo.

—Álex, creo que se ha muerto —digo yo casi llorando. La mano de Álex se mete por debajo de la rama que sujeta el cuello del chico y le intenta tomar el pulso. Me levanto, aquí ya no hay nada que hacer. Joder. Joder, joder, joder.

Con el coche de lado, las puertas de la derecha se han quedado en la parte superior, veo la trasera que se abre y las piernas de Álex que salen por el agujero. Luego su torso y finalmente su cabeza. Salta hasta mi lado. Nos miramos durante unos instantes. Se me han pasado las ganas de sonreír. Pobre chaval. Ha dicho cinco millones de euros. ¿Era en serio? Miro hacia el maletero, cuando vuelvo a mirar a Álex veo que él está mirando hacia el mismo sitio que yo.

—¿Lo abrimos? —decimos los dos a la vez, esto empieza a convertirse en una costumbre.

Los lingotes de jabón

Sin mover el coche es imposible abrir el maletero. Sara lo intenta pero Álex le dice que no vale la pena esforzarse, tendrían que entrar dentro y acceder al maletero por el asiento trasero. Sara mira por el cristal, no ve al chico, pero sabe que está ahí, muerto entre las ramas del árbol que le ha matado. Pero cinco millones son cinco millones. ¿Y si no es verdad? Tiene que comprobarlo. Da la vuelta al coche para usar las ruedas como escalones, giran y se cae pero a la segunda lo consigue. Se sitúa sobre la puerta y la abre, cuesta mantenerla abierta para entrar y se cierra con un golpe fuerte cuando ella salta dentro del coche. Es raro ver el asiento en vertical y esquivar las hojas del pino que se ha incrustado en el parabrisas y que llega hasta la parte trasera del vehículo. Se agacha y busca el punto donde el asiento se debería abrir para dejar paso al maletero. Lo encuentra y lo abate con mucha menos dificultad que la puerta. Está oscuro y apenas ve nada, mete la mano y encuentra un bulto, por el tacto y el tamaño parece una caja de cartón. Busca la esquina para tratar de moverla, está sobre otra, aprisionada por lo que parecen otras dos. Vale, va a ser complicado. Busca el modo de quitar la bandeja del maletero. En vertical esto es más difícil, y más con las ramas del árbol dichoso de por medio. Ya no se acuerda del chico muerto frente al volante.

—Hazme un sitio —dice Álex abriendo la puerta, coloca una rama grande atravesada para aguantar la puerta abierta.

Álex entra en el coche, apenas hay espacio para los dos. Ayuda a Sara a quitar la bandeja del maletero. Los pies de ambos están sobre los cristales rotos de la ventanilla trasera, Sara siente los arañazos del árbol cuando se agacha para intentar levantar la caja.

—¡No puedo! —dice con esfuerzo—. Pesa demasiado.

Álex no tiene espacio para agacharse, Sara intenta apartar la rama y rompe las más pequeñas para que no les arañen. Él tira de la caja y la mueve con bastante esfuerzo. Está enganchada con una carretilla metálica. Mira a Sara. Si consiguen sacarla les irá bien para transportar las cajas.

—Sal del coche —ordena él— no tengo espacio para moverme.

Ella pone los pies sobre el asiento del conductor, pisa blando, pobre chico. Álex la sujeta por las piernas, un poco más arriba de las rodillas y la ayuda a subir, el impulso de él es suficiente. Ella intenta ponerse de pie sobre el

coche, ahora sí que le vienen bien los árboles para sujetarse. Aparta la rama de árbol y sujeta la puerta con la pierna. De este modo Álex le puede pasar la carretilla, que ella saca del coche a pulso con bastante esfuerzo. La sujeta con una mano y con la otra vuelve a poner la rama del árbol en la puerta.

—Estás en forma —dice él dentro del coche— buen equilibrio, mucha fuerza.

Sara no puede responder, apenas respira, entre el esfuerzo y haber sentido los brazos de él sacándola a pulso del coche. Con la puerta asegurada por la rama, sujeta la carretilla por los mangos para bajarla del coche con cuidado. Álex está intentando sacar una de las cajas del coche, pero la rama impide que salga. De nuevo ella sujeta la puerta, esta vez con la mano mientras él aparta la rama y vuelve a levantar la caja que saca con esfuerzo y deja sobre la puerta del copiloto. Ella aguanta la puerta mientras él sale del coche.

—Faltan tres —dice Sara apartándose y dejando espacio para que Álex salga del coche.

—Veamos antes qué tiene esta —dice él saltando al suelo y tirando de la caja para bajarla del coche.

Sara baja rápidamente. Álex la abre y ambos contienen la respiración. Dentro de la caja, sin que sobre hueco para nada, hay barras de jabón de 3 kg por lo menos, cada una. En la capa superior Sara cuenta seis. Se miran. Álex saca la primera barra de jabón, Sara le imita. Debajo hay otra capa. Tres más hasta el fondo de la caja.

Sentados en el bosque con treinta barras de jabón y ni rastro del dinero, se miran, escasos de ideas.

—Tiene que estar dentro —dice Sara.

—No hay dinero, Sara —contesta Álex levantándose dispuesto a irse.

—En el coche había más cajas, has sacado solo una, vamos a ver las otras.

—No —dice él sacudiéndose la ropa—. Vamos a buscar cobertura con el móvil y vamos a dar parte del accidente. Hemos perdido demasiado tiempo.

Sara no se ha quedado a escucharle. Entra dentro del coche y vuelve a asegurar la puerta con la rama, esta vez entra mucho más fácil que la primera. El maletero ya está abierto y va directa a las cajas, está de lado por lo que al abrirla caen más barras de jabón. Sara sigue usando las llaves para rasgar el precinto del resto de cajas, en todas hay barras de jabón de color verde oliva y que huelen a jabón antiguo, del artesano, como el que hacían las abuelas.

—Sara tienes que ver esto —dice Álex desde fuera. Sara asoma la cabeza por la puerta. Él se ha quitado la camiseta.

Sale del coche, sin Álex dentro es más fácil usar los asientos y el árbol como escalones. Baja del coche y mira Álex a la cara, no osa bajar la mirada y verle tan de cerca sin camiseta.

—Mira —dice él y por lo visto muestra algo que está por debajo de la línea de observación de Sara, que tiene que bajar la mirada hacia donde mira él. Tiene un trozo bastante grande de cristal en la mano, lo ha envuelto con la camiseta—, creo que tienes razón y el dinero está dentro.

—No, solo hay más jabón —dice ella y entonces se da cuenta de que Álex tiene el cuchillo improvisado en una mano y en la otra una barra de jabón.

—Vamos a cortarlo, creo que el dinero puede estar dentro del jabón.

Él hace una marca con el cristal sobre el jabón, más o menos a la mitad de la barra. Después quita la camiseta y clava el cristal en la marca que ha hecho golpeando el cristal con una piedra pequeña, el cristal va clavándose cada vez un poco más en el jabón. Sara aguanta la respiración.

—Aquí hay algo duro —dice él dejando de golpear el cristal. No ha perforado ni una tercera parte del jabón. Intenta partirlo en dos, lo coloca sobre la rodilla y con ambas manos presiona, el jabón cede rápidamente y del centro sale disparada un paquete envuelto en film transparente. Sara lo pilla al vuelo, hay mucho film pero en cuanto lo va quitando y empieza a transparentarse ya puede ver que son todo billetes. Un fajo muy gordo de billetes. Álex observa en silencio. Sara acaba de abrir el film y encuentra tres montones, uno de 200, otro de 100 y otro de 50. Le da el de 50 que es el más grande a Álex. Ella empieza a contar los suyos. Sara se pone nerviosa y tiene que empezar varias veces.

—Y trescientos —dice Álex que lo ha contado del tirón—. Quince mil euros.

—Yo tengo cien billetes de 200 —dice Sara que empieza a contar los de 100.

Álex mira divertido cómo ella se equivoca varias veces y tiene que volver a empezar. Al final cuenta ciento cincuenta billetes de 100€.

—Cincuenta mil euros —dice Álex, que es mucho más rápido que Sara echando cálculos.

—Si todos los jabones tienen lo mismo en esta caja hay millón y medio. Seis millones en total. Ayúdame a sacar el resto de cajas —dice Sara empezando a colocar de nuevo los jabones dentro de la caja.

Álex hace lo que le dice y se mete en el coche para sacar una a una las tres cajas restantes. Tarda un poco porque tiene que meter dentro los jabones que ha sacado Sara y asegurarse de que están verticales al sacarlas. Ella le ayuda

desde arriba, ya le tiene el truco pillado a levantar pesos en esa posición, ni siquiera mira detrás suyo, donde el precipicio continúa.

Álex sitúa la última caja sobre las otras tres, que a su vez están sobre la carretilla. Bajar no ha sido muy complicado. Subir ya es otra cosa. Vuelven a poner el piloto automático y durante más de media hora uno tira y la otra empuja la carretilla hacia el coche. Cuando llegan arriba es casi media tarde. Aunque subirlas a la casa supondrá un esfuerzo considerable Álex no quiere ni oír hablar de dejarlas en el coche. En cuanto puedan avisarán a la policía y no pueden llevar eso en el maletero.

Álex empuja la carretilla con las cajas hasta que están de nuevo en casa. Sara no piensa ni por un momento que tiene que hacer fotos de la casa y de todos modos es casi de noche. Deciden esconderlas en el tercer piso, donde hay un desván bajo el tejado. Es el sitio más peligroso, ya que está debajo del tejado, que tiene algún agujero, por eso a Sara le parece el más seguro para esconder las cajas. Antes de marcharse mete en su bolso una de las barras de jabón y los fajos que han liberado por la tarde. Sara enciende el teléfono móvil con la intención de que se le acabe la batería, sabe que estará cómo un loco buscando cobertura y que eso lo va a dejar seco en pocos minutos.

La vuelta a casa

Aquí es donde nos hemos quedado sin cobertura. Lo recuerdo porque se ha cortado la llamada y he pensado parar bajo ese árbol en la cuneta. Parece ser que Álex también lo recuerda ya que detiene el coche unos metros más abajo y me dice:

—Estamos en zona de cobertura. Déjame tu móvil.

—Álex, hace cinco horas que el chico ha muerto. ¿No crees que preguntarán porqué hemos tardado tanto en avisar?

—Contaremos la verdad. No teníamos cobertura, le hemos visto morir y en cuanto hemos podido hemos llamado.

Busco mi móvil en el bolso, sé perfectamente que ya no tiene batería. Lo saco y se lo doy.

—No tiene batería, lo siento —digo yo, él me lo devuelve y yo lo meto de nuevo en el bolso, junto a los billetes, el jabón y la cartera del chico, que he visto tirada en el coche y me he llevado por si acaso.

Álex no tiene el cargador de su móvil, no podrá ponerlo a cargar hasta mañana por la mañana cuando vaya a por los niños, espero que para entonces se haya dado cuenta de que es una temeridad llamar y dar parte a las autoridades, como suele decirse en estos casos.

—El chico tendrá familia. Tienen derecho a saber que ha muerto —dice él.

—Iba a cruzar la frontera, estaba huyendo y dejándolo todo atrás, solo se llevaba el dinero. Le hubieran echado de menos igual, Álex.

Podría parar en una cabina en alguno de los pueblos por donde pasamos, pero no lo hace. No llevamos muy buenas pintas que digamos, imagino que cree que llevamos un cartel en la frente que dice «sospechosos». Conduce por la vieja carretera hasta encontrar la autovía que desemboca en la autopista que llega hasta casa. Su bolsa está a mis pies por lo que no me resulta complicado meterle dentro la barra de jabón que me he llevado, yo me quedo con los billetes, fifty fifty.

Conoce la carretera y sabe dónde hay radares por lo que pisa a fondo para frenar únicamente en los lugares estratégicos. Llegamos a casa en poco más de tres horas. Ya es sábado. Abro la puerta del parking y mientras espero él sale del coche. Me tiende la mano para que le pase la bolsa y cuando la coge no parece darse cuenta del peso extra. Se va. Entro en el garaje, dejo el coche

al lado del de Carlos. La puerta se cierra y respiro lentamente para pensar cómo voy a afrontar la conversación con él. No tengo ni idea.

Guardo las llaves de la casa en la guantera, cojo el bolso y salgo del coche.

—¡Sara! —dice Carlos que pasea nervioso arriba y abajo del salón—. ¿Se puede saber dónde te has metido? He llamado a tu madre y me ha dicho que las niñas estaban con ella y que tú le estabas haciendo un recado.

—¿Ahora te preocupas por mí y por las niñas? —Le digo, vaya, no voy en son de paz—. No te preocupes, estaba pasando un buen rato, junto a un buen amigo que me ha pegado un par de polvos. Pero tranquilo, que hemos tomado precauciones, no me voy a quedar embarazada.

—Vete a la mierda —dice Carlos y coge una bolsa que no he visto al entrar. Sale por la puerta que da al garaje.

Se va con ella. Sin hablar conmigo, sin darme una sola explicación, ¿es eso lo que cree que merezco después de 17 años juntos? Qué triste.

El amigo enamorado

Álex observa la casa de Sara desde su coche, tendría que haber preparado con ella una buena coartada para que pueda dar parte a la policía. Pueden decir que se han quedado sin batería, no es incierto, y que le han encontrado más tarde, cuando ya estaba muerto al intentar pasar la zanja y resbalarse. Puede decir que ha resbalado de culo hasta encontrarse con el coche. No es un mal plan, pero necesita contar con Sara y para eso tiene que hablar con ella. Sale del coche sin tener muy claro cómo va a llamar a la puerta de su casa a la 1 de la madrugada mientras ella le pide explicaciones a su marido por serle infiel. Es totalmente necesario, no puede hacer otra cosa. No ha cruzado la calle cuando ve que la puerta del garaje de Sara se abre, la puerta de la calle también y sale a toda prisa el coche de su marido haciendo que las ruedas del coche chirrien. Es su momento. Cruza la calle justo a tiempo para ver cómo un hombre entra en el jardín de Sara. ¿Estaba esperando a que se fuera su marido?

En el tiempo que cruza la calle el otro ya ha tocado el timbre y ella le ha abierto la puerta. Le está abrazando. Álex se esconde tras la verja y mira cómo ella abre del todo la puerta para dejarle entrar en casa.

—¿Era Carlitos ese que ha salido a toda ostia? —pregunta Alberto cuando Sara cierra la puerta.

—Tiene una aventura, Alberto, ¿te lo puedes creer? —dice Sara, que parece que va a ponerse a llorar.

—Te lo puedo explicar —dice Alberto y la lleva hasta el sofá.

—¿Tú lo sabías? —pregunta ella incrédula.

—¡No! —Se excusa él.

—Joder tío, te mato si me entero de que me has ocultado algo así.

—Nunca te haría eso, Sara. Y creo que Carlos tampoco.

—Pues ya lo ha hecho —dice ella que se levanta y rebusca en su bolso para sacar el tabaco de liar.

—No hay una manera buena de decir esto, Sara, así que ahí voy. Era mi amante la que ha hablado contigo antes.

—¡Qué! —grita Sara escupiendo la boquilla que tenía entre los labios.

—Empecé a hacerlo por casualidad, una de mis amigas me vio contigo y pensó que tenía otra amiga, le dije que eras mi mujer. Les hablo de ti en lugar de ella. Así nunca pueden localizarla.

—¿Que has hecho qué? —Sara enciende su cigarrillo y le da tres caladas seguidas, sin sacar el humo, que saca después lentamente saboreándolo.

—Lo siento, no pensé que te llamarían. Hasta hoy. He intentado avisarte, pero no ha sido posible.

—Es verdad. —Sara ya no está enfadada. No le duran mucho los enfados, especialmente con Alberto—. He estado liada.

—¿Has pasado el día con tu amigo el poli? Te he visto llegar con él.

—Sí —dice Sara que se da cuenta de lo que le ha dicho a Carlos y corre a buscar el cargador de su móvil. Repiquetea en el suelo nerviosa mientras el teléfono empieza a dar señales de vida. Lo enciende en cuanto puede, empiezan a entrar llamadas perdidas de casa, de Alberto y de su madre. Llama a Carlos, pero no contesta. Llama por segunda vez y se rinde antes de que suene el contestador. Cuelga demasiado rápido y no se da cuenta de que alguien al otro lado ha contestado.

—Cuéntame —insiste Alberto—. ¿Cómo ha terminado la cosa con el poli?

—No quiero hablar de eso —dice Sara, que ni quiere ni puede contarle lo que le ha pasado hoy.

—No me creo que te haya rechazado —aventura Alberto.

—Yo no he dicho eso —dice Sara—. Pero es verdad.

Sara le pregunta a Alberto por su amiga, él cree que no está embarazada, se lo está inventando todo, se equivocó, no por ponerle los cuernos a su mujer, sino por elegirla a ella.

—Tú lo que quieres es que te pille, Alberto, cada vez te la juegas más.

Él continúa excusándose y tratando de sacarle a ella más información sobre lo que ha pasado con Álex. Ella deja de hablar al poco rato y se queda dormida. Él sabe que tiene razón. No va a dejar a su mujer, pero si ella le deja no la perseguirá, lo único que quiere es estar con Sara.

Álex espera en el coche a que el hombre que está con Sara salga de su casa. No le ha podido ver puesto que estaba oscuro pero tiene claro que no era su marido ya que a él sí que le ha visto claramente salir en coche. La noche de ayer fue muy corta y el día de hoy ha sido muy largo. Álex se queda dormido pensando qué van a hacer Sara y él con los seis millones de euros.



Sábado

El silencio de la abuela

Las siete de la mañana, mi cuerpo sabe que es sábado y me ha dejado dormir una hora y media más. Alberto está frito en el sofá, paso de despertarle. Me pongo la ropa de correr y cojo el móvil que ya está cargado. Sin noticias de Carlos.

Le mando un mensaje: «¿Dónde estás? Lo que te dije ayer era mentira. ¿Cómo te voy a hacer yo eso? Voy a correr y luego a por las niñas. Vuelve, por favor».

Me pongo la gorra y salgo de casa en manga corta, aunque hace frío en pocos minutos estaré sudando y no me hará falta ningún abrigo. Hoy paso de música. Necesito pensar con claridad. Tengo varios millones de euros escondidos en la casa de mis abuelos, casa que mi madre quiere vender.

Cruzo la calle, allí está el coche de Álex. No sé si está despierto. Paso.

Subo por el camino habitual, cuando he corrido un cuarto de hora en subida me meto dentro del bosque, hoy me apetece hacer el camino de las rocas. Voy saltando de roca en roca esquivando árboles y pensando qué hacer con el dinero, si uso un poco cada mes no me descubrirán nunca. Pierdo bastante tiempo pensando qué tipo de negocio podría montar para blanquearlo, que me diera dinero, que fuera posible blanquear una buena cantidad de dinero cada mes y que no me diera mucho trabajo. Yo siempre he querido ser escritora y con este dinero puedo comprar tiempo para vivir sin ahogos. ¿Y si escribo un libro y finjo que las ventas privadas van muy bien?

El chico habló de un narco solitario, un Heisenberg sin Pinkman. Aquí, a parte de seis millones de euros hay una gran historia. Una que yo voy a averiguar.

Decido que mi madre no puede vender la casa, necesito el escondite del dinero. Entiendo que mi madre necesita la pasta, si hubiera denunciado la desaparición de mi padre, haría años que tendría una paga por viudedad, pero no. Creo que todavía confía en encontrarle algún día, yo no. Qué clase de padre pasa de su hija veinticinco años.

Decido que le daré el dinero a mi madre. La sacaré del apuro y llegaré a un acuerdo económico con ella para comprar la casa. Ya tengo un problema solucionado.

Pero necesito saber quién es el narco y si estoy en peligro, no puedo empezar a gastar dinero sin saber a quién se lo han robado.

Álex sigue en el coche cuando paso delante de él. No le saludo. Tampoco me está mirando.

Hago mis flexiones y abdominales en el jardín y me meto en casa dispuesta a ir a la ducha. Alberto sigue durmiendo en el sofá. Esto es vivir sin peso en la conciencia. Yo de mayor quiero ser como él. Antes de entrar en el baño miro si Carlos ha dado señales de vida. Todavía no. Le mando otro mensaje: «Es largo de explicar, pero en resumen me llamó una de las amantes de Alberto diciendo que era la amante de mi marido y quise pagarte con la misma moneda, pero no pasó nada. En serio».

Todos los mensajes que le he mandado han sido recibidos pero no parecen haber sido leídos.

Me ducho tomándome un poco más de tiempo del normal. Si llego a casa de mi madre a las 9 todavía estaré a tiempo de despertar a las niñas. Me apetece verlas. Después se me pasa enseguida, pero siempre tengo ganas de verlas.

Salgo de la ducha y Alberto sigue durmiendo, qué tío.

Cojo el bolso, dentro sigue el dinero, voy a casa de mi madre que vive no demasiado lejos de mi casa. Iré dando un paseo. Álex sigue en el coche, voy a darle los buenos días.

—¿Qué tal? —digo mientras baja la ventanilla.

—No puedo poner el móvil a cargar. Intentaré ir a casa pero dudo que Marta me deje subir. ¿Me lo cargas tú?

—¿Sigues empeñado en denunciarlo? No van a saber quién es, tengo su cartera.

—¿Estás loca? En qué estás pensando. Dámela ahora mismo.

La saco del bolso, todavía no he mirado qué hay dentro.

—Te la doy con una condición, no lo cuentes, Álex. No vamos a tener una declaración consistente, lo sabes. Nos van a pillar y vamos a parecer sospechosos de algo que no hemos hecho.

Álex estira la mano y me quita la cartera sin que lo espere.

—¿Eso es un sí? —pregunto sonriéndole.

—Vamos a ver quién es —dice abriendo la cartera—. Javier Sánchez López. Vaya, ideal para Googlearlo.

—Me tengo que ir —digo yo con prisa pero más tranquila—, cuando vuelva hablamos, vamos a pillar al Narco Solitario.

—Tú no estás bien de la cabeza —dice él y sube el cristal tintado hasta desaparecer por completo.

Aprovecho que las niñas siguen durmiendo para hablar con mi madre sobre la casa. Se ríe mucho cuando le digo que no le he llevado fotos porque me quedé sin batería en el móvil y que fue una señal, no podemos vender la casa. Ella insiste en que necesita el dinero, ha estado pagando las facturas y los impuestos de la casa durante veinticinco años sin encontrar nunca el momento de ir, así que ha llegado el momento de venderla. Saco el dinero. Mi madre pone unos ojos como platos.

—Son mis ahorros —confieso, digo miento— lo tenía apartado para casos de emergencia.

—Pero hija aquí hay... —Empieza mi madre.

—Cincuenta mil euros —digo yo—. Pero no se lo comentes a Carlos. Ya sabes que no trabajo y esto era mi red de seguridad por si nos pasaba algo.

—¿Me estás diciendo que te quedas la casa?

—Dentro de unos días te daré otros cincuenta. Pero no declares el dinero, por favor.

Mi madre me mira con cara de no entender nada o de entender algo que no le gusta demasiado, pero no hace preguntas. Mete el dinero dentro de una bolsa de plástico que mete en el congelador dentro de una caja de empanadillas. No creo que sea un sistema muy eficaz para evitar a los ladrones, pero da igual, conociendo a mi madre dentro de nada le ha buscado quince o veinte escondites perfectos al dinero.

El poli que vigila

Álex ha intentado ir a casa, su mujer no le deja entrar. Le dice que es sábado y los niños no tienen que ir al cole, que se los bajará a la calle dentro de un rato, para que ella pueda ir hacer sus cosas. En realidad ella ha dicho a la compra pero él sospecha que lo que va a hacer es irse a la pelu, va cada dos semanas, por tanto hoy toca.

Sigue con su móvil descargado y no tiene posibilidad de cargarlo. No tiene ropa limpia por lo que se pone la misma que el día anterior, con la chaqueta abotonada para que no se vea que lleva la camiseta rota. Ya irá a casa cuando Marta esté fuera, ya que a ella no parece preocuparle que saliera con lo puesto.

Se mete en el coche de nuevo y observa la casa de Sara, que es lo que tiene justo delante. A su lado aparca una furgoneta de la que no ve bajar a nadie, pero está demasiado concentrado observando a un tipo que toquetea una moto en frente de casa de Sara. Por su constitución podría ser el mismo que vio entrar anoche, pero no lo tiene claro.

Marta ha salido a la calle con los niños, él está tan concentrado que no la ha visto llegar. Los niños abren la puerta del coche y se meten dentro. Marta no dice nada, cruza la acera para que Álex vea cómo se marcha a través del cristal, va contoneando el culo, quizás piensa que así le provoca. El tío de la moto sí que se siente provocado y le dice algo cuando ella pasa. Álex observa a Marta que se detiene mira de reojo y sonrío al motero antes de empezar a hablar con él.

Álex abraza contento a los niños que se han echado encima de él. Bruno pasa rápidamente al asiento del conductor y agarra el volante mientras intenta moverlo. Álex ve a Marta tonteando en la cera de enfrente y decide llevarse a los niños rápidamente de allí. Les promete bajar a la playa, pero tiene que pasar por casa para cambiarse.

Leo obedece a su padre rápidamente y sale del coche, a Bruno le cuesta un poco más pero no tarda nada en volver al asiento de atrás y salir por la puerta que está abierta. Álex cierra el coche sin mirar a Marta, le da la mano a los dos niños y con uno a cada lado baja la calle hasta su casa.

No quiere perder demasiado tiempo haciendo bolsas con los niños y se da una ducha rápida, se cambia de ropa y mete una muda en su mochila que, de paso, tapa un poco la barra de jabón. Deja el móvil cargando y salen de nuevo

de casa. Ha tardado poco, pero quince minutos no se los quita nadie, pues Marta sigue ahí hablando con el amigo de Sara o quien sea ese tío.

Alguien te vigila

Es casi la hora de comer cuando llegamos a casa dando un paseo después de pasar un rato en la playa. Las niñas empiezan a ponerse más pesadas a medida que vamos llegando y mira que se han portado bien esta mañana, pero empiezan a tener hambre. Alberto me ha llamado hace un rato, dice que se queda haciéndome compañía hasta que Carlos vuelva, que nos hace la comida y nos invita al cine. Desde luego que su mujer es una santa, anda que iba a aguantar yo estar casada con un tipo como él. Una cosa es que Carlos nos abandone para pasarse horas trabajando y otra para hacer compañía a una amiga mientras me deja en casa. No entiendo a qué juega y empieza a hacerme sentir mal. Por no hablar de la que me llamó ayer, de este tema prefiero no saber nada.

Álex está llegando a su coche, parece que viene de su casa. Cruza la acera y se pone a nuestra altura.

—¿Mamá podemos ir corriendo a casa? —pregunta Lola soltando mi mano.

Mando a Nora con ella y las veo correr los metros que faltan para llegar a casa. Álex no ha dicho nada todavía.

—¿Has cargado ya tu móvil? —pregunto yo, todavía no sé qué piensa hacer con la denuncia.

—Está solucionado, gracias —me dice en un tono muy de policía.

Llegamos a mi casa, él no se decide a decirme nada más, y yo no sé si recordarle su denuncia pendiente.

—Creo que hay un hombre que te vigila —dice finalmente cuando ya he llegado a la puerta de la verja—, ha estado parado toda la mañana frente a tu casa.

—Sería Alberto, tenía que arreglar su moto. No te preocupes, no estamos en peligro.

—Ya, pero...

—¿Qué vas a hacer con la denuncia? —Necesito una respuesta.

—No voy a denunciar el accidente —dice descolgándose la mochila de la espalda—, tenías razón, pero no quiero el dinero.

—Es tuyo —digo y me meto en el jardín, le conozco y sé que no se atreve a entrar en mi casa, ando hasta la puerta de cristal del comedor, que está abierta y me meto dentro. Pues yo sí que quiero el dinero y quiero saber de

dónde viene. Entro en casa y miro por la ventana, se ven los techos de los coches del descampado de enfrente. El de Álex se mueve y le pierdo de vista calle abajo.

El poli vigilado

El coche familiar con cristales tintados abandona el descampado. En el asiento del conductor un hombre conduce tranquilamente, sin prisa, hasta que sale del pueblo.

La furgoneta blanca con un símbolo chino en el lateral se incorpora a la autopista detrás del coche familiar con los cristales tintados. Conducen varios kilómetros y cambian de autopista. El paisaje se vuelve más industrial y a pesar de ser sábado al mediodía por el carril derecho circulan muchos camiones.

El coche familiar con los cristales tintados se queda en el carril central de la autopista, vigilado por la furgoneta con el símbolo chino, que se mantiene un par de coches por detrás.

El coche sale de la autopista y se dirige a una pequeña ciudad, rodeada por polígonos industriales y un circuito de carreras. A la furgoneta con el símbolo chino le cuesta un poco más seguir al coche sin ser vista, casi le pierde pero en el último momento ve cómo el coche entra en el parking de la comisaría.

Su hombre es policía.

El trabajo de Álex

Álex empieza su turno a las dos, llega justo para cambiarse de ropa y ponerse el uniforme. En su taquilla guarda la mochila y el jabón que compró Sara. Se lava las manos con él. Huele a limpio, a antiguo, a Sara, aunque ella no lo haya usado nunca.

Intenta concentrarse en el trabajo, los compañeros de la mañana les pasan un informe de lo que ha quedado pendiente. Tienen que tomar declaración a unos detenidos, la parte denunciante ya se ha marchado de comisaría y a ellos les queda hacer el resto del trabajo. Lee el expediente rápidamente y se mete en el despacho donde espera uno de los tres hombres a los que tiene que interrogar. Aún ha tenido suerte, lo peor sería que le tocara hacer algún tipo de vigilancia, más horas en el coche no, por favor.

A las seis empiezan las llamadas de quejas por jóvenes haciendo botellón en parques públicos donde juegan niños y por altercados en las salidas de las discotecas, nada anormal. Sale con su compañero a patrullar, son buenos amigos, le cuenta que Marta le ha echado de casa.

—¿En serio has dormido en el coche? —le pregunta Miralles al pasar a 10 por hora por una de las zonas más conflictivas.

—Mira ese grupito de ahí —dice Álex, que en comisaría es el oficial Grau, o simplemente Grau.

Los chicos se dispersan cuando ven pasar el coche de policía con las luces encendidas.

—En serio, Grau, no puedes seguir durmiendo en el coche —insiste Miralles, son buenos amigos aunque Álex es muy reservado para sus cosas. Se lo ha contado únicamente para justificar la barba de dos días—. Puedes quedarte en mi casa el tiempo que haga falta.

—Gracias Miralles, pero tengo que estar cerca de los niños —dice Álex serio—. Te lo agradezco.

Álex se concentra en mirar por la ventana mientras Miralles conduce lentamente y se aleja del parque para entrar en un polígono industrial. Recorren sus calles desiertas con las luces puestas y a muy poca velocidad, la cuestión es que les vean, que se sepa que la zona está vigilada.

Son más de las ocho cuando entra una llamada por radio, su coche es el que está más cerca, Miralles sube la velocidad mientras Álex confirma por la radio que se dirigen al lugar. Por lo visto ha llamado una mujer diciendo que

hay un hombre intentando entrar en su casa. Álex piensa en Sara y en la furgoneta que ha visto aparcada frente a su casa durante toda la mañana.

Llegan al destino, aparcan el coche sobre el paso de peatones y van a paso ligero hasta el portal, está abierto, es una escalera estrecha, sin ascensor y que necesita una buena capa de pintura. El portal huele a meado y está lleno de colillas y propaganda de pizzerías y restaurantes chinos. Álex piensa de nuevo en la furgoneta que vigilaba a Sara. Piensa que si tuviera su teléfono la llamaría en cuanto terminara la actuación, pero no tiene su número. En realidad podría conseguirlo fácilmente, es policía, aunque tuviera su número encontraría otra excusa para no llamarla. Llegan rápidamente al primer rellano. Ahí está el problema.

El problema es un hombre de unos sesenta años completamente borracho que golpea la puerta del entresuelo. Está totalmente desnudo.

—Hola policía —dice el hombre tambaleándose con las llaves en la mano—. Necesito ayuda, no puedo abrir la puerta.

El hombre menea el cuerpo entero, con todo lo que cuelga, con la intención de hacer sonar las llaves. Detrás de la puerta se escucha un grito horrorizado de la anciana que le observa por la mirilla.

—Tápese, caballero —dice Miralles recogiendo la camisa del hombre del suelo.

Álex se acerca a la puerta y muestra su placa para que la anciana le abra. La llave gira, la puerta se abre lentamente, protegida por una cadena, la abuela asoma la cara y se asegura de que los policías parezcan policías de verdad. Álex le vuelve a enseñar la placa, cosa que a ella le parece muy bien, pero tampoco tiene idea de cómo se supone que es la placa de un policía y se queda igual. Miralles ha apartado un poco al hombre, que llora sentado en el suelo con la camisa a medio poner, los calcetines arrugados en los tobillos y las piernas separadas dejando que sus testículos también descansen en el suelo.

—Llévenselo —grita la mujer sin acabar de abrir la puerta.

—¿Es su marido? —pregunta Miralles acercándose a la puerta—. ¿Nos abre, por favor?

La puerta se cierra. Álex se dirige hacia el hombre del suelo, la cadena suena tras la puerta y la anciana la abre de nuevo para que Miralles pueda entrar. Cierra y deja a Álex fuera con el hombre.

—¿Vive usted aquí? —pregunta Álex mientras busca los pantalones del hombre que están tres o cuatro escalones más arriba.

—Es mi casa —dice él—, no sé qué hace esa mujer ahí dentro. —Llora de nuevo, como un niño pequeño en el suelo, sorbiéndose los mocos y acunándose a sí mismo.

—¿Lleva su cartera? —pregunta Álex tendiéndole los pantalones.

—Supongo —dice el hombre sorbiendo los mocos otra vez.

—Deme su DNI, por favor —pide Álex poniéndose de cuclillas para hablar con el hombre, no le parece peligroso.

Al hombre le tiembla mucho el pulso y no puede sujetar los pantalones, Álex busca por él, saca la cartera y le muestra al hombre cómo la abre y busca en DNI.

—José. —Lee Álex—. ¿Es usted? —Le sonrío al hombre, no es nada violento. La puerta se abre y sale Miralles sonriendo, la señora está mucho más tranquila viendo que Álex tiene controlada la situación.

—La señora vive aquí —dice Miralles devolviéndole el DNI a la mujer—, desde que murió su marido no vive nadie con ella.

—Usted vive dos números más abajo —dice Álex guardando el DNI de José en la cartera. Miralles se agacha para ayudar al hombre a ponerse la camisa. Le levanta tirando de los hombros y Álex aprovecha para poner los pies del hombre dentro de sus pantalones. No le ha puesto calzoncillos, quizás no los llevaba porque no los ha visto por el suelo. El hombre se agita y Álex aparta la cara para que no le golpee con sus partes. Sube los pantalones y se levanta para atarle el botón y ponerle bien el cinturón. Miralles ya tiene los zapatos en la mano y ayuda al hombre a ponérselos. Álex le sujeta para que se tenga en pie mientras que Miralles se agacha, soporta el peso del hombre apoyándose sobre él y le pone los zapatos como si fuera un niño pequeño. Miralles se va a despedir de la señora, que cierra la puerta con cadena antes de que Álex empiece a bajar la escalera. José apenas puede aguantarse de pie, Álex le toma por los hombros y le sujeta con fuerza para que no se resbale mientras bajan hasta la calle.

Se trata de un edificio enorme con varios portales todos iguales, recorren los metros que les separan del domicilio del hombre llevándole entre los dos. Igual que el otro, este portal está abierto, huele a meados y a colilla y tiene el suelo forrado con folletos de propaganda. Le ayudan a subir hasta el entresuelo y se detienen frente a una puerta idéntica a la de la anciana asustada.

—José, ¿vive usted solo? —pregunta Álex antes de abrir la puerta.

El hombre dice que sí con la cabeza, se está quedando dormido. Álex abre usando las llaves, comprueba que no haya sistema de alarma y se aparta de la

puerta para que el hombre pueda entrar pero no puede hacerlo por sí solo. Miralles y él se miran y entran en la vivienda. Es un piso pequeño que huele exactamente igual que el portal, pero mucho más intenso.

—En el sofá —dice el hombre—, por si vomito.

Entran en el comedor y ven una butaca rodeada de botellines de cerveza y cartones de vino. El olor es nauseabundo. Sientan a José, que ya está dormido en el sofá. Se aseguran de que no pueda echar la cabeza para atrás, Álex pone las llaves por dentro y cierra la puerta de golpe.

Noche en el coche

La peli acaba pasadas las 7, enciendo el móvil rápidamente para ver si Carlos me ha mandado algún mensaje. Nada. Le mando otro whastapp: «Carlos, por favor, ¿puedes dejar de hacer el tonto y volver a casa? ¿Cómo voy a ponerte los cuernos con un poli? ¿Has visto cuánto músculo? Seguro que la tiene pequeña». Me arrepiento justo al darle al enviar. No le dije quién era el otro, ahora ya lo sabe.

Las niñas están un poco alteradas, tío Alberto siempre las altera, así que le digo que se suba a su moto y se largue a su casa a hacer feliz a su mujer o lo que sea, que Carlos estará esperando cuando lleguemos. No me lo ha dicho pero tiene que ser así. Aunque según whatsapp sigue sin haber leído los mensajes. ¿Dónde se habrá metido mi marido?

Las niñas quieren dar una vuelta por el centro comercial, me da mucha pereza pero acepto pasear, si es que lo que uno hace en un centro comercial es pasear, durante 15 minutos piden todo lo que ven y no les compro nada. Me hartó de repetir una y otra vez que no tengo dinero, que yo no podría ni haberlas invitado al cine, que faltan días para fin de mes y ya no hay nada en la cuenta. Vaya, por un momento he olvidado que tengo un pastón en la casa de mis abuelos. ¿Cómo se olvida una de algo así? De todos modos tampoco llevo dinero encima y no puedo empezar a gastar como una loca, lo celebraré con una buena bandeja de sushi para llevar, Lola protesta un poco y a ella le compramos unos tallarines en el mismo restaurante japonés. Día completo, niñas contentas por ir al cine, cena solucionada y un montón de fajos de billetes escondidos dentro de unas barras de jabón, eso es dinero limpio y lo demás son tonterías.

—Mamá pon nuestra lista de música —pide Nora en cuanto entramos en el coche. Están contentas y no quiero por nada del mundo que eso cambie, así que acepto de buen humor y pongo las horribles canciones melodramáticas que les gustan a mis hijas. Puaj. Pienso que suerte que a Álex no le dio por poner esa lista cuando estuvo haciendo de DJ en mi coche, pensar en Álex hace que el corazón me de un vuelco. Intento quitármelo de mi cabeza pero ya no puedo.

Álex tomando un café conmigo y contándome su problema con Marta, Álex sentado en el asiento de copiloto jugando con mi móvil y poniéndome canciones, Álex y yo cantando a grito pelado en el coche, algo que he visto en

mil pelis y no había hecho nunca y que creo que cambió definitivamente nuestra forma de relacionarnos o de vernos el uno al otro. Bueno, solo hasta que aparqué en la cuneta y el tío saltó para cambiar de asiento y huir de mí. No, en serio, la música parece que no, pero es algo muy íntimo, para mí haber compartido ese momento de gustos y secretos musicales con Álex fue toda una revelación, mi modo de verle cambió bastante, siempre me ha pasado, no puedo opinar sobre alguien hasta que no sé qué música le gusta.

Nora llora en el asiento de atrás, cómo les gusta poner música que las hace sentir tristes, cómo disfrutan llorando y sintiendo ese desamor del que hablan esas canciones y que ellas no han vivido nunca. Son adictas al drama, madre mía la que me espera con ellas.

Llego a casa, el coche de Álex todavía no está en el descampado, acciono uno de los mandos, se empieza a abrir la puerta del garaje, acciono el otro mando y se abre la verja de la calle, nunca sé qué mando abre cada cosa. No está el coche de Carlos. Le llamo por teléfono, salimos del coche mientras espero que me conteste. Salta el contestador. Le dejo un mensaje. Empiezo a estar preocupada, ¿y si le ha pasado algo?

Accedemos a casa desde el garaje. Lola grita.

—¡Mamá lo han roto todo cuándo no estábamos!

Entro en el comedor y veo a lo que se refiere Lola. No hay un solo libro en la estantería, todos están abiertos tirados por el suelo, los sofás están rajados, la espuma y las plumas repartidas por todo el suelo. La estampa clásica de un robo, a excepción de que no falta nada. Lo constato después de ver si están mis joyas, las dos que tengo que quiero decir. También están los ordenadores y las tabletas, la tele sigue en su sitio y todos los aparatos electrónicos conectados a ella. No, no falta nada. Y no parece que hayan forzado la puerta. Ya veo lo que ha pasado. Le he dado al mando equivocado y en lugar de abrir la puerta del parking he abierto la verja. Alguien se ha colado. Después ha abierto el parking para salir y alguien ha entrado agachado antes de que se cerrara la puerta. Muy bien Sara. Justo uno de esos días en los que te olvidas de conectar la alarma.

Lola ha corrido a su habitación para comprobar que todas sus cosas siguen en su sitio. No les falta nada. Nora se echa a llorar y Lola, una vez ha comprobado que lo tiene todo, también. Están muy asustadas, llamo a mi madre para que venga a recogerlas. Llamo de nuevo a Carlos, le dejo un mensaje: «Carlos ven ya, han entrado a robar en casa». Después llamo a la policía, cuando acabo de hablar con ellos mi madre ya ha llegado a casa. Ella ya sabe lo que ha pasado y me dice que alguien me ha visto salir del banco

con el dinero y ha ido a casa a ver si lo había escondido allí. Le doy la razón y le pido que se lleve a las niñas antes de que llegue la policía.

Creo que en parte no se equivoca, esto no ha sido un robo, alguien ha venido a buscar el dinero. ¿Cómo nos han encontrado?

Llega la policía científica a quien cuento mi teoría sobre cómo han entrado en casa, empiezan tomando huellas en el botón para abrir la puerta desde dentro, yo suelo usar el mando así que las huellas que encuentren serán del ladrón.

Mientras miro cómo trabajan no puedo evitar pensar que uno de ellos es la versión en carne y hueso de Homer Simpson, cualquiera diría que está en el mismo cuerpo que Álex. Me río conmigo misma por mi juego de palabras pero no puedo dejar de imaginarme cómo le quedará a Álex el uniforme.

Mientras acaban de tomar huellas en el comedor voy recogiendo lo que ya me dejan tocar y se me pasa el tiempo volando. Llamo a mi madre para preguntarme si estoy bien, pregunta dónde está Carlos y le digo que de viaje por trabajo, algo que no es raro. No tengo ni idea de dónde está Carlos, pero el que aparece por la puerta es Álex, ha visto el coche de policía y se ha acercado a preguntar.

Cuando le veo me doy cuenta de que estoy realmente asustada. Mientras Álex habla con sus compañeros le doy vueltas a mi miedo, ¿es realmente que hasta ahora no me he permitido sentir miedo o es que quiero parecer vulnerable para que Álex me proteja? Me riño mentalmente otra vez. Yo soy una mujer fuerte y valiente y no necesito que ningún hombre me proteja. Pero no quiero estar sola, eso es todo.

Los polis se van y me quedo sola con Álex. Todos los colchones están rajados. Aunque el mío es de látex y veo difícil ocultar algo dentro, lo han rajado de arriba abajo varias veces y de lado a lado. Los de las niñas otro tanto, están todos los muelles salidos por las rajaduras de las sábanas, no queda nada de ropa dentro de los armarios. Vuelvo al comedor, donde Álex está recogiendo libros del suelo y veo mis bandejas de sushi, no es que tenga hambre pero algo habrá que comer. Invito a Álex a comer sushi conmigo, no quiero estar en casa y pongo la bolsa del restaurante en la mesa del jardín. Él me sigue y se sienta a mi lado.

Comemos en silencio durante unos minutos, estamos uno junto a otro mirando en silencio la verja que separa mi jardín de la calle.

—Esta mañana he visto una furgoneta que me ha parecido sospechosa — dice Álex dejando los palillos en la mesa, soy un desastre y no he sacado platos.

—¿Aquí? —pregunto yo, más asustada.

—Ahí en frente en el descampado, ha estado aparcada toda la mañana. Juraría que me ha seguido hasta comisaría.

—¡No jodas! —No se me ocurre nada mejor que decir y me reprimo mentalmente por ser tan mal hablada, Álex nunca dice palabrotas.

—Ha tenido tiempo de volver y ver cómo salías de casa para ir al cine, después ha tenido tiempo para revolverlo todo y marcharse antes de que volvieras.

—Pues ya sabe que el dinero no está aquí, pensará que se ha equivocado de persona.

Álex no dice nada y sigue comiendo sushi, mueve las manos y me llega un olor que reconozco como el jabón que compré el día que fuimos a por la piñata. Hace dos días y parece que haya pasado una eternidad.

Le ofrezco a Álex una copa de vino, la verdad es que yo la necesito, pero él me dice que no bebe y prefiero no abrir la botella. Imagínate que bebo demasiado, como para perder el control con este hombre al lado. Aunque es lo que me gustaría, no lo niego.

No voy a beber pero decido que sí me fumaré un cigarro, será el primero del día, me da igual lo que piense Álex.

Me dice que va al baño mientras me lío el cigarrillo, creo que le da tanto asco que no quiere ni verlo. Pienso que es el rey del autocontrol y fantaseo con ver cómo lo pierde, quiero que se descontrole, que lo haga por mi culpa, quiero descontrolarle, quiero descontrolarle mucho.

Doy una calada y repito ese mantra que ahora mismo tengo muy olvidado, la tiene pequeña, la tiene pequeña, la tiene tremenda y asquerosamente pequeña. Tarda en salir del baño por lo que me imagino lo que debe estar haciendo, pero ni por esas consigo apartar el descontrol de mi cabeza. Si no la tuviera tan pequeña la tendría colgando dentro de mi taza del váter ahora mismo.

No puedo conmigo misma. ¿Qué me está pasando? Una cosa es jugar y fantasear con un amigo porque te has sentido atraída por un chico, eso le pasa a cualquiera, ¿no? Yo nunca pensé que haría nada por pasar a la acción, yo no soy así, ni siquiera me había sentido nunca atraída por otro chico que no fuera Carlos. Entendí que se me fuera un poco la cabeza cuando pensaba que Carlos me era infiel, pero ahora que sé la verdad, no debería estar pensando estas cosas. Se acabó. Álex solo es algo prohibido y por eso muy deseado, pero nada más. Basta ya.

Apago el cigarro dispuesta a despedirme de Álex en cuanto salga al jardín otra vez, cosa que no tarda en hacer, pero en lugar de hacer el gesto de marcharse se sienta de nuevo a mi lado. Nos quedamos callados un buen rato.

Mucho rato de hecho, cuando miro el reloj son las dos de la mañana. Mierda. Yo pensaba ir a dormir a casa de mi madre, nunca he sido cobarde pero no me quedo a pasar una noche sola en casa después de que alguien lo haya revuelto todo esta tarde. No.

—Bueno —digo para ver si Álex se decide a marcharse, pero no se mueve —, voy a ir tirando.

—Buenas noches —dice, pero sigue sin moverse.

—Me voy a dormir a casa de mi madre —digo levantándome.

—¿A casa de tu madre? ¿A estas horas?

—No quiero quedarme sola en casa —digo sin pensar en las consecuencias que podría tener eso.

—No estás sola, yo me quedo aquí —dice él tan tranquilo, ¿así que por eso no se ha ido?

—No —rechazo rápidamente— gracias, te lo agradezco, de verdad. Pero es que no quiero estar en casa.

—Pues no puedo ofrecerte otra cosa que pasar la noche en mi coche — dice sonriendo, me encantan sus dientes, como todo lo demás.

—Vale —digo yo entrando en casa para cerrar las luces y coger el bolso —. Pero nos vamos a otro sitio que no esté frente a mi casa —digo saliendo de nuevo.

—Claro —dice él que ya está esperando en la verja. Cierro la puerta de casa con llave y hago lo mismo con la verja. Miro mi móvil por si Carlos ha contestado. Solo hay un mensaje de mi madre diciendo que la niñas ya están dormidas. Es de hace 4 horas.

Álex sale del descampado y va hacia la montaña. Sube durante unos cinco minutos y cuando llega al cruce de caminos sigue por el de la derecha, creo que va al mirador. Es una de mis rutas favoritas, cuando no tengo ganas de meterme por el bosque voy hasta el mirador y contemplo la ciudad a lo lejos, bajo el sol que hace poco que asoma al fondo del mar. Es una vista bonita y nunca la he contemplado de noche.

Álex aparca el coche, seguimos callados mirando las luces de Barcelona, a lo lejos. Frente a nosotros el mar, donde podemos ver las luces de pequeñas embarcaciones que deben estar pescando. Ahora mismo me perdía con un barco en el mar.

—¿Qué vamos a hacer, Sara? —me pregunta Álex y no sé a qué se refiere.

Le miro y no sé qué responderle. Si se refiere al dinero, pienso quedármelo, eso está claro. Si se refiere a nosotros, no hay nada que pensar.

—Deberías haberme llamado a mí y no a la policía —dice Álex—. ¿Se han llevado el dinero?

—Ya no estaba en casa, se lo he llevado a mi madre esta mañana. —Le explico—. Tranquilo, no le he contado nada, le he dicho que eran mis ahorros y que servía como anticipo a la compra de la casa, que yo se la compro.

—¿Se han llevado algo? —pregunta Álex que tira un poco hacia atrás el respaldo de su asiento.

—No, nada —digo yo sabiendo que eso significa que venían a por la pasta—. Pero la policía cree que no le ha dado tiempo, que es posible que el ladrón estuviera en casa cuando hemos llegado.

—No creo —contesta él—, pero es bueno que los compañeros sí lo piensen.

—Voy a averiguar de dónde salió el dinero.

—Déjalo como está, Sara. Si vas a quedarte el dinero no lo muevas en una buena temporada.

—Necesito pasta, no tengo ahorros, a día 20 ya no hay nada en el banco, no te imaginas lo justos que vamos.

—Como todos —dice Álex y echa para atrás el asiento y reclina el respaldo del todo.

—Es verdad, pero quiero saber de dónde viene el dinero, saber quién me persigue.

—Déjalo, Sara. En serio. Busca un trabajo que pague las facturas y soluciona lo que tengas que solucionar con tu marido.

—Mi marido —digo yo—, no tengo ni idea de dónde está. Ni siquiera ha leído mis mensajes.

—Estará con la otra, pero ya aparecerá, en algún momento querrá ver a sus hijas —dice tumbándose de lado para mirarme desde su asiento.

—¡No te lo he contado! —exclamo yo como si en algún momento Álex y yo nos hubiéramos contado las cosas—. Carlos no tiene ninguna amante, bueno, por lo menos no la que llamó por teléfono.

Álex, que está empezando a bostezar, cierra la boca rápidamente y abre los ojos esperando más explicaciones. Yo decido reclinar mi asiento mientras se lo cuento.

—Es una de las amigas de Alberto, él cree que ni siquiera está embarazada. Por lo visto, en lugar de hablar de su mujer a sus amantes, les habla de mí, por si a alguna se le pasa por la cabeza hacer lo que hizo esta.

—Y Alberto es tu amigo, el que te esperaba en casa la otra noche —yo asiento con la cabeza y me tumbo como él, de lado para mirarle—. El mismo que esta mañana tonteaba con mi mujer delante de mis narices.

—No lo he visto, pero conociéndole no me extraña. Marta es claramente su perfil.

—Menudo amigo. —Álex se tumba boca arriba.

—Ya, él es así, y a la gente la tomas o la dejas, cada uno es como es, yo no estoy por la labor de cambiar a nadie, ni siquiera a mí misma.

—Espero que tenga una buena cuenta corriente, Marta es exigente en ese aspecto.

—Tiene toda la pinta —me río yo—. Tú no.

—Nunca volveré a estar con una mujer que tenga más pares de zapatos en su armario que yo calzoncillos en mi cajón.

—Eso es toda una declaración de intenciones —digo riéndome e imaginándome el armario de zapatos de Marta y los calzoncillos de Álex—. Yo, si pudiera, pediría a alguien que nunca se olvidara de hacerme reír. Pediría, que por tiempo que pasara, por preocupaciones que tuviera, siempre encontrara el momento de reír conmigo cada día.



Domingo

La periodista intrépida

Aunque me duele todo el cuerpo es bonito despertarse aquí. Es mi hora, las 6 de la mañana. El sol ya casi ha salido entero en la línea que separa el cielo del mar y queda muy poco para poder ver una esfera perfecta de color naranja intenso. Giro la rueda del respaldo para incorporarlo lentamente, como el sol en el horizonte. Me siento y miro el cielo, tan perfecto, con sus nubes anaranjadas, en un amanecer así no pueden faltar nubes. Álex hace un ruido a mi lado. Le miro y le veo abrir los ojos. Me sonrío. Ahora es cuando él debe estirar los brazos y pedirme con un gesto que le de un abrazo. Está claro que no lo hace. Sigo mirando el sol después de sonreírle. Él levanta su asiento y observa en la misma dirección que yo.

—¡La furgoneta tenía un símbolo chino! —dice de repente.

—¿La furgoneta que vigilaba en mi casa?

—Mientras estuvo aparcada no lo vi, en el lado izquierdo no llevaba nada. Después me siguió hasta comisaría y lo vi por el retrovisor al girar una esquina. La furgoneta llevaba un símbolo chino rojo en el lateral derecho.

—¿Dónde he visto yo un símbolo chino? —Pienso en voz alta—. ¿No llevaban algo así las cajas de los jabones?

—Puede ser. No lo recuerdo.

—¿Apuntaste la matrícula de la furgoneta? —pregunto yo ya totalmente despierta, empezamos fuerte el día.

—No. Pensé que era una paranoia mía, por la mala conciencia.

Álex dice que no quería creer que me vigilaran y que le seguían, que pensó que todo eran casualidades, hay miles de furgonetas blancas como esa, se esforzó por no fijarse demasiado y no comerse la cabeza. Yo insisto en que tenemos que averiguar qué símbolo lleva la furgoneta, o mejor, ver si en las cajas había alguna dirección. Álex saca la barra de jabón de su mochila, no lleva ningún tipo de símbolo. Jabón liso por los seis costados.

Intento convencerle para volver hasta la masía y echar un ojo a las cajas y por lo menos comprobar si llevan algún tipo de etiqueta. Si pillamos al Narco Solitario podría ser algo bueno para nuestra carrera. Él detiene a un malo muy malo y yo vendo la exclusiva a quien mejor me la pague. Pero él no quiere ni oír hablar del tema, me dice que es agente de proximidad, en una comisaría de barrio, no investiga, no hace este tipo de cosas. Él patrulla, atiende a las llamadas y cursa las denuncias. Para que él tenga que investigar a un narco

debería recibir una orden del departamento adecuado diciendo que hay alguien sospechoso en la zona que depende de su comisaría y podría tener que ir a realizar vigilancias o como mucho una detención, pero raras veces ha pasado, suelen ser personajes bastante peligrosos por lo que mandan a otros polis más especializados en eso. Y no, él no tiene interés en cambiar de departamento, tiene un trabajo tranquilo. Ya le está bien.

Dejo de insistir al cabo de un rato. Álex no me va a ayudar a investigar, le doy la razón y le digo que voy a dejar el tema unos días, o unas semanas, hasta que veamos si nuestro perseguidor vuelve a dar señales de vida o todo esto del robo ha sido una casualidad. La vida está llena de casualidades. Pero yo creo que todo está relacionado.

Llamo a mi madre, las niñas no quieren volver a casa. Ella me dice que me tome el día tranquilamente para recogerlo todo y que ya las lleva ella al cole el lunes. Qué haría yo sin mi madre.

Álex aparca en el descampado. Salgo del coche mientras me dice una vez más que me olvide del «tema» durante unas semanas hasta que «la cosa esté tranquila». Me dice varias veces que no él no quiere tener nada que ver con eso y que no quiere el regalo que le hice. No es un regalo, es su parte y para mí no hay discusión, la mitad para cada uno. Cierro la puerta para no oírle protestar y me voy a casa a darme una ducha y a desayunar un poco. Mientras, dejo el móvil cargando. Al cabo de una hora estoy que me subo por las paredes. No soporto estar en casa, por mucho que tenga que limpiar y recoger aquí. Pongo la alarma y salgo por la puerta del garaje. Esta vez tampoco le doy a los mandos en el orden correcto. Tendré que ponerme etiquetas o algo, no hay manera. Mientras espero que la puerta del garaje se levante del todo, la puerta de la verja ya se está cerrando, le doy de nuevo y observo el coche de Álex. Aparentemente no está dentro. Algo me dice que se está escondiendo y tengo ganas de salir del coche, ponerme a su lado y decirle «eh, que te he visto». No lo hago, saco el coche del jardín y me paro delante de la verja hasta que la corredera se cierra y veo bajar del todo la puerta del garaje. Álex sigue sin levantar la cabeza, pero yo sé que está ahí, escondido vigilándome. No hay ninguna furgoneta blanca en el descampado. Voy calle abajo y tampoco me cruzo con ninguna furgoneta blanca con un símbolo chino. Giro por la esquina para salir del pueblo y dirigirme a la autopista y pierdo mi casa y el coche de Álex de vista.

Te pillé

Álex sabe que Sara ha mentido, ni siquiera se ha esforzado en disimular, le ha dicho lo que él quería oír igual que hace un niño con su madre para que le deje tranquilo. Pero él no piensa dejarla tranquila. Sara puede estar en peligro y él no va a permitir que le pase nada. En el fondo también siente algo de curiosidad por la investigación, aunque como policía no pueda hacer mucho, puede hacer mucho más de lo que le ha reconocido a Sara. Pero no quiere hacerlo, eso no estaría bien y es peligroso. No hace falta correr peligro si puedes evitarlo.

Sara sigue por la autopista a buena velocidad, conduce bien, él lo sabe y ya sabe donde va por lo que no la sigue demasiado cerca. Ella cambia de autopista, dirección Zaragoza. Sale de la autopista en Lleida, sigue por una carretera comarcal hacia el norte, dirección Balaguer. No llevan más que un par de horas en coche, las cuatro siguientes son las peores, ya sabe lo que le espera.

Continuarán por esa carretera durante una hora y media más o menos hasta llegar a Sort. Luego se desviarán hacia Vielha, pero antes entrarán en el Parque Natural, que es donde se pierde la carretera. Ni siquiera sale en los mapas. El pueblo fantasma de Sara está un par de horas más arriba por la pista forestal y a partir de allí el camino es mucho peor, casi no se puede pasar con el coche entre los árboles. Le sorprende mucho que el ladrón tomara ese camino, Álex ha buscado la casa en Google y no ha encontrado ni la carretera.

A la 1 llega a la zanja. El coche de Sara está allí. Él ha ido un poco más lento que ella y cree que ella debe estar llegando a la casa, piensa hacer la subida corriendo, aunque no ha visto a nadie siguiendo a Sara no es algo que descarte, podrían perfectamente haberle puesto un dispositivo GPS en el coche para seguirla.

Deja su coche al lado del de ella y pasa la zanja por el lado más estrecho, como ya va siendo una costumbre.

Está dispuesto a echar a correr cuando algo le golpea por la espalda. Los sentidos de Álex se ponen en alerta máxima, separa las piernas, flexiona las rodillas, cierra los puños y se prepara para atacar.

—¡Te pillé! —dice Sara a su espalda con voz sonriente.

—¡Sara! —grita él relajándose—. Qué mal poli soy si me has pillado siguiéndote.

—No te he visto, pero sabía que estabas ahí —dice ella y le guiña un ojo.

—¿Cuál es el plan? —pregunta él, ya no hay marcha atrás, va a por todas.

—Primero encontrar mis llaves —dice ella con cara de preocupación—. Siempre las guardo en el coche y no están. Es posible que con los nervios las dejara en la casa. No lo sé.

—Las metiste en el coche, yo lo vi —dice Álex empezando a andar montaña arriba.

—Mierda —dice Sara y trota un poco para llegar a su lado, siempre le cuesta seguirle.

—Vamos a por las cajas, hacemos una foto de las etiquetas y de lo que haga falta y lo dejamos tal cual antes de volver a casa.

Sara asiente con la cabeza. La subida es exigente y aunque ambos están muy en forma no es posible hablar y andar a buen ritmo, y tienen prisa. Sus codos chocan al caminar y sus manos se rozan un poco, esta vez Álex no se aparta.

Los que persiguen

La furgoneta con el símbolo chino pasa cinco minutos después que el coche familiar con los cristales tintados. Va demasiado lejos para verle, de hecho ni siquiera sabe que siguen al mismo coche. Tampoco se ha dado cuenta de que hay otro coche siguiendo al coche de los cristales tintados, no muy cerca, pero lo suficiente como para no perderle de vista. El conductor de la furgoneta con el símbolo chino mira atentamente su GPS, el coche al que sigue va directo hacia la frontera a través de un Parque Natural. No es un hombre que se emocione mucho, pero tiene ganas de saber dónde van, si le han robado el dinero, cosa que todavía no tiene clara, es posible que lo encuentre al final del camino.

Por fin te encuentro

Llegamos a la casa, el último tramo no hace tanta subida y empezamos a recuperar el aliento. Álex intenta una vez más convencerme para olvidarme del dinero, dice que me ayudará a encontrar al propietario para que podamos devolvérselo. Está loco.

El estómago me ruge y estamos a varias horas del lugar habitado más cercano. No, espera. En casa hay alguien. La puerta está abierta, las contraventanas también, fuera hay tendidas un par de camisetas. Álex se da cuenta a la vez que yo. Me detiene con la mano y se agacha para ir hasta la ventana que da al comedor. Se levanta lentamente y mira a través de ella. Por su gesto veo que se sorprende al ver lo que hay dentro. Vuelve sobre sus pasos agachado y se acerca a mí, que me espero detrás de un árbol fuera del campo de visión de la casa.

—Es Carlos —dice Álex cuando llega hasta mí.

—¿Qué Carlos? —pregunto yo.

—Tu marido —dice él poniendo cara de fastidio.

—Mierda, ¿qué hacemos?

—Sacarle de la casa, por supuesto, y rezar para que no haya visto las cajas.

—Vale —digo yo, preparando rápidamente un plan— yo me encargo de eso, por supuesto. Mientras, tú sube al desván y saca una foto de las cajas. Luego sal por patas.

—Y cómo subo al desván sin entrar en la casa. Me he olvidado el gorrocóptero en casa.

—Use ese árbol, agente —digo yo riéndome.

—Tú has visto ese tejado, no va a aguantar mi peso.

—Tú puedes. —Le digo infundiéndole fuerza con mis dos manos sobre sus brazos. Qué bíceps. Él sonríe, creo que por un momento le importa bien poco que el tejado pueda caerse a trozos. Salgo corriendo antes de que cambie de opinión y voy directa a la puerta. A por Carlos.

—¡Por fin te encuentro! —grito yo al entrar. Carlos está en el sofá, tapado con una manta y leyendo un libro, rodeado de bolsas vacías de patatas fritas y bollería industrial.

—Sara —dice Carlos sorprendido dejando el libro sobre la mesita.

—Escucha, tienes que creerme, yo no te he sido infiel.

—Ya —dice él y veo en su cara que no lo recordaba, pero pensar en ello le hace cambiar de expresión.

—En serio, fue un malentendido, te he mandado mil mensajes.

—Me dejé el móvil en casa —dice, y añade de mal humor—. ¿Un mal entendido? «No es lo que parece», es lo que se suele decir en estos casos — dice él levantándose y mirándome desafiante. Veo pasar a Álex corriendo hacia la esquina de la casa. Carlos no le ha visto. Dentro de nada estará subiéndose al árbol, ¡ese es mi chico!

—No, en serio, deja que te cuente —digo yo poniéndome frente a él y haciendo que quede de espaldas a la ventana, no fuera a pasar Álex otra vez por delante—. Venía hacia aquí en coche, cuando me llamó una mujer diciendo que era la amante de mi marido, ¡dijo que estaba embarazada! Me enfadé tanto que al llegar a casa tan tarde te dije que era porque me estaba follando a otro. Pero en realidad había estado aquí haciendo fotos para mi madre.

—Eso es mentira —dice Carlos, más enfadado.

—No, en serio, mi madre quería que hiciera fotos para vender la casa, pero la he convencido de no hacerlo, me la ha regalado.

—Eso me da igual, es mentira que yo tenga una amante. —Intenta darse la vuelta, le agarro por el brazo.

—Nooooo, ya lo sé, ya lo sé. Te he llamado mil veces, te he mandado mensajes para contártelo. Era una de las amigas de Alberto.

—Y por qué te llamó a ti —pregunta Carlos sin entonación.

—Por lo visto les enseña mi foto y les dice mi nombre cuando les habla de su mujer, por si alguna se va de la lengua.

—Vaya con la que ha liado esta vez Alberto, ¿no? —Carlos sonrío un poco y veo que se relaja. Uf. Gracias a dios.

Le doy un abrazo y le pido perdón de nuevo por haber sido tan cruel con él. Él me pide perdón por haber salido de ese modo de casa y no dar señales de vida en tantos días. Empieza a darme besos por el cuello y me abraza con más fuerza. Álex está en el tercer piso, soy capaz de oír sus pasos, está arrastrando algo por el suelo. Carlos me presiona un poco más contra él y yo no puedo parar de pensar en Álex, que está tan cerca. Abrazo a Carlos de forma cariñosa, le he echado de menos, espero que note que le quiero, mucho, pero que ahora mismo tener sexo con él no es lo que me apetece. Es con Álex con quien quiero deshacer la cama, lo que no sé es si es con quien quiero hacer la colada y doblar las sábanas el resto de mi vida.

Carlos ha pillado el mensaje y deja de besarme en el cuello. Abro los ojos relajada y veo a un hombre chino mirando por la ventana.

Gravedad

Álex busca en sus bolsillos. No se lo puede creer. ¿En serio se ha dejado el móvil en el coche? ¿Lo ha perdido durante la escalada al árbol? El caso es que no ve ni torta, la ventana está abierta y puede ver el bulto de las cajas pero ni en broma es capaz de leer nada, si ni siquiera es capaz de encontrar las etiquetas.

Mira de nuevo en los bolsillos, que no, que no lleva el móvil. ¿Llevará el suyo Sara? Da igual, no puede bajar a pedirselo, no sin que le vea su marido. Mejor se marcha por donde ha venido. Bajará, irá hasta el coche y conducirá cinco o seis horas hasta Barcelona. Eso es lo que tiene que hacer. Aunque también puede esperarse escondido y cuando vea a Sara pasar, volver a la casa con el móvil y hacer la dichosa foto. O también podría... sí, esa es una buena opción.

Las cajas están cerca de la puerta, las dejaron allí después del gran esfuerzo de subirlas por las escaleras. Arrastra una de ellas intentando no hacer demasiado ruido y no chocar con nada.

Cuando está bajo la ventana levanta la caja a pulso, pesa muchísimo pero solo tiene que levantarla medio metro. La apoyará sobre el marco de la ventana abierta y buscará la etiqueta para aprendérsela de memoria. Ese es el plan. Solo que la etiqueta debe estar en la parte inferior de la caja, en ninguna de las otras 5 caras ha podido encontrar nada.

Inclina un poco la caja y se agacha para ver si en la parte inferior hay una etiqueta. La caja resbala y se cae al tejado. Álex se levanta rápidamente pero no tiene tiempo de evitar que la caja se deslice por las tejas y caiga a plomo desde la tercera planta.

En la planta inferior Sara se ha separado de Carlos rápidamente, es el efecto que ha tenido el susto que se ha dado cuando ha visto al chino por la ventana.

Abraza rápidamente a Carlos de nuevo, para volver a mirar por la ventana sin que su marido se dé la vuelta. El chino sigue ahí. Sara mira a los lados, la puerta está abierta. El chino sigue los ojos de Sara y mira también a la puerta. Sara está a punto de soltar a Carlos para ir a cerrar, el chino está a punto de salir corriendo para entrar por la puerta antes de que la cierre Sara. Una caja cae desde el desván. Una caja que pesa mucho, demasiado para que la cabeza del chino soporte la presión.

El chino desaparece rápidamente de la vista de Sara pero no llega a la puerta. Ella juraría que ha caído arrollado por una de las cajas. ¿Es eso posible?

—Hace frío —dice rompiendo el abrazo con su marido y besándole en los labios—, voy a cerrar la puerta.

Sara saca la cabeza por la puerta y mira a su derecha, el cuerpo del chino está en el suelo. Sobre su cabeza, efectivamente, una de las cajas que pesaban demasiado.

Entra de nuevo en casa y cierra la puerta. Mira a Carlos de forma provocadora y se acerca a él para besarle. Le abraza y le deja de espaldas a la ventana. Él la sujeta por el culo y la sube a la mesa.

El tercer hombre

La caja cae por el tejado a toda velocidad mientras el poli trata de evitar que se caiga. Desde arriba no se ve el suelo, lo que intenta evitar Álex es que la caja haga ruido al caer y alerte a Carlos, que está dentro de la casa con Sara.

Álex no tiene ni idea de que el chino está mirando por la ventana.

La caja no hace tanto ruido como espera Álex, se nota por su cara de sorpresa. Desde donde está escondido el tercer hombre que hoy ha seguido a Sara se ve bastante bien.

Sara sale por la puerta. Ve parte del chino en el suelo, parte porque solo puede ver desde el pecho para abajo. El cuello y la cabeza han sido la pista de aterrizaje de la caja. Es lo que ha ayudado a que no hiciera el ruido que esperaba Álex.

La caja empieza a teñirse de rojo por la parte inferior. El chino está muerto, el tercer hombre está casi seguro.

Álex sale fastidiado por la ventana, se mueve con cuidado por el tejado para llegar al árbol que ha usado antes para subir.

El tercer hombre se retira poco a poco y se esconde en el bosque donde puede ver algo pero no puede ser visto.

Sara y el sexo

Qué bien estar echando por fin un polvo en esta mesa. Seguro que esto acaba con mis fantasías. Álex no quiso, pero aquí está mi estupendo marido haciendo que se cumplan mis más tórridos deseos. Es broma, por supuesto.

—No tan deprisa. —Le digo medio jadeante, intentando ponerle algo de ganas. Que no acabe rápido que Álex tiene que bajar y sacar al chino de ahí. Yo creo que está muerto.

O no, que acabe ya porque en cuanto Álex baje y mire por la ventana lo que verá será el culo gordo y blanco de mi marido empujándome contra la mesa. Mejor terminamos ya. Empiezo a gemir, intentando no hacer mucho ruido, no quiero que Álex me oiga. Agarro el culo peludo de Carlos y le aprieto con las uñas. Cierro las piernas y le atraigo un poco más hacia mí. Funciona. Él aumenta el ritmo, gruñe un poco y suelta la tensión. Levanto las piernas rápidamente y salgo de delante de él.

—Acompáñame al lavabo. —Le pido—, así charlamos mientras me aseo.

—¿Te puedes creer que todavía hay agua? —dice él subiéndose los pantalones.

—Mis padres pusieron nuevas tuberías poco antes de... bueno, ya sabes. Reformaron la casa entera y como quien dice no tuvimos tiempo de estrenarlas.

—Se nota que es de pozo, está helada —dice Carlos abriendo el grifo.

—¿Cómo te dio por venir aquí, Carlos? —Le pregunto mientras hago pis.

—Siempre me has hablado de esta casa y las llaves estaban en tu coche.

—¿Y cómo sabías dónde estaba? —Eso sí es raro.

—Tú nos lo enseñaste a Gari y a mí durante una cena, ¿te acuerdas?

Tiene razón, debe hacer dos años más o menos de aquello. Buena memoria. Hablábamos con Carlos y su compañero en el periódico sobre el lugar perfecto para esconderse. Estaban siguiendo la pista a un empresario que había desaparecido y que supuestamente no había salido del país. Yo les dije que si me perdía me buscaran en la casa de mis abuelos, recuerdo que usé mi iPad para buscar en Google Maps y mostrarles la zona donde se encuentra, había bebido un poco y me puse muy pesada diciendo que aunque no se viera en Google ahí había un camino que llegaba a un viejo pueblo abandonado y a mi casa. Ellos decían que habían pasado tantos años que el camino no estaría allí, y yo que sí y ellos que no iba a saber yo más que Google.

—Me acuerdo —digo riéndome— y tenía razón, el camino no se veía en Google pero llega casi hasta la casa.

—No lo sé —dice él, pasé la frontera y entré en el Parque Natural por el otro lado, que sí tiene los caminos bien señalizados. Tengo el coche en la parte de atrás.

Ahora entiendo por qué no hemos visto su coche al subir, ha venido por el otro lado de la montaña, eso tienen que ser mínimo tres horas más de coche. Buf.

Soy hombre muerto

Álex baja del árbol y se agacha en la esquina de la masía. La caja ha caído justo bajo la ventana que da al comedor, reptando hacia ella con la idea de llevársela arrastrando hasta la esquina y una vez allí llevarla al cobertizo de detrás de la casa, donde dejó la carretilla.

No es hasta que llega que se da cuenta de que hay algo debajo de la caja. Desde su perspectiva no ve lo que es y primero piensa que es una piedra, pero después observa la mancha roja que está creciendo lentamente en la base de la caja. ¿Sangre? Sin dejar de reptar rodea la caja para encontrarse con el cuerpo de un hombre boca abajo. Levanta la caja temiendo lo que va a encontrar allí. Pelo negro sobre una cabeza que no tiene la forma que debería tener. Una masa gelatinosa está enganchada a la caja. La suelta de golpe y cae fuerte sobre la cabeza ya bastante aplastada del hombre.

«He matado a un hombre» piensa Álex, «Soy hombre muerto». Frena el primer impulso de gritar, también consigue controlar la necesidad de levantarse y salir corriendo. Ha matado a un hombre. No, no ha sido él, piensa. Ha sido un accidente. La caja ha resbalado sola, ha caído por el tejado y ha golpeado a ese hombre que estaría mirando por la ventana. ¿Qué hacía el hombre mirando por la ventana?

Se levanta lentamente para ver si Sara está bien, quizás sin saberlo acaba de salvarla de morir a manos de ese hombre. Se agradece mentalmente haber ido a la casa, y aunque no le guste, agradece que la caja se haya caído. Ve a Sara entrar en el comedor, por su actitud no parece haberse dado cuenta de nada.

Tiene que sacar la caja de ahí. Tiene que sacar al hombrecillo, que no parece muy alto, de ahí.

Repta hasta la esquina donde se pone de pie y empieza a correr hasta el cobertizo. Allí encuentra la carretilla de repartidor que escondió el otro día. La lleva hasta la esquina más cercana a la ventana. Está sudando. Se quita la chaqueta y reptando de nuevo hasta la caja. Tira de ella, ya no le preocupa lo que hay debajo y la lleva a rastras hasta la carretilla. La coloca. Coge su chaqueta y la pone sobre la cabeza del hombre, prefiere no ver ciertas cosas. Con la cabeza del hombre tapada por su chaqueta Álex reptando hasta los pies del hombre que apuntan en dirección contraria a la esquina donde espera la carretilla. Gira al hombre sin levantarse y cuando sus pies están en la

dirección correcta tira de ellos para llevárselo de delante de la casa. Lo deja en la esquina. Repta de nuevo hasta la ventana. Está lleno de sangre y de restos, Álex siente ganas de vomitar. Lo que faltaba. Respira hondo y arranca unas cuantas hierbas. Mueve unas piedras y tapa con una cosa y otra todo lo que puede. Vuelve a la esquina donde se pone de pie y vomita lo que antes ha retenido. Lleva la caja al cobertizo y la deja cerca de la puerta. Vuelve con la carretilla hasta el cuerpo del hombre. La carretilla es vertical, tiene una pequeña plataforma donde se colocan las cajas pero parece poco estable para sujetar a un muerto que, por si fuera poco, va perdiendo masa cerebral. Se quita el cinturón y se lo quita también al muerto. Intenta sentarlo en la carretilla, ata su cuerpo a la carretilla con uno de los dos cinturones. La cabeza sigue tapada con la chaqueta, parecen más problemáticas las piernas, que arrastran por el suelo. No le queda más remedio.

Inclina la carretilla hacia atrás hasta que la espalda del hombre toca el suelo. Trata de empujar las piernas del hombre hacia su pecho para doblarlas al máximo pero no es demasiado flexible. No soporta tener que hacer esto pero lo hace. Con un golpe seco rompe la espalda del hombre que ahora sí, puede doblar las piernas perfectamente, las ata al cuerpo con el otro cinturón. Ahora el hombre ya no es más que un bulto con manos y pies casi a la misma altura. Álex sujeta los mangos de la carretilla y anda hacia atrás sin perder de vista la puerta y la ventana de la casa. Baja hasta la zanja de espaldas, por miedo a que algún cinturón se pueda soltar y se le desmonte el hombre por el camino.

Sé lo que hiciste el domingo pasado

El tercer hombre observa a Álex bajar a toda velocidad corriendo marcha atrás con una carretilla en la que carga al chino muerto.

Cuando llega a la zanja se mete en el bosque y se detiene. Mira hacia abajo. Suelta los cinturones y empuja la carretilla con fuerza sin soltarla, consiguiendo que con el impulso el chino salga despedido y ruede poco después montaña abajo. Álex deja la carretilla apoyada en un árbol y desaparece por el bosque. El tercer hombre no se queda para esperar, corre hasta su coche que ha dejado un poco más abajo, antes de que Álex vuelva y le pille.

Vuelve conmigo

—Voy a tomar el aire —digo cuando calculo que Álex ya ha desaparecido.

Salgo fuera para comprobar que efectivamente es así. Es casi media tarde y empieza a hacerse de noche, debajo de la ventana ya no hay nada. Doy la vuelta a la casa y voy hacia el cobertizo. Aquí está la caja, justo en la entrada. Se ve desde el coche de Carlos. Decido moverla y esconderla un poco mejor, por lo menos cambiarla de posición para que el rojo no se vea tanto. Carlos viene hacia aquí. No puedo dejar que se acerque. Le espero en la esquina y voy decidida hacia la entrada, consigo que Carlos de la vuelta y me siga.

—Vuelve conmigo. —Le digo entrando en casa— por el otro camino das mucha más vuelta, además estoy cansada para conducir.

—¿Y qué hago sin mi coche? —Me pregunta él, que no lo ve nada claro, pero no puedo dejar que se acerque al cobertizo.

—Usa el mío, puedo ir al cole andando, es para lo único que lo uso.

—¿Estás segura? —pregunta él, también se le ve cansado, será fácil convencerle.

—Ya va siendo hora de que las niñas conozcan la casa. Vendremos el próximo fin de semana y ya te llevarás el coche.

Pensar en las niñas le hace tener más ganas de llegar a casa así que acepta volver conmigo.

Me da la mano cuando bajamos por la estrecha pista forestal hasta llegar al coche.

Le doy las llaves y le cedo el asiento del conductor. El coche de Álex, ya no está allí, supongo que nos lleva más de una hora de ventaja. He aguantado a Carlos en la casa tanto tiempo como me ha sido posible.

Todavía falta un poco para la zona de cobertura así que no tenemos radio ni puedo llamar a mi madre ni nada parecido. Carlos está animado y me da conversación sobre lo que podríamos hacer en la casa, aunque ambos estamos de acuerdo que no podremos hacer nada que requiera dinero. Dice que yo soy manitas y que se me da muy bien el bricolaje, confía en mí para arreglar gran parte de cosas de la casa. Qué morro tiene el tío. Que ya ayudará, me dice. Ya conozco yo cómo me ayuda él, y en el fondo lo prefiero, no es nada apañado para estas cosas.

Pensar en las reformas de la casa me hace dar cuenta de un pequeño detalle que no le he contado.

—Ayer entraron a robar en casa —digo, él frena y me mira.

Sonrío por su cara de susto y veo el coche de Álex parado en el lateral. Le pido que siga y él me hace caso, el coche de Álex es oscuro, creo que no lo ha visto, ya es bastante oscuro dentro del bosque, pero la furgoneta blanca, entre los árboles se ve perfectamente. Carlos pasa lentamente por su lado. Veo un símbolo chino de color rojo en el lateral derecho. Sigo hablando como si no pasara nada y le cuento mi tarde en el cine con Alberto y la sorpresa que tuvimos al volver a casa. Veo que Carlos mira constantemente por el retrovisor. Temo que haya reconocido el coche de Álex, ahora creerá que tengo una aventura, genial.

Ropa sucia

Álex se levanta lentamente dentro de la furgoneta del chino. Ve como se aleja poco a poco el coche de Sara, conducido por Carlos. Casi no ha tenido tiempo de agacharse cuando ha visto que el coche pasaba por su lado. Se ha detenido unos momentos y ha continuado la marcha. Le han visto.

Vuelve a su coche y esconde en su mochila las pocas pistas que ha encontrado en la furgoneta, nada destacable: un teléfono móvil y la documentación del vehículo.

Está sudado y lleno de sangre, necesita lavarse, de momento se cambia de ropa y mientras hace tiempo dentro del coche estudia la documentación de la furgoneta. Todo parece normal, está a nombre de un tal Wei Jian Li. Debe ser la versión china de Javier Sánchez López.

El teléfono móvil está bloqueado pero le sorprende lo que ve en la pantalla.

Arranca el coche y empieza el descenso de la montaña tan lentamente como puede. Tarda más de dos horas en llegar al primer pueblo. Es totalmente de noche y no le cuesta encontrar una plaza pública con una fuente en la que se lava con el jabón de Sara, sabe que es un peligro lo que está haciendo, está dejando pistas por todas partes, pero no le queda más remedio. Cada vez se siente más criminal y menos policía. Deja correr el agua suficiente como para que la fuente quede totalmente limpia, sin una gota de sangre y se asegura de que el suelo esté igual. Es de noche pero no le parece que haya dejado nada visible. Le quedan cuatro horas hasta casa. Llega al descampado cerca de media noche. Las luces de casa de Sara están encendidas, aparca el coche y respira hondo un par de veces antes de detener el motor, se queda en silencio, la luz se apaga al cabo de unos segundos. En casa de Sara la luz del comedor se apaga y se vuelve a encender rápidamente. Después se apaga y deja a Álex solo y a oscuras en su coche.



Lunes

Todo un récord

Me despierto un poco más tarde de las 6 y se me hace raro sentir el cuerpo de Carlos contra el mío. Pienso en Álex que debe estar durmiendo en su coche. Puede que ayer me salvara la vida. Apenas he dormido, no he podido dejar de dar vueltas en la cama, no se me quita la imagen de las piernas del chino asomando inertes bajo la caja. ¿Qué habrá hecho Álex con el cuerpo?

Quito con cuidado la mano de Carlos de mi cintura. Me levanto intentando no mover demasiado la cama para no despertarle aunque la experiencia me dice que no habrá nada capaz de despertarle antes de las 8. Busco mi móvil a tientas entre las sábanas y veo que no tiene batería. Estos móviles de hoy en día no aguantan nada. Entro en el baño, mi cargador siempre está allí así que dejo el móvil enchufado. Salgo al cabo de cinco minutos peinada, con los dientes limpios y la cara bien lavada. A tientas busco la ropa de ir a correr, tengo un cajón especial organizado por conjuntos, así solo tengo que meter la mano y coger uno de los montones, para eso sí que soy ordenada. Me visto en el comedor y me pongo las deportivas que están en el armario de la entrada. Bebo un vaso de agua antes de irme, hoy también tendré que correr sin música. Da igual, tengo mucho que pensar.

En primer lugar tengo que decidir qué hago con Carlos si le cuento la movida del dinero o me lo quedo para mí. Va a ser muy difícil engañarle si mejoro nuestro ritmo de vida, aunque siempre puedo decirle que he encontrado trabajo y quedarme en casa haciendo mis cosas. No descarto escribir un libro, es lo que siempre he querido. Vuelvo a pensar que podría imprimirlo, quemar los ejemplares y decir que los he vendido. Hay que darle vueltas a esa idea.

Salgo a la calle y hago unos pequeños estiramientos, no suelo hacerlo, pero me van bien para mirar hacia el coche de Álex, no se le ve, por lo que debe estar tumbado en el asiento de atrás. Pobre.

Empiezo a correr calle arriba, al cabo de pocos metros el asfalto se convierte en tierra, mucho mejor para correr.

Tengo varias cosas que hacer hoy, en primer lugar ver si averiguo quién es Javier Sánchez López, temo que localizar a Javi va a ser una tarea muy complicada ya que no vi bien su cara, estaba lleno de sangre y parcialmente tapado por la rama del árbol, por no hablar de lo incómodo que era intentar mirarle tumbada en el suelo y metiendo la cabeza por el parabrisas roto. No

creo que googlear sea una opción, pero Álex tiene su cartera, se la pediré, puedo ir a la dirección de su DNI. Lo primero es recuperar la documentación de Javi ya que Álex como poli no piensa hacer nada con ella.

Javi dijo que el hombre al que robó el dinero trabajaba solo, que no había un Pinkman con ese Heisenberg. ¿Serán el chino y el Narco Solitario la misma persona? Lo siguiente es obtener la información que sacó Álex de la furgoneta.

Hoy no corro demasiado rato, estoy ansiosa por ir a ver a Álex a su coche y que me cuente qué encontró en la furgoneta del chino. Necesito saber si se ha deshecho del cuerpo de forma segura, bueno, seguro que él tiene mejores ideas que yo sobre lo que no tiene que hacer.

Me acerco al coche de Álex y golpeo la ventanilla con cuidado, no veo si está despierto. El coche se mueve un poco y se abre la puerta. Entro.

—Buenos días —digo al entrar. Cada día tiene peor cara, pero qué bien le sienta la barba.

—¿Cómo te lo montas para dormir tan poco y tener esa energía? —Me pregunta con cara de estar todavía dormido.

—Necesito dormir poco. —Sonrío—. ¿Me vas a contar lo que encontraste ayer en la furgoneta?

—¿Me visteis? —pregunta con cara de preocupación.

—¿En la furgoneta? No, te escondiste a tiempo —digo yo—, pero no hace falta ser muy lista para atar cabos, tu coche estaba justo detrás, disimulaste poco.

—Pensé que tardaríais más en bajar —confiesa él, cada vez parece más preocupado.

—¿Qué hiciste con el chino?

—¿Qué chino? —responde él.

—El que miraba por la ventana.

—No le vi, subí la caja a la ventana para verla a la luz del día y se resbaló, yo no sabía que el hombre estaba allí abajo.

—Creo que me salvaste la vida, ¿qué hiciste luego con el cuerpo? —En mi vida me había imaginado haciéndole esa pregunta a alguien, la verdad.

—Está en el coche accidentado.

Me quedo callada valorando las opciones, si pasa suficiente tiempo y están en un avanzado estado de descomposición igual piensan que tuvieron el accidente juntos. Puede funcionar, pero tenemos dos cuerpos sin vida en un bosque que me pertenece.

—Tengo algo para ti —dice él al cabo de un momento y veo que me da un móvil.

—No es mío.

—Es el de tu marido, estaba en la furgoneta del chino, debió llevárselo de tu casa.

Hago clic en el botón y la pantalla se ilumina mostrando mis últimos mensajes. Mierda. Abro la puerta del coche.

—Voy a dárselo —digo como despedida.

—Carlos ya no está en casa, ha salido hace media hora.

Me quedo callada, no sé qué me sorprende más, que Álex haya encontrado el móvil de Carlos en la furgoneta del chino, que el móvil siga teniendo batería o que Carlos se haya despertado y haya salido de casa tan pronto. Vuelvo a pensar en lo de la batería, estoy casi segura de que el móvil no estaba enchufado en ningún lado, lo habría visto, es todo un récord que una batería aguante tanto hoy en día. Ya estoy fuera del coche, Álex me mira desde dentro, sujeta la puerta para cerrarla por lo que empiezo a marcharme.

—Sara. —Me llama cuando ya he dado unos pasos.

—¿Qué? —digo antes de girarme.

—Que no la tengo pequeña.

No es mi problema

A las ocho menos cuarto Álex sale del coche, lleva una pinta que da pena, necesita una ducha y cambiarse de ropa. Pica al interfono de su casa, su mujer le dice que suba, pero que se espere en la escalera hasta que ella salga, le abre la puerta y cuelga el aparato sin dar opción a Álex para que responda. Sube andando lentamente, golpea con los nudillos suavemente la puerta y ella no abre, desde dentro le dice que se espere que no es la hora.

—Necesito ducharme —dice Álex con la cabeza apoyada en la puerta, está agotado.

—No es mi problema —dice Marta desde dentro y se va por el pasillo con sus zapatos de tacón.

A los niños no les oye en todo el rato, Marta sale de casa con cinco minutos de retraso y le deja la puerta abierta para que él pueda entrar.

—No están despiertos, date prisa o llegaréis tarde —dice mientras espera delante de la puerta del ascensor comprobando si la manicura de sus uñas sigue perfecta.

Los niños están dormidos, cada uno en su cama. Álex pierde un par de minutos mirándoles, levanta la persiana para que empiece a entrar la luz en la habitación y les da un beso a cada uno. Bruno abre los ojos y se despierta al instante. Abre sus bracitos y acoge a Álex en el abrazo más reconfortante del mundo. Leo es un poco más lento, Álex le alborota el pelo rubio y le hace unas cosquillas. Bruno ya está de pie cuando Álex saca en brazos a Leo de la cama y le lleva a la cocina, sienta a cada uno de ellos en su silla alta. Llena un par de tazones con leche y los calienta al microondas mientras les pregunta qué tal pasaron el domingo. El microondas pita y Álex sirve cereales a los niños, Bruno con chocolate, Leo con miel.

Les deja un momento mientras va a preparar su ropa. Ellos intentarán comer solos, espera que no tiren la leche al primer intento. Marta no ha dejado nada preparado pero hoy lo tiene fácil, los niños tienen gimnasia en el cole, así que prepara un pantalón de chándal y una camiseta para cada uno. Vuelve corriendo a la cocina donde les da los cereales a cucharadas, a cada uno con una mano, una es un helicóptero y la otra un avión. Después se convierte en un barco y en un tren, en un submarino y en una moto. Sigue inventándose rutas imaginarias mientras va vaciando los tazones del desayuno de los niños.

Les coge a ambos en brazos, uno a cada lado de la cadera y sin soltarles en el baño les lava la cara.

Vestirles es un poco más complicado porque están juerguistas, pero apostando con ellos a ver quién es el más rápido lo consigue en pocos minutos. Gana Bruno, siempre es mucho más rápido que Leo en todo, pero Leo es más observador y mientras le peina le pregunta por qué hace días que no duerme en casa.

—Trabajo de noche —dice Álex, que piensa que tienen que sentarse con Marta y aclarar cómo van a separarse y qué les van a decir a los niños.

Salen de casa con el tiempo justo para ir al cole en coche. Llegan antes de que suene el timbre. Álex les mira subir las escaleras con esas carteras que les quedan demasiado grandes.

Tiene claro lo que hará hoy, tiene el día libre y vuelve a la casa de la frontera.

El olor del poli

Voy dando un paseo hasta el cole, mi madre siempre llega antes de que abran las puertas y la prueba de que yo también soy capaz de hacerlo cuando estoy sola la tiene hoy. Llego antes que ella y las espero para darles los buenos días. Las niñas corren a abrazarme, no hay nada como perderme de vista para que me echen mucho de menos. Les digo que por la tarde ya las iré a buscar yo al cole y podrán volver a casa.

Después acompaño a mi madre a su casa y le pido que me deje el coche un par de días. Hemos dormido sobre un colchón rajado y necesito ir al polígono a ver si en la tienda de colchones me hacen el favor de traérmelos hoy mismo a casa.

Mi madre, que es una santa, me lo presta encantada. Me dice que va a desconectar de las niñas el resto de la semana, la han dejado agotada.

Sigo dándole vueltas al tema del móvil de Carlos. Si estaba en casa, ¿por qué no sonó ninguna de las veces que yo le llamé? Si estaba enchufado y el único cargador que hay es el mío en el baño, ¿por qué no lo vi? Si no estaba enchufado desde que Carlos se fue el viernes y lo robaron el sábado, ¿cómo puede seguir teniendo batería el lunes por la mañana? Algo no me cuadra.

Todos los mensajes en pantalla son míos, pongo el código de desbloqueo y entro en whatsapp a borrarlos. Dejo únicamente los que no dan demasiado detalle, los que explican que no pasó nada y piden perdón por la mentira.

Además de mí también le mandó un mensaje Gari el mismo viernes.

Apago el móvil, que sigue teniendo una rayita de batería y le doy vueltas a las posibles explicaciones de que haya aguantado tanto. ¿Puede ser que el móvil huela a Álex? Sí, lo acerco a mi nariz e inspiro, el móvil huele como las manos de Álex, al jabón del chino del polígono.

Decido que ya ha llegado el momento de moverme. Me he quedado dándole vueltas al móvil y pensando sentada en el coche de mi madre aparcada frente a su casa.

Voy al polígono industrial más cercano al pueblo, el mismo donde compramos la piñata y en el que hay varias tiendas de sofás y colchones. Espero tener el problema solucionado durante la mañana.

Olor a chamusquina

Álex ha hecho ya tantas veces este camino que no le parece tan largo, las cinco horas en coche se le pasan volando. Frena ante la zanja pero no sube a la casa, sale del coche y abre el maletero, lleva un bidón de gasolina que ha comprado a medio camino.

Baja hasta donde está el coche accidentado. Le estuvo dando vueltas anoche y cree que tal como ha quedado el coche si el depósito de gasolina hubiera estado lleno fácilmente se habría quemado, básicamente porque el coche volcó de lado y quedó sobre la boca de llenado, la gasolina se hubiera salido del depósito y si el chico hubiera ido fumando podría haber provocado un incendio y sabe que el chico fumaba porque cuando estuvo dentro del coche olía a tabaco. No le queda más remedio que volver a entrar en el coche. No se complicó mucho poniendo al chino, lo metió en el maletero y se marchó. Si algún día descubren el coche y encuentran al chino en el maletero pueden pensar que Javier Sánchez López le llevaba en el maletero, vivo o muerto, cuando tuvo el accidente. La cuestión es borrar todas las huellas que Sara y él pudieron haber dejado.

Se pone unos guantes de látex y sube a la parte de arriba del coche, que no es otra que el lateral derecho, el coche sigue de lado, encajado entre los árboles. Entra en el habitáculo, empieza a oler bastante mal, y busca en el cenicero alguna colilla que no esté muy chafada. Tiene suerte. Se la mete en el bolsillo con cuidado de no romperla y limpia a conciencia todas aquellas partes del coche que pudieron tocar Sara y él. Está más de media hora limpiando por dentro.

Sale fuera y hace lo mismo con la puerta, los cristales, el maletero, todo lo que en algún momento pudieron tocar Sara y él está ahora más que reluciente. Bien.

En su bolsillo tiene un tubo de pasta de dientes vacío, no tiene ni idea de si el invento va a funcionar, espera que sí.

Tira parte de la gasolina en la zona donde está la boca de llenado del coche y crea un reguero hasta la ventanilla del conductor. Mete el bidón con el resto de gasolina en el maletero, pero se asegura de cerrar mal el tapón de modo que caiga gasolina gota a gota, lo deja de lado para que vaya empapando el maletero. Cierra y vuelve a la parte delantera del vehículo, cerca del volante. Allí saca un mechero, coloca el cigarro que ha cogido del

cenicero en el agujero del tubo de pasta de dientes, que encaja perfectamente. Aprieta el tubo aguantando el cigarrillo para que no se le escape. Enciende el mechero y lo acerca al cigarrillo, suelta el tubo de pasta de dientes que tiene tendencia a volverse a llenar de aire y funciona perfectamente para que el cigarrillo tire. Le da un par de veces y cuando está bien encendido lo deja cerca de la cara del chico, que está contra el suelo, mezclada con la tierra y los cristales de la ventana. La gasolina del suelo empieza a quemarse lentamente y enciende algunas hojas secas que queman más rápido. Sopla un poco para ayudar a que el incendio se propague y ante sus ojos empieza a quemarse el asiento del conductor.

No hay una explosión, tampoco la esperaba, se sienta a unos metros del coche mientras mira cómo va agrandándose el incendio. Parece que finalmente se va a quemar entero. Reza mentalmente para que no cause un incendio tan grande que queme el bosque y tengan que ir los bomberos. La idea es que el coche y los cuerpos se quemen y se tiren años allí metidos, para que nadie los pueda reconocer nunca. Pero por si acaso, él no ha dejado sus muestras de ADN en el cigarrillo y ha intentado borrar todas las huellas.

Se pone de pie y anda unos metros para atrás, resbala y se cae pendiente abajo, más allá del coche que se quema. Choca con un árbol que detiene la caída. Se levanta más preocupado por el fuego que por el golpe que se ha dado, lo que implica que no se ha hecho daño.

Un poco más abajo de donde está él a la altura de sus ojos pero a varios metros del suelo hay un coche, lo mira desconcertado, ¿cómo está tan arriba? Mientras lo observa atentamente se quita los guantes de látex y los guarda en el bolsillo. El coche está suspendido sobre el suelo en la copa de un árbol. Tuvo que caer sobre un árbol joven que ha crecido enganchado al coche y que lo ha abrazado con sus ramas para levantarlo hasta esa altura. Ve la matrícula y calcula que tiene unos 30 años.

¿Qué me estás contando?

Salgo satisfecha de la tienda de colchones, esta misma tarde me los traerán a casa. Mi visa saca humo, pero me da igual. Me da igual. Qué fuerte.

Ahora necesito conseguir un jabón como el que me compré el otro día, parezco tonta acercándome el teléfono a la nariz, pero ya no queda rastro de Álex, me lo he esnifado entero.

Aparco delante de la macro tienda del chino donde compré con Álex la piñata el otro día. No estoy más de cinco minutos ya que tengo claro lo que quiero y lo cojo del expositor que está al lado del mostrador donde cobran.

Saco un euro de mi bolsillo, por un momento pienso en darle el euro falso, fue aquí donde me lo dieron, pero me gusta tenerlo, me recuerda a Álex y lo llevo siempre en el bolsillo. Pago rápidamente y voy hacia el coche oliendo el jabón. Huele exactamente igual que el otro, pero tiene algo distinto, no sé precisar qué es.

En el *parking* conecto el móvil a la radio del coche y entro en Spotify, voy a la lista «escuchado recientemente» y pongo de nuevo las canciones que cantamos Álex y yo la semana pasada en este mismo coche. Conduzco con una extraña sensación de euforia, vértigo, emoción. Canto a grito pelado y de vez en cuando meto la nariz en la caja de jabón, que huele más a cartón que a jabón, la quito como puedo con una mano y la intento lanzar al asiento de atrás, pero la caja sale volando por la ventana.

Esto no parece mi vida. Es como si viviera una realidad paralela que solo conozco yo. No, espera, vivo una realidad paralela que solo conocemos Álex y yo, salpicada con ciertos detalles que reservo solo para mí, pero que temo que él capta perfectamente. No es algo que me esté pasando a mí sola. A él le pasa lo mismo. Cuando no estoy con él no puedo dejar de pensar lo que haría si lo tuviera cerca, pasan por mi cabeza imágenes muy bien recreadas de lo que podría llegar a pasar, pero en cambio cuando le tengo cerca hay algo que se bloquea y que no permite que eso ocurra. Siento que a él le pasa lo mismo, siento que somos como dos imanes, cuando estamos lejos nos atraemos sin remedio, pero a medida que nos vamos acercando, y al revés de lo que pasaría con imanes de verdad, uno de los dos se da la vuelta y es imposible que nos toquemos.

En el coche de mi madre no llevo mandos del garaje de casa así lo dejo en el descampado. El de Álex no está, debe haberse ido al trabajo.

Me preparo un té y me siento frente al ordenador, ha llegado el momento de averiguar algo sobre nuestro amigo Javi. Pero antes tengo que llamar a Carlos y avisarle de que he encontrado el móvil, le diré que estaba en casa.

Llamo al periódico, cosa que hace años que no hago, desde que tenemos móviles los teléfonos fijos ya no forman parte de mi realidad. No me sé el teléfono de memoria, ni siquiera lo tengo grabado en el móvil, lo busco en Internet, miro si Carlos tiene una extensión directa pero no sale su nombre en el directorio de secciones.

Llamo al teléfono general y pregunto por él, la chica debe ser nueva porque me dice que no le conoce. Le pido que me pase con Marina, la secretaria de redacción para preguntarle por Carlos a ella directamente.

Marina se extraña al oírme, pero me saluda amigablemente, me pregunta por las niñas y por mi trabajo. Le digo que justo ahora me estoy poniendo de nuevo las pilas para buscarme algo como freelance, no me apetece cumplir horarios muy estrictos. Se ríe, tiene un niño pequeño y ya sabe de qué va la cosa.

—Bueno —digo para cambiar la dirección de la conversación—. ¿Me pasas con Carlos?

—¿Con Carlos? —pregunta Marina extrañada.

—Sí, mi marido —digo yo perdiendo la sonrisa.

—Sara, Carlos hace meses que no trabaja aquí —me dice y la noto tan apurada que me sabe mal por ella.

—Qué cabeza tengo, perdona —le digo y cuelgo rápidamente el teléfono.

¿Qué está pasando? Llamo a Gari, su compañero de trabajo, no le he visto más que una vez, el día que vino a casa a traerle unos papeles a Carlos y se quedó a cenar, pero tengo su teléfono. Es un chico joven, unos 25 tendría hace dos años, muy moderno con barba hipster y todo el rollo. Una voz de máquina me dice que el teléfono al que llamo está desconectado o fuera de cobertura. No tiene contestador automático. Entro en whatsapp para ponerle un mensaje: «Soy Sara, la mujer de Carlos, ¿sigues en el periódico?». Veo que su última conexión fue el viernes. Este debe estar de fin de semana todavía. Añado un «Llámame, gracias».

Hay algo que me chirría, algo que se me escapa y no sé qué es. Necesito correr. He salido esta mañana, pero necesito correr. Necesito que mis pensamientos fluyan, que se desatasquen, sé que hay algo que estoy pasando por alto y no sé qué es.

Álex no está en el descampado pero frente a su portal veo a Marta hablando con Alberto. ¿Alberto? Tengo que hablar muy seriamente con él, o

mantiene sus líos alejados de mi vida o vamos a tener problemas.

Creo que me ha visto pero pasa olímpicamente de mí y yo muy olímpicamente, o eso me gustaría, empiezo a correr montaña arriba.

No soporto no saber qué ha pasado con el trabajo de Carlos, vuelvo a casa en media hora y me doy una ducha rápida. Gari no me ha llamado y por mucho que le llame no me coge el teléfono.

Decido volver a llamar al periódico y preguntar por él.

Me dicen que Marina ha salido a comer así que pregunto por Gari directamente, me dicen que hace una semana que dejó el trabajo. Vaya. No sé con quién hablar en ese momento y pregunto por el jefe de redacción, fue compañero mío en la universidad, aunque nunca fuimos amigos. Mentiré lo que haga falta para sacarle la máxima información posible, si es que quiere ponerse al teléfono, claro.

—Sara, cuánto tiempo —saluda David, mi antiguo compañero de estudios y exjefe de Carlos.

—Hola David, ¿qué tal? —Decido ir directa al grano—. Te llamo por algo personal, es un tema delicado.

—Tú dirás —me dice él sin mucha emoción.

—Carlos y yo estamos pasando un mal momento —empiezo a mentir, bueno no tanto— hace meses que no habla conmigo, que está muy raro, fíjate si ha pasado tiempo y todavía no sé por qué dejó de trabajar en el periódico —definitivamente no estoy mintiendo nada.

—Cambió, Sara —me cuenta David—. Estuvo mucho tiempo sin esforzarse nada, hacía lo mínimo. Le dimos varios toques pero él continuaba sin traer nada interesante, le cambiamos de departamento, fuera de investigación y se enfadó mucho, dijo que estaba detrás de una historia, que tenía un chivatazo. No quiso decirme nada, solo se lo contó al director. Yo no sé qué pasó en esa reunión, pero Carlos salió dando un portazo y no volvió. Es todo lo que sé.

—Joder, pues ya sabes más que yo, ¿algún detalle sobre la historia?

—Ni idea, el director solo me dijo que era infumable, Sara. No tenía ni pies ni cabeza.

—¿Cuánto hace de eso, David? —pregunto temiendo la respuesta.

—Diría que un año, pierdo la noción del tiempo.

Ven a cenar esta noche

Álex ha quitado las hojas secas y las piedras, que ha lanzado por el bosque tan dispersas y tan lejos como ha podido. Después ha paseado por lo que un día fue un jardín bien cuidado buscando alguna planta que pueda cambiar de sitio, algo bonito que encaje debajo de esa ventana. Remover la tierra porque sí sería sospechoso, pero limpiar un poco la zona de delante de la puerta y la ventana para empezar a adecentar el jardín es algo que entraría totalmente dentro de los planes de Sara ahora que se queda la casa así que va a hacer parte del trabajo.

Va al cobertizo buscando alguna herramienta con la que limpiar, remover la tierra y cortar las malas hierbas. Encuentra una azada tan vieja como la casa y se la lleva para la zona que quiere limpiar. Necesitará más que un par de golpes para terminar con toda esa maleza, quizás no es una buena idea limpiarlo todo, pero si encuentran el coche con Javier y Wei, no pueden relacionarlo de ninguna manera con la casa de Sara, ella tiene que quedar libre de toda sospecha.

Se aleja de la ventana y mira la casa con cierta perspectiva, se nota que alguien ha estado allí, el jardín está cubierto con hierbas y arbustos de medio metro y se ha formado un claro pasillo desde el camino que sube de la montaña hasta la puerta de entrada. Desde la puerta a la ventana no hay hierbas chafadas, pero sí desde la ventana hasta la esquina, es decir desde donde aterrizó la caja hasta la esquina donde está el árbol por el que subió al desván. Estuvo reptando por el suelo, arrastrando la caja y al hombre, ¿cómo no va a estar todo chafado y lleno de restos de sangre? Se aplica con la azada para dejar limpio de hierbas el perímetro frontal de la casa. Suda un buen rato y le salen ampollas en las manos, pero no queda rastro de hierba, ha formado un camino de medio metro desde la puerta a las dos esquinas de la masía. Cava un poco debajo de ambas ventanas, la de la izquierda es la del comedor y la de la derecha la de la cocina. Se dirige a la esquina donde están los cactus, por lo que le dijo Sara llevan más de 25 años allí y se han reproducido. Con ayuda de la azada y un par de palos quita algunos de los nuevos hijuelos y los lleva hacia las ventanas. Pronto hay cinco o seis debajo de cada una, los planta con cuidado y ayuda de las herramientas, pone algo de tierra encima y los enmarca con piedras, las que debían marcar el viejo camino a la puerta. Queda bonito, parece que alguien ha querido decorar el jardín.

Devuelve la azada de nuevo y junta todas las hierbas que ha limpiado en un montón. Llevaba un jersey fino cuando ha subido, lo ha dejado en la entrada, le hace un nudo y consigue tener una especie de saco. Mete el fardo de hierbas y se asegura que no quede ninguna suelta. De todos modos le dirá a Sara que venga el fin de semana a limpiar el jardín y que haga una hoguera con todo lo que saque. Quemar es la mejor solución.

Baja contento hasta la zanja, cree que con esto la casa de Sara queda libre de sospecha. Se deja caer por la pendiente y se da cuenta de que cada una de las veces que ha bajado de ese u otro modo habrá dejado innumerables pistas. Qué difícil es ser el criminal perfecto.

El coche y el árbol que tiene dentro siguen quemando, pero no parece que el incendio se vaya a descontrolar. Esparce las hierbas cerca del coche para que se quemen de la forma más natural posible, es decir, que no parezcan un fardo de hierbas quemadas y se lleva el jersey con él.

Se sienta a media subida para observar cómo se quema el coche, le preocupa el humo negro que sale del vehículo, es muy visible y todavía es muy de día. El árbol que quema dentro del coche cede y se rompe. El coche empieza a descender ardiendo por la ladera, hasta que Álex lo pierde de vista. Álex corre intentando no caerse para ver cuál es la situación. La montaña termina abruptamente en un barranco, un poco más abajo de donde está el coche antiguo, el que está subido a la copa del árbol.

Álex anda con cuidado los últimos metros hasta llegar al barranco. Se tumba en el suelo y mira hacia abajo, son unos 10 metros por lo menos, calcula, es alto como un edificio. Debe tener unos 4 metros de ancho en la parte superior pero se va estrechando a medida que desciende. El coche se ha quedado encallado casi abajo de todo entre unas rocas.

La parte buena es que sigue quemando y que no está cerca de árboles a los que pueda propagar un incendio. Con suerte quedará totalmente calcinado, no tiene pinta de empezar a llover.

La parte mala es que el incendio no es demasiado virulento y tiene sus dudas sobre lo de totalmente calcinado.

El barranco, por otra parte no es nada destacable, ve el principio y el final a ambos extremos y no parece haber ríos ni nada demasiado interesante, es posible que no llegue nunca hasta aquí ningún equipo de espeleología buscando aventuras. Aunque nunca se sabe. Nunca se sabe.

Sube hasta el coche, guarda el jersey en su mochila, mucho riesgo hay en esa mochila. Saca uno de los sándwiches que ha comprado en la gasolinera y

se lo come de dos mordiscos. Se bebe una botella de agua entera y mastica chicle para lavarse los dientes.

Conduce bastante rápido por dentro del bosque, ya conoce perfectamente cada curva, y cuando sabe que está dentro de la zona de cobertura vuelve a encender el móvil, también se ha convertido en un experto en ahorrar batería.

A las ocho llama Marta. Él cree que serán los niños que le quieren dar las buenas noches y no se equivoca, cuando termina de hablar con cada uno de ellos escucha cómo Marta les pide el teléfono.

—Soy yo —dice Marta, como si pudiera ser alguien más— quiero hablar contigo. —Sueno mucho más amigable que por la mañana.

—Dime —dice Álex— tengo tiempo.

—Me sabe mal cómo te he tratado esta mañana —dice ella.

—Esta mañana, la de ayer, la del sábado...

—Tienes razón —dice Marta sumisa—, te mereces una disculpa.

—Gracias —dice Álex que siempre sabe valorar este tipo de esfuerzos.

—Pues ven a cenar, por favor —dice ella y deja a Álex sin palabras—. ¿Álex?

—Sí, sí, estoy aquí. No llego para cenar.

—¿Cuánto tardas? —pregunta ella, que sigue muy dócil.

—Tres horas —dice él mirando el reloj de la radio del coche.

—Vale, aquí te espero. —Marta cuelga y Álex dedica el resto del viaje a especular sobre lo que tiene que decirle su pareja, su expareja, lo que sea. ¿Querrá acordar los términos de su separación? ¿Tendrá preparado un documento para quitárselo todo y esperará que él lo firme? Descarta que quiera hacer las paces con él pero él no quiere estar más tiempo lejos de sus hijos.

Que te jodan

Lola sigue un poco alterada por el robo, Nora intenta tranquilizarla diciendo que no se preocupe, que a partir de ese momento ella se encarga de que la alarma siempre esté puesta. A Lola no le parece bien, ella quiere ser la encargada de la alarma, pero Nora la convence fácil dándole el cargo de revisora de puertas y ventanas. A Lola le parece genial tener mucha más responsabilidad que Nora. Yo ya tiemblo con lo que me espera a partir de ahora, otra obsesión más en la hoja de control de mis hijas. Si es que no me pasan ni una.

Estamos en el coche de camino a casa, hoy no me ha sido complicado convencerlas de no quedarnos en el parque, ya que nos tienen que traer lo que he comprado esta mañana. Lola pregunta mil veces cómo transportan los colchones y el sofá. A Nora le preocupa más saber si los hombres que traigan lo nuevo van a llevarse lo viejo. Vaya, en eso no había yo pensado. Espero que sí.

Para mi sorpresa en el poco rato que he estado fuera ha vuelto Carlos. Su coche está en el garaje, está claro que tiene ganas de ver a las niñas. Ellas salen del coche casi sin darme tiempo a tirar del freno de mano. Para cuando llego al comedor están las dos sentadas tranquilamente charlando con él. Lola habla y Nora escucha, respeta su turno de palabra. Las miro y no sé si felicitarme por tener razón y saber que lo que estoy viendo es posible o castigarme por no ser capaz de conseguirlo yo misma. Cuando están conmigo Nora apenas habla, Lola no respeta los turnos de palabra y acaban enfadándose entre ellas y dejando de hablar conmigo. Siempre les digo que tienen que hacer las cosas de otra manera y ellas me dicen que no, que son así, pero no, yo tenía razón. Lo pueden hacer, solo que pasan de hacerlo conmigo.

Me voy a poner ropa de estar por casa aprovechando que las niñas están relajadas. La poca ropa que había en los cajones y armarios sigue fuera, me concentro en recoger un poco antes de atacar la montaña de ropa sucia que me sugiere que ponga varias lavadoras. Una no puede tomarse un par de días de vacaciones, es lo malo de las tareas domésticas, que la mayoría no se pueden hacer por adelantado. Bueno, eso y que para cuando terminas de hacer algo ya tienes que volver a empezar, siempre hay ropa que lavar, siempre hay platos por fregar, siempre hay baños que desinfectar. Menudo coñazo.

Cuando tengo toda la ropa en el armario salgo de la habitación, las niñas están viendo dibujos mientras Carlos está sentado en el jardín. Aprovecho y salgo para hablar con él. Saco su teléfono de mi bolsillo y se lo doy sonriendo.

—¿Dónde estaba? —pregunta él muy sorprendido.

—Entre la cama y la pared —digo yo muy convencida—, lo he visto al guardar la ropa que sacaron los ladrones.

Carlos coge el móvil y mira en la pantalla, no hay mensajes pendientes ya que yo los he borrado esta mañana. Me mira extrañado. «Mira Carlitos, no te me pongas tonto que me parece que tienes más que ocultar tú que yo», estoy a punto de decirle, pero quiero atacar el tema del trabajo en un momento en que no puedan aparecer las niñas de repente.

—¿Estaba enchufado? —me pregunta mirándome a los ojos de una forma un poco ofensiva, ya que me está diciendo claramente que le miento.

—No —contesto yo y sonrío como si no pasara nada.

—¿Y por qué tiene batería? —pregunta él desconfiando mucho más.

—Aguantan varios días en espera, no veo por qué no debería tener batería —digo yo, dando el tema por zanjado.

Veo que pone el código de desbloqueo y que entra en whatsapp para ver los mensajes, el chat conmigo es el que está arriba de todo, soy la que le ha mandado los mensajes más recientes. Sonríe y me mira.

Después va al siguiente chat, el de Gari, a quien yo todavía no he podido localizar y que le mandó un mensaje el viernes pasado que dice algo de «4 semanas» es lo que pone junto a su nombre. Carlos hace clic en ese chat y se aparta un poco para que no vea la pantalla. No se de qué me sorprende, ya veo que mi marido está lleno de secretos.

Vale, aquí no hay nada por ver, me voy a meter en casa porque como me quede aquí le pregunto por lo del trabajo, mejor me muerdo la lengua, las niñas no tienen que saber ciertas cosas de sus padres.

Doy media vuelta y antes de que pueda entrar en el comedor me llama.

—¿Me dejas ver tu móvil un momento? —me pregunta.

—Claro —digo yo tendiéndoselo, supongo que querrá comparar algo de la batería, se ha quedado muy pensativo.

Desbloquea mi teléfono y entra en whatsapp. Mira los chats por encima. El último mensaje que he enviado está junto al nombre de Gari: «llámame urgentemente».

Deja el móvil en la mesa, y me mira absolutamente fuera de sí. Casi me da miedo.

—Oye, que era para localizarte, no vayas a pensar mal tú ahora. —Le digo pensando que ha atado los cabos de forma incorrecta.

—Que te jodan, Sara —me dice levantándose.

—¿Perdona? —digo yo totalmente descolocada.

—Que os jodan a ti, a Alberto, a Gari, que os jodan a todos juntos. — Entra en casa y va hacia el pasillo.

Le sigo llamándole casi a gritos. Las niñas están con su iPad y ni levantan la cabeza al vernos pasar.

Carlos abre la puerta del garaje y se mete en su coche, ¡no me jodas que vuelve a marcharse!

—¡Carlos por favor! —ordeno mientras él le da al mando y la puerta empieza a subir.

Arranca el coche y sale, parece que las puertas conocían su prisa, en mi vida las he visto abrirse las dos a la vez y tan deprisa.

El coche de Carlos desaparece calle abajo y yo me quedo en la verja mirándole y sin entender nada. ¿Qué es lo que ha pasado?

Vuelvo a casa y pongo una lavadora, después limpio los dos baños. Cojo una bolsa de basura y voy por todas las habitaciones tirando la ropa de cama rajada, la espuma suelta de los colchones y todo lo demás. Saco los colchones de las camas de las niñas y los dejo contra la pared. La lavadora ya ha terminado y me dedico a tenderla con cuidado de que no quede nada arrugado.

Ya es de noche y Carlos no ha vuelto. Miro mis mensajes pero no hay nada. Llamo de nuevo a Gari con el mismo éxito que todas las veces anteriores.

Demasiados cabos sueltos.

Decido aparcar mis misterios un rato más y les digo a las niñas que dejen los iPads y vayan a la ducha mientras preparo la cena.

Llegan los colchones y el sofá y consigo suplicando un poco que los chicos se lleven los viejos.

Cuando las niñas salen de la ducha flipan con ver todas las cosas nuevas que hay en casa. Les gusta el sofá y lo demuestran saltando encima. Luego van a por sus camas.

Ceno con ellas tratando de tener una conversación sin conseguirlo, bueno, da igual. Ellas cenan embobadas mirando los dibujos animados, me voy a hacer las camas mientras recupero mentalmente todas las pistas de los dos problemas gordos que tengo entre manos.

El poli que dormía con sus hijos

Álex ha cumplido con su palabra y ha llegado a casa a las 11. Aparca en el descampado, casi por costumbre y cuando pasa al asiento de atrás recuerda que tiene que ir a hablar con Marta. En este momento no hay nada que le apetezca menos que eso, pero sale del coche, carga la mochila a su espalda y se dirige a su casa. Las luces de casa de Sara están encendidas pero desde la calle no puede ver el interior de la vivienda.

Esconde debajo de su ropa sucia la documentación de los dos hombres muertos. Mira el DNI de Javier Sánchez y gracias a la luz del ascensor se da cuenta que el plastificado no es como debería ser, el DNI es falso.

No sabe si usar su llave para entrar. Golpea suave con los nudillos y prueba a ver si la de Marta no está puesta.

Gira la llave y entra en casa silenciosamente. Huele a comida. Marta ha cocinado para él. Ella está en el comedor terminando de poner la mesa y él aprovecha para escabullirse en la cocina y guardar en el lavadero su mochila. La deja arriba de todo de una estantería. Espera que Marta no repare en ella. Para guardarla en otro sitio tiene que pasar por el comedor y prefiere que Marta no vea la mochila.

Entra en el comedor y se queda de pie mirando la mesa, Marta ha puesto manteles y copas, ha preparado un pescado al horno con patatas y un buen plato de ensalada.

Álex saluda a Marta sin acercarse a ella, pasa por su lado y sale por la otra puerta para ir a la habitación de los niños.

Entra con cuidado y les ve dormidos en la cama de Leo. Se tumba con ellos. Siente su respiración y su olor y se alegra de volver a estar en casa. Cierra los ojos para imprimir este momento en su memoria y se relaja abrazando a los dos niños. Se duerme en pocos segundos, por primera vez en muchos días no lo hace pensando en Sara.

Noche en vela

Son más de las once y Carlos no ha vuelto. He puesto dos lavadoras más, y ya no tengo espacio para tender, lo saco todo de la secadora y empiezo a doblar con parsimonia, no tengo prisa, no tengo sueño.

Las niñas hace rato que se han dormido, un poco más tarde de lo normal gracias al entusiasmo que han demostrado por los colchones nuevos. Voy a verlas. Todo en orden.

Sigo con la ropa y le voy dando vueltas a todo lo que tengo, a todo lo que sé y a lo que me falta.

Para empezar está el chico del coche, Javi, unos 30 años, diría que moreno, nada destacable en su cara, a parte de la sangre y los cristales. Busco en Google Javier Sánchez López, un arquitecto, un chico con una raqueta, otro con gafas. Ninguno se me parece al chico del coche, y la cuestión es que a medida que le voy dando vueltas, su cara me resulta familiar. Pero no es posible que le hubiera visto antes, además no conozco a ningún Javi Sánchez, que yo recuerde. ¿Y si es un DNI falso? Álex no dijo nada, pero apenas le prestó atención al DNI. Anoto mentalmente hablar con Álex sobre este tema.

Las etiquetas de las cajas, deberían ser una buena pista pero con todo el movidón del chino muerto Álex no se fijó en lo que ponía. Menudo poli criminal de pacotilla está hecho.

Y luego está el chino y el símbolo de su furgoneta. No vi ninguna dirección pero con el símbolo podría encontrar la empresa, seguro que sí.

La empresa, maldito Carlos que lleva sin trabajar en su empresa hace un año y no me ha dicho nada. ¿Cómo puede ser que deje el trabajo se haya ido a otro lado y se le haya olvidado comentármelo? ¿Qué narices le ha cogido para que saliera de casa de esa manera? Podría llamarle, pero paso. Me debe muchas explicaciones pero no voy a ir detrás de él como su perro faldero. Ya volverá y dará las explicaciones oportunas y veremos si me apetece escucharle. Estoy enfadada con él. Mucho.

¿Qué cojones se habrá imaginado que tengo con Gari para ponerse de esa manera? Tendría que haber entrado en el chat y leer su mensaje entero, solo sé que terminaba diciendo «4 semanas». 4 semanas, qué. Eso puede significar muchas cosas.

Termino de doblar la ropa y me voy a guardarla a los cajones, las niñas están completamente dormidas y ni se mueven cuando entro en su habitación.

Después voy al baño a guardar unas toallas. Veo el jabón que compré en el chino y no puedo resistir la tentación de olerlo. Me transporta a Álex automáticamente. Álex durmiendo en su coche y lavándose con el jabón que compré en el chino. Últimamente en mis historias hay chinos por todas partes. Me lavo las manos por inercia, pensando que Álex hace el mismo gesto cada día con una pastilla de jabón idéntica a la que yo tengo.

No, espera. ¡La pastilla de jabón de Álex tenía una marca grabada! Un símbolo, algo. Seguro.

Me seco rápidamente con los pantalones mientras voy casi corriendo hasta la puerta del garaje, busco las llaves del coche en el armario y le doy al mando para entrar y buscar la caja del jabón que compré esta mañana. La he tirado, es verdad, harta de oler el cartón y no el jabón.

Estoy casi segura de que el jabón de Álex tenía un símbolo grabado. Segura.

Me muevo nerviosa por el *parking*, no puede ser, necesito ver a Álex.

Salgo de casa y veo su coche, corro hacia él y engancho la cara a los cristales protegiéndome con las manos para ver mejor en la oscuridad. Álex no está en el coche. Mierda.

Miro en el asiento del copiloto, en los huecos para monedas y llaves, el jabón a simple vista no está en el coche.

¿Dónde está Álex? Tiene que dejar de lavarse las manos con ese jabón ya, necesito ver el símbolo estoy segura de que es el mismo que lleva la furgoneta.



Martes

Las zorras son astutas

Álex se despierta entumecido de no haber cambiado de posición en toda la noche, aunque se siente agradecido de que sea por dormir estrecho con dos niños de cuatro años y no por dormir en el coche. Una buena manera de empezar el día. Sale de la habitación y cierra la puerta con sigilo, el baño está frente a la habitación de los niños. Al otro lado del pasillo la habitación de matrimonio, que tiene la puerta cerrada. En el comedor hay una habitación pequeña, destinada a hacer un despacho, pero que está llena de trastos.

Álex sale del baño y anda con cuidado de no despertar a nadie, está decidido a saber quién es el chico del coche, cree que a través de su foto lo puede encontrar el google y descubrir su nombre real.

Abre la puerta del comedor y la cierra con cuidado, se gira para ir a la cocina y ve a Marta en el sofá, despierta, mirándole.

—Buenos días —dice ella mirándole no demasiado amigablemente, aunque podría ser la cara de sueño y la falta de maquillaje, piensa Álex.

—Hola —dice él—. ¿Qué haces despierta?

—He estado pensando —dice ella y da unos toques en el sofá para que él se siente a su lado—. No quiero que nuestros hijos tengan unos padres separados.

Álex, que iba a sentarse, se queda de pie a su lado esperando más explicaciones.

—Puedes volver a casa. —Continúa ella—, dormirás en la habitación pequeña —dice señalando el trastero que tenía que ser despacho.

Álex se sienta en el sofá dispuesto a escuchar el resto de condiciones.

—Puedes hacer tu vida, no te haré preguntas —dice ella deliberadamente indiferente.

—Bien —dice él, que no esperaba otra cosa.

—Siempre y cuando no interfiera en la vida de nuestros hijos —añade Marta— así que ya puedes dejar de ver a tu amiga Sara. Que es una madre del colegio, ¡por favor!

—¿Algo más? —pregunta Álex dispuesto a levantarse.

—Yo también haré mi vida, y no te molestes en hacerme preguntas porque no te voy a dar explicaciones.

—¿Y cómo lo hacemos? —pregunta Álex levantándose—. ¿Un fin de semana para cada uno, tú sales los martes y los jueves y yo los lunes y los

miércoles?

—No lo sé, no he pensado tanto —dice Marta que no pilla la ironía o que espera que todos los días sean para ella.

—Bueno, pues deja que me lo piense y ya te diré algo —dice Álex en dirección ya a la cocina donde entra y enciende la cafetera.

Abre la nevera y saca la leche, la pone en una taza y la mete en el microondas. Y entonces, al dejar el cartón de leche en la mesa, ve los fajos de billetes amontonados cuidadosamente y el jabón partido en pastillas.

Se gira y ve a Marta mirarle apoyada en la puerta.

—Fui a poner una lavadora con tus cosas —dice ella señalando la máquina que Álex mira y ve girar llena de jabón con lo que parecen tejanos y camisetas.

Álex no dice nada y vuelve a mirar el jabón troceado, en 12 pastillas cuadradas con un agujero rectangular en el centro, como un donut de jabon cuadrado.

—Vi la barra de jabón, huele muy bien, y pensé que tenía que cortarla para sacar pastillas. Y me encontré con esto.

Álex no responde. Mira al suelo y respira profundamente.

—No hace falta que digas nada —dice Marta que se marcha para el comedor—. Piensa lo que quieras, quédate o márchate, pero el dinero se queda aquí. O te denuncio.

Marta cruza el comedor y sale por la puerta que lleva a la zona de habitaciones.

Álex mira dentro de la mochila y ve que están las dos carteras. Respira aliviado y coge la del chico para sacar su DNI. Hace una foto de la foto de carnet y se la envía a sí mismo por correo electrónico.

Sospechas

Voy como una moto, lo reconozco. Hoy no he podido salir a correr, y me hacía más falta que nunca, pero si Carlos no está en casa no puedo dejar a las niñas solas. Dicen que han dormido genial en sus colchones nuevos. Qué suerte, yo ni siquiera me he tumbado en mi cama.

Salimos de casa un poco antes que de costumbre, las niñas están dóciles y mansas, qué fácil es todo, me parece raro y me preparo para lo peor, pero consigo salir de casa pronto y ver que el coche de Álex sigue en el descampado y no hay ni rastro de él. Debe estar en su excasa recogiendo a los niños.

El camino del colegio siempre está lleno de coches. Solo hay dos semáforos en todo el pueblo y están en dos de las calles por las que tenemos que pasar. Las niñas cantan en el asiento de atrás mientras yo pienso cómo puedo encontrar una foto del símbolo chino de la furgoneta, necesito saber la dirección de la fábrica de jabones o lo que sea. Espera, fábricas de jabones no puede haber muchas. El semáforo está en rojo y cojo mi móvil para googlear. Pero se pone verde y Nora le da una patada a mi asiento. Pego un respingo y pongo la primera.

—Deja el móvil mamá —dice Nora con su voz más repelente—. Es un peligro conducir mientras miras la pantalla. Y lo sabes.

Dejo el móvil y le doy mentalmente la razón. Ella no aceptará que se la dé en voz alta sin reñirme mucho más, así que me callo.

Aparco en la puerta del cole. No podría ser mejor. Las niñas salen disparadas sin darme tiempo a bajar y cruzan la puerta sin girarse, bueno, Lola al último momento... No, es para esperar a una amiga que la ha llamado.

Me quedo en el coche hasta que veo a Álex llegar con los niños. Espero que les despida en la puerta y mire atentamente cómo suben las escaleras. Luego se da media vuelta para marcharse y le doy al claxon suavemente. Mira hacia mí. Bajo la ventanilla.

—Sube —le digo—. Tengo que hablar contigo.

Entra en el coche, mi mano lucha contra mi cerebro para que la deje acercarse a la cara de Álex que tiene una piel que parece muy suave. Huele a espuma de afeitar, a recién duchado.

—Marta me ha pedido que vuelva a casa —dice él y yo no sé qué decir, tampoco parece muy contento—. Ha encontrado el dinero.

Saca la mochila de su espalda y la deja sobre las rodillas. Está nervioso. Me mira fijamente a los ojos, primero a uno y después al otro.

—¿Dónde está la pastilla de jabón que compré el día de la piñata? —pregunto cambiando de tema radicalmente y yendo a lo que de verdad importa ahora.

—En comisaría, ¿por?

—Estoy convencida de que tiene un símbolo grabado y de que será el mismo que lleva la furgoneta.

Álex piensa durante unos momentos y le veo mirar al lateral intentando recordar la información.

—Creo que tienes razón, si no era el mismo se le parecía mucho, pero ya no queda ni rastro en la pastilla. Tuve que frotar mucho con ella.

Vale, pienso en la alternativa. Ir a la furgoneta del chino, hacerle una foto al símbolo, y comprobar si también está en las cajas. Voy a decírselo a Álex cuando me dice:

—He encontrado a Javi. En realidad se llama Álex Garaikoetxea. No he tenido tiempo de más, luego seguiré.

—Otro Álex —digo sonriendo—, tenemos al Álex bueno y al Álex malo. Y del chino, ¿sabemos algo? —pregunto anotando a la vez en mi cabeza el nombre que Álex acaba de darme.

Álex abre su mochila y saca la cartera del chino, la abre y pone cara de sorpresa.

—El DNI no está.

Después abre la puerta del coche y sale corriendo.

Le grito que se pare y que me espere pero a parte de conseguir que varias madres me miren alarmadas no gano nada gritando. Supongo que teme habérselo dejado por casa y que su mujer lo encuentre. Entiendo que corra yo también lo haría, pero podría haberle llevado yo en mi coche ya que estábamos.

Cierro la puerta que él ha dejado abierta y miro en mi móvil a ver si veo qué hace Carlos.

Carlos estaba activo en whatsapp hace pocos minutos. Le pongo un mensaje: «Tengo cosas que hacer, hoy vas tú a por las niñas». Envío y espero. Carlos está en línea. Escribiendo. Escribiendo. «No puedo», pone su mensaje. Con dos cojones.

Llamo a mi madre y le pido que me haga el favor. Me dice que no hay problema, pero que a cenar y a dormir a mi casa.

Bien, porque tengo otro nuevo largo día por delante y muchos kilómetros por hacer.

Álex Garaikoetxea repito mentalmente una vez más, y el caso es que de nuevo tengo la sensación de que se me está pasando algo por alto.

Descubrimientos

Álex llega a casa corriendo y busca en la ropa que está en la lavadora, dentro de los bolsillos no está en DNI. No recuerda haberlo sacado en casa pero de todos modos va por todos los rincones mirando si se le ha caído en alguna parte. Mira dentro de la lavadora, en el sofá, entre la ropa sucia, en la cama de los niños, en la estantería donde escondió pésimamente la mochila, en la mesa de la cocina donde ya no hay dinero ni jabón... Nada. El DNI no está en ninguna parte.

Llama a Marta que contesta ya enfadada.

—Qué quieres.

—Marta, a parte de la barra de jabón, ¿cogiste algo de mi mochila?

—No —dice ella—. ¿Echas de menos algo más?

—No, nada.

Álex cuelga el teléfono. Busca el nombre del chino en Internet pero no encuentra nada en España, todas las referencias que puede encontrar a ese nombre están en china, y hay muchas, también hay alguien en Japón y tienen que ver con un hotel de lujo. No cree que tenga nada que ver con el chino de los jabones.

Vuelve a buscar a Álex Garaikoetxea y lo que encuentra le parece, como mínimo, digno de llamar a Sara ahora mismo y contárselo, pero sigue sin tener su teléfono.

Ni rastro

Podría hacer este camino con los ojos vendados, hoy he tardado media hora menos que la última vez. Y eso que es martes y siempre hay mucho más lío en la autopista, por no mencionar que voy en el coche de mi madre, un Polo, que tras una década sirviéndola ha descubierto que puede pasar de 90 por hora. Al principio ha protestado, pero después ha rugido y ha salido disparado hasta los 120 sin problemas. Por el camino de la montaña voy con un poco más de cuidado, acostumbrada a mi modesto Duster, que no le hace sombra al 4×4 más caro, se me hace un poco aburrida la subida en el Polito de mamá, pero me lo tomo con filosofía y admiro el paisaje. El camino está lleno de señales que indican las rutas de los distintos senderos que lo cruzan. El pueblo de mis abuelos quedaba muy aislado arriba de la montaña, era un conjunto de siete o diez masías repartidas a lo largo del camino por el que subo. Mi abuelo era pastor, vivían en la cima de la montaña y bajaba muy poco al pueblo. Por lo que sé, antes de que naciera mi madre la mayoría de casas ya estaban deshabitadas. Faltaban años para que llegara la moda de las segundas residencias. El tiempo y el Estado hicieron el resto. Algunas casas se quedaron sin herederos y pasaron a ser de la Diputación y el resto fueron compradas para terminar en las mismas manos, después la zona fue declarada Parque Natural, fue en 1992, lo recuerdo porque ese año desapareció mi padre.

Durante un tiempo Carlos y yo valoramos la posibilidad de adecentar la casa y usarla durante las vacaciones, bueno, lo valoré yo, Carlos demostró interés cero, la prueba está en que ni siquiera fuimos a verla.

Como la casa está en un entorno protegido no podemos construir nada nuevo, no podríamos ampliar la casa ni hacer una piscina, pero podemos restaurar la casa original y sus anexos. Algo que sin duda voy a hacer ahora que tengo el dinero necesario. Me encanta la idea.

Observo las ruinas de las casas del pueblo y enfilo el último tramo de montaña, el paisaje es totalmente alpino hace mucho rato, qué diferente es este paisaje del bosque mediterráneo al que estoy mucho más acostumbrada.

Más o menos un quilómetro después de la última masía del antiguo pueblo llegamos a la finca. Hay un cartel que apenas se ve en el que indica que es un camino privado. Lo primero que hay que hacer es poner un poste a cada lado para colgar una cadena e impedir el paso. Detengo el coche y

cuento los pasos que hay de un lado a otro del camino, creo una nota en el móvil para acordarme de comprar lo necesario, anoto lo que tiene que medir la cadena según los pasos que he contado.

Sigo. Un poco más arriba está la furgoneta del hombre chino. Saco de nuevo el móvil y le hago varias fotos al símbolo, espero que sean buenas para poder realizar una búsqueda en google.

Bien, bien, bien, estoy llegando a la zanja, me acerco a la derecha tanto como puedo y giro el volante para dejar el coche mirando en dirección contraria, tiro un poco del freno de mano y el coche derrapa. Hace días que me moría por hacer un trompo. Me río al salir del coche y me pongo seria al recordar lo que hay un poco más abajo. La curiosidad puede conmigo y quiero ver qué hizo Álex con los cuerpos, seré morbosa. Empiezo a bajar por el bosque tal y como hemos hecho otras veces, a pesar de no haber esquiado nunca he mejorado mucho la técnica, con una tabla de snow no podría surfear mejor de lo que lo hago.

Huele a quemado, ha llovido y también huele fuerte a humedad y más a medida que bajo y clavo los pies entre las hojas. He llegado. El coche no está. Los árboles que le rodeaban están quemados y el que había entrado por el parabrisas está roto y quemado, solo queda el tronco. El coche estaba suspendido sobre un pequeño precipicio como de un metro, lo bajo y sigo descendiendo con cuidado por la ladera. Hasta que la bajada es demasiado empinada para controlar cómo me deslizo. No veo el final y siento algo de vértigo. Me dejo caer al suelo y ruedo un poco hasta darme con un árbol. La ladera a partir de aquí se inclina mucho más hasta desaparecer de mi vista como 10 metros más abajo, no sé si hay un salto pequeño como el de arriba, si hay un precipicio... Me planteo arrastrarme hasta abajo, creo que si repto no será tan fácil que resbale.

Mejor me lo pienso un poco, me he asustado al sentirme en caída libre hace un momento. Me giro y miro hacia arriba, ¿son eso unas ruedas?

Sigo tumbada en el suelo por lo que me incorporo un poco clavando las manos en el suelo. Con manos y pies me ayudo a retroceder con el culo pegado al suelo sin perder de vista el coche que está suspendido en el aire sobre mí. Parece que un árbol ha entrado por una ventana y sale por otra, parte del tronco ha engullido el maletero, no creo que se me vaya a caer justo ahora encima. Ese coche lleva años aquí, tenía que estar en el suelo, el árbol al crecer lo ha levantado.

Retrocedo unos metros más para poder ver el coche con mejor perspectiva. Es un Talbot Horizon con la matrícula acabada en HM. Los

números y la provincia no se ven, la pintura está oxidada y apenas se aprecia que en su día fue color marrón bronce. Es el coche de mi padre.

Repto un poco más con el culo por el suelo. Siento la necesidad de salir corriendo, ir al pueblo más cercano y pedir a alguien que lo baje.

Mi madre convencida de que nos había abandonado y a mí nunca se me ha pasado por la cabeza que pudiera estar tan cerca. Quién sabe si seguía vivo el lunes por la mañana, cuando mi madre y yo bajábamos por el camino en dirección al pueblo. Si no hubiera ido tan preocupada por mi Game Boy igual podría haber visto alguna señal, si mi madre no hubiera seguido tan enfadada podría haberse preocupado. Pero no lo hizo.

No lo sé, puede que ella se preocupara demasiado tarde y tuviera miedo de pedir que lo buscaran, por no sentirse culpable de no haberlo pedido antes. Igual por eso se ha mantenido todos estos años enfadada con él, por no aceptar que él estaba muerto y que tal vez podríamos haberle salvado la vida.

Lloro un buen rato. Después lo veo todo más claro, no puedo pedir que lo bajen. Papá va a tener que seguir ahí. Si vienen a bajarle es muy probable que vean o encuentren el coche de Alex Garaikoetxea con el chino que murió 3 días más tarde con la cabeza aplastada por una caja de cartón metido dentro del maletero, quemado y después despeñado por el precipicio o lo que sea eso a donde no me he atrevido a llegar. No, no nos la podemos jugar. Papá se queda aquí.

Casi me meto en el coche y me voy de vuelta a casa. Todo esto de ver el coche de papá subido a un árbol me ha dejado totalmente desubicada. Casi olvido lo que he venido a hacer aquí.

Tengo muchas ganas de irme, mi madre irá a por las niñas al cole y me esperará en mi casa hasta que yo o Carlos lleguemos, creo que Carlos no va a llegar así que no puedo perder mucho el tiempo.

Llego jadeante a la casa, voy directa al cobertizo que es donde Álex dejó la caja manchada de sangre. Si en esa encuentro la etiqueta me bastará y no necesitaré ni entrar en la masía.

En el cobertizo no está la caja. Voy corriendo hacia la entrada, espera, alguien ha limpiado el camino que va del cobertizo a la casa, toda la parte de delante de la casa está limpia de hierbas y han plantado esquejes de cactus bajo la ventana. ¿Habrás sido Álex para borrar sus huellas y las del chino?

Abro con llave con las manos temblorosas. Sigo viendo el coche de papá, pienso en lo irónico que puede ser el destino, el fin de semana que desapareció me prometió que en verano haría una casa en un árbol, era mi

sueño desde niña tener una casa en el árbol como en las pelis americanas. No hizo la casa en el árbol, él se lo curró mucho más.

Ya estoy en el desván, las escaleras parecen seguras a pesar de que hay un trozo de tejado agujereado sobre ellas. Entro en el desván que está bajo el tejado y tiene el techo bajo e inclinado. Las cajas no están junto a la puerta. No funciona la luz pero esta vez he sido muy precavida y he cogido una linterna. Alumbro todos los rincones del desván, veo que algo pasa corriendo de una esquina a otra huyendo de la luz, pero de las cajas, ni rastro.

La vuelta a casa

Álex aparca en el descampado casi a las 11 de la noche. Lo hace por inercia, si puede volver a casa puede volver a usar su plaza de *parking*. Pero no le apetece nada subir a casa. Aunque es cierto que necesita dormir en una cama, preferiría no tener que ver a Marta.

Todavía no ha pensado en la propuesta de ella. Si es que hay algo que pensar. Sí que lo hay, tiene dos opciones, en realidad tres. Una es volver a casa con las condiciones de Marta, que encajan bastante con las suyas, para qué engañarse, nunca volvería a dormir con ella. La segunda opción es seguir durmiendo en el coche, si no le da a Marta lo que quiere, y por lo que sea ella quiere que él vuelva a casa, irá a por él y le va a dejar sin nada. La tercera opción es usar el dinero que Sara insiste que le corresponde para vivir sin ahogos, sin excesos de ningún tipo, pero sin ahogos. Cree que ahí está la respuesta. Si se plantea usar el dinero es precisamente por que no se puede permitir vivir en el coche, no quiere volver con Marta, no quiere ser el invitado en casa de sus hijos. Muchos padres se separan y los hijos son felices, solo hay que hacerlo lo mejor posible por el bien de los niños.

Se plantea, a diferencia de lo que pensaba hasta el momento, que no renuncia a sus hijos, sino que ganará tiempo de calidad con ellos. No cede el 50 % del tiempo con sus hijos sino que el 50 % del tiempo que está con ellos lo hará al 100 % y seguro que eso compensa.

Sí, esto es lo que va a decirle a Marta, que quiere la custodia compartida.

Sale del coche y cruza la calle para ir a ver a Sara, tiene cosas que contarle, tal vez ella pueda ayudarle a sacar conclusiones.

La puerta del jardín siempre está abierta, la valla es baja y tampoco tiene mucho sentido tenerla cerrada con lo fácil que es saltarla.

Las cortinas del comedor están corridas así que no puede ver lo que hace Sara.

Se alisa la camiseta, se pasa la mano por el pelo y toca suavemente la puerta con los nudillos, por si las niñas están durmiendo.

Alguien pasa cerca de la puerta pero no abre. Vuelve a tocar suavemente.

—¿Quién es? ¿Sara? —dice una voz de mujer mayor detrás de la puerta.

—Hola, busco a Sara, ¿está en casa?

—No —dice una mujer que habla como Sara pero en versión mayor.

—¿Sabe si va a tardar? —pregunta Álex a la puerta, que no ha llegado a abrirse.

—No —contesta la mujer.

—¿Si no es mucho pedir, me podría dar su número de teléfono para que pueda llamarla? —pregunta Álex sacando su teléfono para anotar el número.

—No.

Vaya. Álex guarda el teléfono en el bolsillo. Mira la puerta de madera pensando si insistir o no.

—Soy un amigo de Sara, soy policía.

—Los amigos de Sara tienen su teléfono.

—Vale, vale, cuando llegue Sara dígame que Álex ha venido, por favor. Buenas noches.

Álex se da la vuelta sin esperar respuesta. Va hacia su coche y ve las cortinas del comedor moverse. Si se mete dentro y la madre le pilla creerá que la está vigilando, la mujer parecía asustada, probablemente a causa del robo del sábado.

Álex pasa de largo el coche y sigue calle abajo hasta que se encuentra delante de su edificio. Por inercia mete la llave, abre la puerta y entra en el portal. También se lo puede decir otro día a Marta que quiere la custodia compartida. Le apetece meterse en la cama y dormir del tirón las ocho horas que quedan hasta que suene el despertador para llevar a los niños al cole.

Entra en casa, Marta no está en el comedor, Álex va a ver a los niños y oye a través de la pared que Marta está viendo la tele en la cama. Da un beso a cada niño, esta noche no comparten cama, él que esperaba tener cama libre.

Álex vuelve al comedor y ve la puerta del despacho abierta. Marta ha puesto un colchón en el suelo.

Mejor eso que el sofá y mejor, desde luego, que dormir en el coche.



Miércoles

Lanza una moneda al aire

Llegué a casa pasadas las 11 de la noche. Mamá se había quedado dormida en el sofá, me supo mal despertarla y le eché una manta por encima. Sigue ahí, estos últimos días he abusado mucho de ella.

Pero a cambio, los pocos ratos que he pasado con las niñas han sido fantásticos. Tal vez ese sea el problema. Ellas saben, porque yo se lo he repetido mil veces, que dejé de trabajar para cuidar de ellas, por tanto lo ven como mi trabajo, mi obligación es darles todo lo que ellas quieran. Soy su esclava porque así me he presentado ante ellas durante todos estos años.

Quizás no debería haberles dado tantas explicaciones. Y ahora que son mayores creo que no tendría que pasar tanto tiempo con ellas. Voy a buscar una canguro que las recoja en el cole y las pasee un rato por la tarde. Así cuando lleguen a casa estarán deseosas de verme. Ahora me lo puedo permitir.

Me siento optimista y con buen humor, estoy convencida de que esta va a ser la solución a uno de mis mayores problemas, mi relación con las niñas. No, no creo que ese sea uno de mis mayores problemas. Es el más antiguo, pero lo otro es mucho más gordo.

Me pongo nerviosa y se me acaba del tirón el buen humor. Me pongo la ropa de correr y meto el móvil dentro del brazalete de neopreno. Al quitarle la funda veo el euro falso que me ha acompañado todos estos días, siempre en mi bolsillo, no tengo claro si me da suerte o todo lo contrario, pero desde que me lo encontré que las cosas han cambiado mucho. Lo meto en el minibolsillo de mi pantalón elástico y me pongo los auriculares.

Conecto la lista «Sara running non stop» y selecciono la reproducción aleatoria. Me gusta sorprenderme a mí misma con la música.

El coche de Álex sigue en el lugar habitual de los últimos días.

Subo andando hasta que el asfalto termina y allí empiezo a correr. Así, a bote pronto, tenemos dos problemas graves. Digo tenemos contando a Álex, pero y ¿si él es uno de los problemas?

El primero de ellos tiene que ver con Marta que ha encontrado el dinero de Álex, o eso dice él, no sé si puede habérselo contado. Sea como sea qué le ha dicho él a ella, qué le ha contado, cuánto sabe Marta... Esto me lleva a mi segundo problema, ¿tiene Marta algo que ver con la desaparición de las cajas? ¿Tiene Álex algo que ver con ello? Está claro que estuvo en la casa, ha

limpiado la zona y la ha dejado sin hierbas, ha plantado cactus donde se cayó la caja y aplastó la cabeza del hombre. Está claro que ha ido a borrar huellas.

Puede que se haya llevado las cajas para esconderlas en otro sitio. Pero, entonces por qué no me lo dijo.

No entiendo nada, cuánto más pienso más preguntas tengo. Si el chino era como parecía el Narco Solitario, ¿quién ha entrado en la casa y se ha llevado las cajas?

Hay algo más que no estoy teniendo en cuenta. Carlos estuvo en la casa unos días. ¿Y si él encontró el dinero y volvió para llevárselo? Si yo le escondí que encontré las cajas, ¿por qué no iba él a robármelas? Carlos ha estado muy raro estos días, ¿hay posibilidades de que alguien fuera a la casa y le contara algo? ¿El chino?

¡El chino! Todavía no he mirado si encuentro el símbolo de la furgoneta en Google. Han pasado demasiadas cosas en las últimas 24 horas. No llego a todo.

Doy la vuelta y empiezo a correr de bajada. Al pasar junto al coche de Álex creo que ya es hora de despertarle y preguntarle por las cajas. Pero Álex no está en su coche. Es verdad, que Marta le dejó volver a casa. Marta, la que encontró el dinero. ¿Fue antes o después cuando le dijo de volver a casa?

Entro en casa muy alterada, estoy segura de que después de la ducha seguiré teniendo las pulsaciones como ahora, no tienen que ver con el esfuerzo. Me doy cuenta de que mamá está despierta porque no está en el sofá. Voy a la cocina, está tomándose un café con leche.

—Buenos días. —Me dice levantándose y cogiendo una taza para mí.

—Buenos días, mamá. —Le digo sonriente, y ordenando a mi cerebro que desconecte ahora mismo de las cajas de jabón y todo lo demás—. Siéntate, que yo me pongo el café.

Mamá vuelve a sentarse y le pongo la mano en el hombro mientras meto la taza con la leche al microondas.

La cafetera está encendida y pongo la cápsula dentro.

—Gracias por lo de ayer. Siento haber llegado tan tarde. —Me disculpo cuando saco la taza del microondas.

—Tranquila, para eso estamos las abuelas —dice ella sin perder la sonrisa—. ¿Te pasa algo, Sara? Estás muy rara últimamente.

—No, solo es que las cosas no van bien con Carlos, pero prefiero no hablar de eso ahora.

—¿Tiene algo que ver con esto ese amigo policía que tienes? —dice mamá de repente, no le veo la cara porque estoy de espaldas a ella

controlando el café que cae en la taza. Apago la cafetera y voy hacia la mesa.

—¿Qué amigo policía, mamá? —No sé si es que ha visto a Álex o es algo que le han podido contar las niñas.

—El que vino anoche buscándote, uno muy alto, guapo, con el pelo muy corto, y unos dientes blanquísimos.

—¿Álex?

—Sí, puede que dijera ese nombre, no le dejé entrar. Me pidió tu teléfono y no se lo di.

—¿Te dejó él el suyo? —pregunto poniéndome de pie con el corazón a punto de salirse por mi boca.

—Ya veo que sí que tiene que ver con este hombre tu problema con Carlos. —Ahora habla igual que lo haría Nora si tuviera 60 años.

—No es eso mamá. Bueno, no sé, igual sí, un poco. ¡No lo sé! —grito descontrolada. Respiro dos veces intentando calmarme—. Es mucho más complicado que lo que te piensas, lo que tengo con Álex, y no es un rollo mamá. ¿Te dio su número?

—No. No se lo pedí.

Saco el móvil del brazalete de neopreno y miro si tengo mensajes o llamadas perdidas.

Me meto en la ducha y me mojo sin enjabonarme. Me seco rápidamente y me pongo las primeras bragas que pillo y unos sujetadores de deporte, no tengo casi ropa interior limpia.

Me meto en mis tejanos más viejos y me ato el botón mientras busco las mallas de deporte para sacar el euro falso de ahí y cambiarlo de bolsillo.

Por el camino encuentro una montaña de ropa para planchar y me pongo una camiseta verde arrugada. Allí encuentro unos calcetines desparejados y me los pongo igual, uno es azul y el otro verde. Qué más da.

Son las siete y media y es demasiado pronto para ir al cole a llevar a las niñas.

Álex no está en su coche pero necesito saber qué quería anoche, quizás contarme lo de las cajas, aunque podría haberlo hecho por la mañana. Quizás contarme algo que ha descubierto. Tengo que saberlo y falta una hora y media para que pueda verle.

Saco el euro falso de mi bolsillo y decido lanzarlo al aire. Si sale el 1 me quedo en casa y espero a las 9 para verlo en el cole. Si sale el chino voy a picar a su casa y le pido que baje.

Cojo la moneda y la lanzo al aire. Y mientras la miro girando me doy cuenta. De repente algunas piezas encajan.

Lola sale de la habitación y se tira a mis brazos. Me arrodillo y la abrazo.

—Qué manera tan perfecta de empezar el día. —Le digo al oído— me encantan tus abrazos.

—¿Los míos no? —dice Nora restregándose los ojos.

—¡Claro que sí! —digo abriendo mi brazo para que Nora entre—. Ven aquí, un abrazo familiar.

Nora se mete entre Lola y yo y empuja un poco a su hermana. Las abrazo a las dos a la vez y siento como cada una de ellas esconde su cabeza en mi cuello. Qué momento tan feliz. Me da igual el resto, esto es lo único que importa. Suelto a Lola después de decirle al oído que ahora Nora merece un abrazo a solas. Lola baja las escaleras y me quedo en el pasillo abrazando a Nora. Un minuto después me incorporo del todo y me da la mano para bajar las escaleras y entrar en la cocina conmigo.

Mi madre les ha puesto la leche en la mesa.

—Gracias mamá —digo yo, contenta—. Puedes quedarte si quieres, pero no trabajes más.

—¿Me quedo y os llevo al cole? —dice mirando a las niñas.

—No, queremos ir con mamá dando un paseo —dice Lola—. ¿Podemos mamá?

—Claro —respondo yo—. Me parece perfecto.

Me hago un segundo café con leche mientras mi madre charla con las niñas y las observo a todas reírse en la mesa. Ojalá todas las mañanas fueran así.

Salimos a las ocho y media de casa, sin enfados, sin gritos, sin prisa. Ahora ya es una costumbre llegar al cole antes de que abran, como hoy nos sobra mucho tiempo podemos quedarnos cinco minutos jugando en el parque que hay al lado del cole. Lola me da un beso y un abrazo y Nora se gira para decirme adiós con la mano, eso en público ya es mucho para ella.

Las miro y me siento feliz. Pero mi felicidad dura poco ya que mi cerebro ha sido muy obediente al desconectar y es muy eficiente ahora al recordarme la urgencia de hablar con Álex, pedirle explicaciones y, sobre todo, pedirle que me de la pastilla de jabón con la que se ha estado duchando en comisaría estos días, tengo que comprobar mi teoría.

La pastilla

Álex aparca el coche en una calle cercana al colegio donde suele hacerlo, ve a Sara llegar corriendo y hacerle una señal con la cabeza indicando que se dé prisa que le está esperando. No cierra el coche por si ella quiere meterse dentro y también se lo hace saber por una señal. Le da una mano a Bruno y otra a Leo y se va tan rápido como le permiten los niños, no quiere meterles prisa pero caminan a paso ligero. Hoy sube las escaleras con ellos para ir más rápido, están a punto de cerrar las puertas por lo que nadie se extraña de su urgencia.

Vuelve al coche casi corriendo. Sara no está dentro. Espera en la acera dando dos pasos hacia un lado y dos pasos hacia el otro.

Él entra en el coche, ella hace lo mismo y se ata el cinturón. Álex gira la llave, arranca el motor y pone la marcha atrás para sacar el vehículo de la hilera de coches aparcados en batería. Cuando ya están en marcha pregunta.

—¿Y bien?

—Dímelo tú —dice ella—, anoche viniste a casa buscándome, ¿qué querías?

—Descubrí algo interesante, pero tú no estás así porque yo fuera a tu casa, ¿verdad?

—¿Ibas a contarme dónde está el dinero? —pregunta ella, está recelosa y él no entiende a qué viene ese enfado, así que se pone también a la defensiva.

—¿Qué le pasa al dinero? Ya te dije que Marta lo había encontrado, quiso lavar la ropa que llevaba en la mochila y encontró la pastilla de jabón.

—¿Y cómo sabía que dentro había dinero? —dice Sara cada vez más enfadada.

—La cortó para hacer pastillas —dice él y la deja callada un buen rato.

—De todos modos no me refería a eso —suelta Sara al fin.

—Pues dime de qué hablas.

—Estuviste en la masía el lunes.

—Sí —reconoce Álex sin problemas.

—¿Y no pensabas contármelo?

—¿Es eso? —Álex se relaja un poco.

—Fui a asegurarme de que no había pistas. Limpié la zona de debajo de las ventanas, quemé las hierbas y quemé el coche.

—¿Hasta hacerlo desaparecer? —dice Sara incrédula.

—No. —Álex se ríe—, el árbol que aguantaba al coche se quemó y se rompió y el coche se despeñó hasta un barranco por el que cayó. Me jugué la vida para verlo con mis propios ojos. Seguía quemándose al fondo del barranco. Es lo mejor que podía pasarnos.

—¿Y ya está? —insiste Sara, a la que no se le pasa el enfado—. ¿Qué más me tienes que contar?

—No lo sé... —Álex hace una pausa y recuerda el coche del árbol y lo que pensó en su momento—. Bueno, sí, vi algo más. Encontré a tu padre.

—Yo también —dice Sara a quien empieza a temblarle el mentón—. Lo he visto. ¿Cómo lo sabías tú?

—En la casa había una foto tuya y de tu padre frente al coche. —Álex apaga el motor. Han llegado al descampado.

Sara se seca las lágrimas con la camiseta. Cierra los ojos, aprieta las mandíbulas y se controla. Le mira, con los ojos más verdes que nunca. Él siente la necesidad de abrazarla, de decirle que todo va a ir bien. Pero se reprime, como siempre.

—No me refería a eso, ¿qué has hecho con el dinero?

—Ya te lo he dicho, lo tiene Marta.

—No, ese dinero no, el resto. Las cajas no están, Álex.

—Cómo que no están, había una en el cobertizo de detrás y otras tres en el desván.

—Ya no —dice Sara tajante.

—Espera, espera —dice él que pasa de la sorpresa a la incredulidad—. ¡Crees que yo he robado el dinero!

Álex sale del coche dando un portazo.

—¡No! —grita Sara—. Bueno, solo un poco —dice bajando la voz—. Se me ha pasado por la cabeza, pero básicamente creía que lo habías movido de sitio, que le habías buscado otro escondite.

—¡Pero lo has pensado! —dice él sin mirarla y golpeando el suelo con la punta del pie haciendo saltar una piedra pequeña que va siguiendo—. Aunque fuera un poco.

—Lo he valorado entre otras opciones y la he descartado. —Sara se pone delante de él y se agacha para que él la mire a la cara.

—Déjame —dice Álex que no soporta que nadie piense que él no es buena persona—. Yo nunca haría algo así, pensaba que lo sabías.

—Que sí —dice ella que sigue buscando su mirada—, pensaba que por eso habías venido anoche a casa, para contármelo.

Álex deja de mirar al suelo y mira a Sara que sigue parada delante de él.

—Perdona —dice Álex avergonzado—, estoy muy nervioso, he hecho cosas estos días que jamás habría imaginado.

—Igual que yo —dice Sara—. ¿Para qué viniste?

—Para decirte que sé quién es el chico del coche, y que aunque tú también deberías saberlo no quiero pensar que me lo has ocultado y podías saber algo de todo esto desde el principio.

—De qué estás hablando —ahora es Sara la que se enfada por las insinuaciones de Álex.

—Álex Garaikoetxea es periodista y trabaja en el mismo periódico que tu marido. Busqué su foto en Google y es la misma que tiene en su perfil de LinkedIn y en el periódico.

—Alex Garaiko... —repite Sara. —¡Gari!— dice de repente golpeándose la frente. —Sabía que se me estaba pasando algo por alto, repetía este nombre y me sonaba familiar, pero no cruzaba la información... Álex Garaikoetxea es Gari.

—¿Le conoces? —pregunta Álex.

—Sí, no, solo le he visto una vez, se quedó a cenar en casa.

Álex se apoya contra el coche y se pasa las manos por el pelo. Mira al cielo y mira a Sara que le mira sin saber qué decir.

—¿Me estás diciendo que has tenido un hombre cenando en tu casa y que después le has visto morir en su coche sin reconocerle?

—El día que cenó en casa llevaba una barba muy larga y gafas de pasta, era un hipster. El chico del coche no llevaba gafas ni barba y estaba lleno de sangre, Álex, tú lo viste igual que yo.

—Es verdad. —Concede Álex—. ¿Qué crees que sabe tu marido?

Sara levanta las cejas y de repente se da cuenta.

—Vamos a casa —dice andando para cruzar de acera. Álex la sigue sin decir nada.

Una vez dentro Sara enciende la cafetera. Álex se sienta en la cocina y se queda callado esperando que ella se siente a hablar con él. Ella toma un café solo y sin azúcar y le prepara un café con leche a Álex con dos de azúcar, como él ha pedido.

Siguen en silencio hasta que ella se sienta en la mesa con las dos tazas.

—Vamos a ver qué tenemos —dice Sara después de darle el primer sorbo a su café—. Gari trabajaba con Carlos hasta hace un año más o menos.

—Gari sigue entre la lista de periodistas en la página del propio periódico, lo he comprobado esta mañana.

—Cuando encontraste el móvil de Carlos le llamé al trabajo, algo que nunca hago. ¿Quién usa el teléfono fijo hoy en día? Me dijeron que hacía como un año que había dejado el trabajo.

—¿Tú no lo sabías?

—No —dice Sara—. Gari estuvo cenando aquí hace un par de veranos. Vino a traer unos papeles y se quedó. Habíamos celebrado mi cumpleaños y yo estaba un poco bebida. —Sigue ella—, durante la cena hablamos sobre dónde nos esconderíamos si quisiéramos desaparecer.

—La típica conversación de noche de cumpleaños —dice Álex.

—No —ríe Sara—, estaban buscando a un tipo que según decían tenían la seguridad de que no había cruzado ninguna frontera y yo dije que si algún día tenía que desaparecer conocía el lugar perfecto para ello.

—Y les hablaste de la casa.

—Les enseñé su ubicación en Google Maps asegurando que aunque no se viera, allí había una casa con una pista forestal transitable que cruzaba la frontera.

—Joder, Sara —dice Álex levantándose y paseando por la cocina.

—Yo qué sabía que algún día Gari iba a pegarle un palo a alguien y usaría mi casa para esconderse.

—¿Crees que Carlos no está en el ajo?

—No —dice Sara rotunda—. No lo sé —confirma con sinceridad después. Sé que han estado en contacto.

—¿Eran amigos?

—Supongo, Carlos tenía un mensaje de Gari que decía algo de 4 semanas. No lo leí, solo vi las últimas palabras en la pantalla con todos los chats.

—Esto es todo lo que tenemos —dice Álex después de repasar junto a Sara todos los acontecimientos: Gari roba 6 millones de euros, los quiere llevar a tu casa o por lo menos usar ese camino para salir del país cuando tiene un accidente, que por casualidad tú y yo presenciamos, nos dice que se lo ha robado a un narco solitario, escondemos el dinero y alguien, suponemos que el chino, entra a robar a tu casa. Después nos sigue hasta la masía del Pirineo y muere al caerle una caja en la cabeza. Según Gari era un narco solitario. Le meto en el coche junto a su ladrón y el coche acaba en el fondo de un barranco totalmente carbonizado, espero. Y aquí tendría que acabarse la aventura, pero no, dices que ayer fuiste a la casa y que las cajas ya no están. Alguien se las ha llevado. Tu marido, quien por cierto se escondió en la casa mientras las cajas estaban ahí, ha vuelto a desaparecer, después de leer un mensaje de Gari en el que le decía algo de un mes, 4 semanas. ¿Me dejo algo?

Sara cree que sí, que se deja algo tienen más de lo que Álex ha resumido, pero solo es una corazonada, no tiene nada claro.

—Creo que hay algo que se nos ha pasado por alto, pero necesito comprobarlo con tu pastilla de jabón, la que está en tu taquilla de comisaría.

—Uf, ya no está en la taquilla, estaba mojada y se quedó muy blanda. La he dejado en el lavabo para que todos nos podamos lavar las manos con ella.

Sara abre los ojos como platos.

—Pues yo que tú iría muy muy rápido a por ella, sácala de ahí ahora mismo y mira si tiene algo dentro —dice ella siguiendo a Álex que se ha levantado y ha corrido hacia la puerta.

De compras

—¡Llámame cuando la encuentres! —grito cuando Álex ya está entrando en el coche. Le veo marcharse a toda velocidad calle abajo y girar la esquina y entonces me doy cuenta de que seguimos sin tener nuestros números de teléfono.

Entro en casa y pienso que de todos modos, aunque Álex vuelva con la pastilla y pueda confirmar parte de mi teoría, tendríamos que confirmarla entera. Lo hemos tenido todo el tiempo delante de las narices sin darnos cuenta.

Recojo la cocina y salgo de casa por la puerta del garaje. Mierda. No tengo coche. Carlos se lo ha llevado. Vuelvo a casa y veo las llaves del Polo sobre la mesa del comedor, mamá se ha ido andando.

Están arreglando el arcén de la autopista y hay un poco de lío para entrar. Repiqueteo en el volante con los dedos nerviosa. Ahora sería el momento ideal para fumarme un cigarrillo, pero sin darme cuenta hace ya varios días que no fumo, y no será que no esté nerviosa. Me felicito mentalmente, esto sí lo he hecho bien. No voy a caer en la tentación ahora. Son las diez y cuarto cuando me incorporo lentamente a la autopista, lamentando haber elegido este camino y no el otro, este da más vuelta pero suele ser más rápido.

Estoy diez minutos más atascada y soy incapaz de dejar una emisora de radio puesta, tengo la cabeza en otro sitio, ¿habrá llegado ya Álex a comisaría? Apago la radio y respiro con el estómago, como aprendí a hacer en yoga para premamá. Funciona, mis nervios se van calmando. La tienda del chino va a seguir ahí. Seguro.

Álex volverá y me contará qué ha encontrado, si no es que llega demasiado tarde, que no creo, espero que no.

Vuelvo a ponerme nerviosa y analizo una vez más todo lo que tenemos, asumo que lo que mis suposiciones son correctas y pienso qué tiene que ver Carlos con todo esto.

¿Por qué su móvil seguía cargado cuando Álex lo encontró?

Llego a la salida de la autopista, que va directa al polígono industrial y entro en el *parking* de la macrotienda china donde compramos la piñata Álex y yo hace casi una semana. Solo hace seis días y no me puedo creer todas las cosas que han pasado.

Me tiembla el pulso, no sé si voy a ser capaz de hacerlo. Cierro los ojos y respiro profundamente, como hace un rato, recordando cómo se fue rápidamente el hombre trajeado metiéndose una pastilla de jabón en el bolsillo, seguro que la pastilla que se llevó el hombre era la mía y yo me llevé la suya. Seguro que si transportan dinero escondido en pastillas de jabón es porque lo ganan vendiendo algo escondido en pastillas de jabón. Y algo me dice que se paga con los euros falsos.

Vamos a ver si soy capaz de conseguir una como la que tiene Álex. Salgo del coche y me meto las manos en los bolsillos, para comprobar que lo tengo todo y para evitar que tiemblen. Detrás del mostrador está la señora malhumorada del otro día. Me sonrío e inclina un poco la cabeza. Tras ella está el chico que se llevó la bronca y le hago una señal con la cabeza para que venga.

El chico deja lo que está haciendo y se acerca a mí. Le dice algo en chino a la señora, que creo que es su madre, y que se mete en el almacén haciéndome una nueva inclinación de cabeza.

Saco de mi bolsillo el euro falso intentando disimular el temblor de mis manos. Lo dejo sobre el mostrador asegurándome de que la cara del chino quede hacia arriba. El chico coge la moneda, entra en el almacén y sale al cabo de unos segundos con una pastilla de jabón.

La cojo sin decir nada y me doy la vuelta rápidamente. Intento controlar la velocidad a la que salgo de la tienda, escucho la alarma que indica que alguien ha pasado por la puerta y acelero el paso hasta que llego al coche. Mi corazón va a 180 por lo menos, siento los latidos en los oídos y me tiemblan las manos ahora mucho más que un momento antes cuando he intercambiado un euro falso por una pastilla de jabón.

Salgo del *parking* resistiéndome a mirar dentro de la caja. Cuando llego al primer semáforo reduzco la marcha rezando para que se ponga en ámbar. Lo hace. Freno y me detengo. El coche que iba detrás mío me esquivo y hace sonar el claxon al pasar por mi lado, pero no le hago ni caso. Con las manos temblorosas estoy abriendo la caja del jabón que no tiene ningún tipo de etiqueta. Dentro, tal como esperaba, hay una pastilla de jabón idéntica a la que compré el otro día, salvo que esta, como la de Álex, sí que tiene grabado un símbolo chino en la parte superior.

Saco el móvil y le hago una foto. Compruebo las fotos que hice el otro día. No hay ninguna duda, la furgoneta y el jabón que se compra con euros falsos tienen el mismo símbolo marcado.

Lo que había en comisaría

Álex llega a comisaría a poco antes de las diez y media. Aparca intentando controlar la forma de conducir, que hasta ahora ha sido muy brusca, no conduce así ni siquiera el coche patrulla.

Entra en comisaría donde algunos reparan en su presencia y se extrañan de verle a esas horas.

Saluda, aparentando estar tranquilo y comenta que se ha dejado algo en su taquilla. Entra en el vestuario y va hacia el lavabo donde dejó el jabón para usarlo cuando se lavara las manos. Sigue en el mismo sitio pero está bastante más gastado.

Un compañero sale del baño y se lava las manos, mientras Álex hace lo mismo en el lavabo de al lado viendo como el otro poli usa su pastilla desgastándola un poco más. Comenta lo bien que huele este jabón y Álex aprovecha para pedírselo y respira aliviado cuando lo tiene por fin en sus manos.

Lo escurre debajo del agua y lo envuelve con un poco de papel. Lo mete en el bolsillo y sale de comisaría sin dejar de sonreír y saludar al todo el mundo.

Ya en su coche saca el jabón y lo deja en el posavasos. Sale del *parking* de comisaría y conduce por el pueblo hasta que llega a la autopista.

No deja de mirar de reojo el jabón y de vez en cuando lo toca con la mano, sin perder de vista la carretera intentando quitarle el papel que se ha quedado enganchado. En una de estas, tira demasiado fuerte del papel que se rompe y se queda en su mano. La pastilla ha saltado hasta el suelo frente al asiento del copiloto. La ve, pero no puede agacharse para cogerla.

Conduce unos cuantos kilómetros más antes de volver a mirar la pastilla y ver que Sara tenía razón, en una esquina se ve una bolsita de plástico enterrada en el jabón.

Azúcar granulado

Son las 11 cuando deajo el coche en el descampado y corro hasta casa. Se me olvida que está la alarma puesta y salta de forma ruidosa, lo que le faltaba a mi taquicardia. Pongo el código de desbloqueo y me dirijo a la central, que está en el piso de arriba en mi habitación. Espero a que los de la empresa de vigilancia se pongan en contacto conmigo a través del aparato que está sobre mi mesita de noche. Oigo un ruido y enseguida la voz de una operadora que me dice su palabra clave y me pide la mía. Se la digo rápidamente y aclaro que he sido yo al entrar en casa que me he olvidado de quitar la alarma. Ella pregunta otra vez si todo está bien y yo digo que sí muy nerviosa, quiero que me deje tranquila ya. Tengo la pastilla de jabón en la mano y la giro nerviosamente. Ella me pide de nuevo la palabra clave y dudo un poco antes de dársela, ¿puede que antes me haya equivocado y le haya dicho la palabra que se usa cuando tienes a alguien reteniéndote? La verdad es que no lo sé. Mi palabra clave juraría que es perro, si me retiene alguien debo decir gato. O era al revés. Joder, ya no me acuerdo. Vuelve a pedirme mi palabra clave y le doy las dos. Le aseguro que estoy bien y que he sido yo misma la que ha entrado por la puerta principal y no ha apagado la alarma.

La operadora se despide y me dirijo de nuevo al piso de abajo. Estoy muy nerviosa. Suena el teléfono en mi bolsillo y doy un grito, nerviosa es poco. Saco el teléfono y veo que es Carlos. Vaya.

—Dime —contesto yo.

—¿Te va bien si esta tarde voy a por las niñas y las llevo al cine? Es el día del espectador.

—Me parece perfecto, no lleguéis más tarde de las 8.

Cuelgo el teléfono sin esperar a que me conteste, ahora no quiero hablar con Carlos. Por la noche ya le diré todo lo que le tengo que decir.

Voy a la cocina y pongo una tabla de cortar en la mesa. Deposito con cuidado el jabón sobre ella y saco un cuchillo del taco de madera. Lo clavo con cuidado, hasta casi la mitad del jabón. Saco el cuchillo y le doy la vuelta a la pastilla para cortar por el otro lado, no quiero que se rompa lo que pueda haber dentro, por eso no aprieto demasiado. Saco el cuchillo y lo muevo un poco a ambos lados para que la pastilla se rompa. Igual que pasó con los billetes, la bolsita de plástico que hay en su interior sale sin problemas.

La miro sin saber exactamente qué es. Vale que no soy una experta en drogas, pero no esperaba encontrarme azúcar granulado. Esperaba un polvo blanco, pastillitas de colores o papelitos impregnados en ácido, aunque me temo que eso ya nadie lo usa, yo no lo he visto en mi vida. Podía esperar cristal, que se parece mucho a la sal, pero esto son unos granos cilíndricos, de forma similar al arroz, no son todos iguales y parecen porosos, no son lisos y brillantes, me recuerda al azúcar granulado que ponen en algunos pasteles, aunque un poco más grande.

Abro la bolsita y dejo caer algunos de esos granos en mi mano, son como el doble de un grano de arroz.

Llaman a la puerta. Dejo el jabón en el fregadero y meto la bolsita vacía en mi bolsillo, puede que sea Álex aunque no creo que haya tenido tiempo de ir y volver.

No sé qué hacer con el «azúcar granulado» pero no parece otra cosa así que lo dejo sobre la mesa de la cocina sin problemas. Hay un buen montón.

Abro la puerta y mi corazón pasa de 175 a 300 en un microsegundo cuando veo una pareja de policías en la puerta.

—¿Todo bien? —pregunta uno de ellos mientras el otro mira dentro de casa descaradamente.

Yo asiento con la cabeza y me aparto un poco para que ellos puedan mirar mejor.

—¿Podemos? —dice el mismo que ha preguntado antes.

—¿Por qué? —digo yo apartándome para que pasen y cerrando la puerta.

El que no ha hablado en todo el rato ha desaparecido escaleras arriba. El otro me mira a los ojos como esperando que le indique algo. Casi no puedo hablar, siento el corazón en los oídos pero sobre todo en la garganta, creo que me voy a desmayar.

El poli que se ha quedado conmigo va hacia la cocina. Mierda.

—¿Por qué? —Vuelvo a preguntar, es lo único que me sale.

—Ha saltado la alarma —dice el policía mirando a su alrededor para asegurarse de que no hay nadie—. Ha dado la clave que indica que la están reteniendo.

Respiro aliviada y suelto toda la tensión al momento, no puedo dejar de mirar la montaña de lo que parece azúcar granulado. El poli mira hacia el mismo sitio que yo.

—Me equivoqué de palabra, nunca salta la alarma y hace meses que no la usaba, lo siento.

—Arriba está despejado —dice el segundo agente entrando en la cocina y mirando mi montaña de azúcar granulado.

—De hecho di las dos palabras, cuando me di cuenta que no recordaba la correcta, pero le aseguré a la chica que estaba bien. Lo siento.

—No pasa nada —dice el primero y mira mi montaña de azúcar.

—Iba a tomarme un café —digo yo— me encanta este azúcar.

Para demostrárselo cojo uno de los granos y me lo meto en la boca mientras sonrío. Ellos sonrían también y dan media vuelta para marcharse.

De repente tengo ganas de bailar con ellos, ¿no es música eso que suena? Los polis se giran y tocan para mí con su trompeta mientras se van marcha atrás andando al ritmo de la música, con las mejillas hinchadas y soplando las trompetas moviendo el cuerpo a un lado y a otro. Bailan mientras caminan y tocan por lo que tardan un poco en marcharse, yo les acompaño hasta la puerta siguiendo el ritmo y moviendo mi cuerpo como hacen ellos a ritmo de *ska*.

Se quedan frente a la puerta unos segundos más tocando sus trompetas para mí. Cuando la canción termina les aplaudo con ganas y les grito que lo han hecho genial, una actuación fenomenal.

Cierro la puerta y voy al comedor, miro por la ventana donde les veo subir al coche, que se levanta unos metros del suelo y se va volando. Yo hago lo mismo que ellos. Doy un salto y me quedo suspendida en el aire. Giro y doy volteretas hasta que me mareo. Me quedo tumbada en el aire, como cuando haces el muerto en el mar, es una sensación fantástica. No peso nada. Mis músculos se relajan, ya no tengo taquicardia, mi mente está totalmente en blanco. Soy feliz. Floto durante un rato más y debo quedarme dormida porque cuando despierto estoy en el sofá y ya no floto.

Espera, ¿cuándo he sido capaz yo de flotar? Estoy drogada. ¿He acompañado a unos polis bailando hasta la puerta en serio?

Son casi las dos de la tarde. Álex no ha dicho nada y debe estar ya trabajando.

Me levanto sin esfuerzo y sin ningún tipo de resaca ni dolor. Me siento relajada y tranquila, quizás siga drogada.

Carlos ha dicho que iba a ir al cole a por las niñas, me preparo un café y me siento en el sofá dispuesta a googlear hasta que encuentre lo que busco.

Marta y Alberto

Álex reduce el ritmo al cruzarse con un coche de policía a la altura de su casa. Llega al descampado pasadas las 11 de la mañana, de nuevo ha volado con el coche. Aparca y va directo a casa de Sara. Llama al timbre pero ella no abre la puerta. Es posible que no esté en casa, mira a través de las ventanas del comedor pero con las cortinas echadas no puede ver nada.

Entra en su coche de nuevo y vigilando que no le pueda ver nadie saca la bolsita de dentro del jabón. Hay algo con aspecto de azúcar granulado. Lo deja en la guantera sin probarlo, no tiene ninguna duda de que eso es droga y de ahí ha salido el dinero que encontraron dentro de los jabones. Usan el mismo sistema para vender la droga y para transportar el dinero.

Fija la atención en su móvil que tiene suficiente batería para permitirle navegar un poco por algunas páginas que le dan información muy valiosa. Si sabes cómo buscar, en Internet encuentras de todo, tarda un rato, pero al cabo de pocos minutos tiene todo lo que necesita. No es fácil, a nivel legal, fabricar jabones ya que requiere un laboratorio especial, con medidas de seguridad y es imprescindible que un químico, contratado a tiempo completo por la empresa, dé el visto bueno a las fórmulas que se utilizan y al proceso de elaboración. Con esto y por lo que ha leído en Internet sobre la serie de la que hablaba Gari, cree que tenía toda la razón y que el chico encontró a un Heisenberg real.

Sara no ha vuelto a casa todavía, el coche de su madre está en el descampado por lo que no puede haber ido muy lejos si ha ido andando. Una de dos, o se ha ido a correr por la montaña o la encontrará por el pueblo paseando.

Decide ir por el pueblo a buscarla, y recorre lentamente las calles donde hay tiendas y cafeterías sin verla.

Se va alejando del centro poco a poco pensando dónde podría haber ido Sara cuando pasa por delante de la oficina de Marta, que justo en ese momento sale por la puerta acompañada de Alberto. Álex les mira marcharse en el coche de Alberto y decide seguirles con un poco de distancia.

No van lejos. Alberto aparca el coche unas calles más abajo. Marta sale del vehículo, Alberto la acompaña por la cintura y le cede el paso antes de entrar en un portal de un edificio antiguo y elegante.

Álex pasa de largo sin necesitar ver más que eso.

Regresa al descampado con intención de volver a llamar a la puerta de Sara pero el Polo que conduce ella estos días ya no está aparcado frente a su casa.

La fábrica de jabón

Esta vez me dirijo al polígono por la carretera nacional y conduzco todo el rato viendo el mar. Es mediodía y no hay tantos coches como por la mañana por lo que no tardo demasiado en llegar.

No me he planteado qué voy a hacer cuando llegue allí, solo quiero comprobar si toda mi teoría es cierta, sangre de periodista corre por mis venas y aunque me hayan robado el dinero, no puedo renunciar a conocer toda la historia. Conozco poco esta parte del polígono industrial, es muy grande y en uno de los extremos, más al norte, está la zona comercial, pero más abajo hasta la costa hay fábricas y almacenes, una vez me perdí por estas calles, donde casi todas las empresas son chinas, todos los carteles, las letras de las furgonetas, todo está en chino, es como si al pasar esta calle entraras en un mundo a parte. Esta vez cruzo la frontera voluntariamente. Mi móvil me indica la dirección que tengo que seguir para llegar a la fábrica de jabón.

Encontrarla no ha sido difícil, solo he tenido que guardar la foto que hice con mi móvil en el ordenador, entrar en Google y subir mi imagen para buscarla en Internet, el símbolo replicado cientos de veces en miles de páginas web. Es un símbolo popular ya que significa prosperidad, a juzgar por las cajas que encontramos sí que es un negocio próspero.

Hay mínimo un restaurante chino en cada ciudad que se llama así. En chino la palabra que identifica a este símbolo es FU.

«Fu Soap» que vendría a ser algo así como jabones prosperidad, existe y está situada detrás de la persiana que tengo frente a mí, si Google Maps no me engaña.

Paso de largo y voy hasta el final de la calle, para no dejar el coche demasiado cerca.

Vuelvo andando por la cera de enfrente sin perder de vista la persiana, bajada, y con el mismo símbolo pintado en su puerta. No hay más carteles que ese pero no necesito más para saber que estoy en el lugar que buscaba.

Cruzo la cera y me acerco a la persiana disimulando. A estas horas muchas persianas están bajadas, esta calle es una de las más antiguas del polígono y todas las naves industriales son pequeñas y viejas. No hay grandes empresas aquí, o solo trabajan por la mañana o no tienen personal suficiente para dejar abierto al mediodía, pienso, pues la mayoría están cerradas.

La persiana está bajada y la anilla que hay en el suelo está pasada por el gancho metálico, pero el cierre debería estar rematado por un candado y no hay nada. Recorro la persiana mirando bien para asegurarme de que no hay candado alguno. Si ahora quisiera podría levantarla sin problemas.

Alguien toca mi espalda y doy un grito. Es Álex.

—¿Qué haces aquí? —pregunto yo, que por primera vez en mucho rato he sentido taquicardia. Álex hace que el efecto relajante de la droga se pase al segundo.

—Lo mismo que tú. —Me dice él agachándose y comprobando que la persiana no está cerrada—. De hecho he venido a buscarte.

—Pero deberías estar trabajando —digo yo mirando el reloj del móvil, con casi las 3.

—He llamado diciendo que tenía un problema familiar. Me tenías preocupado, no te he localizado en toda la mañana.

Alguien se acerca a nosotros y nos mira extrañado.

—Hola, buscamos a Wei Jian Li —dice Álex enseñando su placa—. ¿Le conoce?

—Sí, el chino que hace los jabones, ¿no? Soy el del taller de aquí al lado —dice el vecino señalando su persiana—. ¿Se ha metido el chino en algún lío? Hace días que no le veo.

—Desde cuándo no viene nadie por aquí —pregunta Álex.

—A Wei no le veo desde la semana pasada, al otro, al mozo, le vi ayer o el lunes, no recuerdo bien, le vi salir y marcharse, pero no han abierto en toda la semana.

—Gracias —dice Álex esperando que el hombre se vaya.

—Espere un momento —digo yo—. ¿Cómo es el mozo de almacén?

—Pues un tipo de unos 40, calvo y un poco barrigón —dice el vecino.

—Gracias —digo yo mirando a Álex que me mira dándome su visto bueno por mi pregunta. Pero me ha dejado descolocada, esperaba que me hablara de un chico joven de unos 25 y que tal vez me dijera que hasta hace poco llevaba barba pero que se la había quitado.

El ruido de la persiana al levantarse me hace volver a la realidad. Álex no la levanta demasiado, lo suficiente para meterse dentro. Le sigo y la baja de nuevo. Nos quedamos a oscuras, apoyados en la persiana hasta que nuestros ojos se acostumbran a la oscuridad y poco a poco aparecen frente a nosotros las siluetas de las cajas que pesan demasiado.

Algo golpea y hace vibrar la persiana, me asusto y estoy a punto de gritar. Él me tapa la boca y presiona su cuerpo contra el mío. Dejo de estar tensa por

el susto pero siento otro tipo de tensión muy distinta en mi cuerpo, aunque no creo que él note la diferencia. Poco a poco relaja la mano y con la otra me hace una señal para que me quede quieta y callada.

Veo que escucha atentamente, nos quedamos unos minutos quietos en silencio mirando hacia la persiana, que no vuelve a moverse.

—El chino no va a venir. —Le digo yo, que no puedo evitar hacer humor negro de la situación.

—Y el otro no parece peligroso.

—¿No lo parece? —pregunto yo extrañada.

—Venga Sara, ambos tenemos una idea bastante clara de quién puede ser.

Lo pienso unos segundos. Cuarentón calvo y barrigón, podría perfectamente ser... mi marido.

Todo empieza a encajar un poco más y me relajo para ver las cajas. Solo hay tres.

—Falta la que estaba manchada de sangre —digo yo—, la que dejaste tú en el cobertizo.

—Se las debió llevar el lunes, no sé si antes o después de que yo fuera a la casa, no miré las cajas.

—Se fue de casa el lunes por la noche, tuvo tiempo de ir y marcharse antes de que llegaras.

—Lo que no entiendo —piensa Álex en voz alta— es por qué las ha devuelto.

—A mí lo que me parece raro es que solo haya tres, ¿por qué devuelve tres y se queda con una?

Álex está tan extrañado como yo. Se sienta en el suelo, supongo que pensando qué es lo que tenemos que hacer a continuación.

—Vaya par a la hora de buscar pareja. —Me dice medio serio medio en broma.

—Yo no me esperaba todo esto de Carlos —le digo, dándole la razón.

—Yo esta mañana he visto a Marta entrando en la casa esa que parece una mansión antigua, iba con tu amigo Alberto.

—¿Una mansión antigua en medio del pueblo? —pregunto yo.

—Sí, ¿vive ahí tu amigo?

—No, ¿es la que está al lado de la farmacia y frente a un supermercado?

—La misma —dice él esperando que le cuente más.

—Es la casa del Notario —digo yo extrañada.

Nudos

Sara ha convencido a Álex para que colabore en su plan. Él ya no tiene nada más que perder, así que ha cedido casi gustosamente. Sara ha salido del almacén y ha ido a por el coche, son más de las tres y la mayoría de almacenes ya están abiertos pero nadie les mira con interés.

Ha dado marcha atrás para colocar el maletero lo más cerca posible de la entrada del almacén, que está a unos metros del suelo, cosa que facilita la carga del coche. Arrastran entre los dos las cajas por el suelo y las meten en el Polo. Álex no está muy convencido, pero ella insiste en que ese coche lo aguanta todo.

Ella conduce su coche delante del de él, pero no va directa a casa. Pasa por la calle donde está la mansión antigua y se detiene delante para que Álex pueda bajar y leer el cartel. Solo entonces se convence de que la teoría de Sara puede ser cierta.

Es totalmente descabellada pero podría ser cierta.

Los cabos parece que empiezan a atarse y son nudos bastante resistentes. Se lo cuentan hace una semana y no se cree absolutamente nada.

Conducen de nuevo uno detrás de la otra hasta la casa de Sara. Ella entra con las llaves y abre el garaje desde dentro. Álex deja su coche en el descampado y espera a que las puertas de casa de Sara se abran para meter el Polo en el garaje.

—Ayúdame a subirlas arriba —dice Sara cuando Álex termina de descargar la tercera caja—. No quiero dejarlas en el comedor, las niñas podrían verlas.

Sara desaparece un momento por la puerta que da a la casa y vuelve con un par de mantas. Las colocan debajo de las cajas y las empujan las tres a la vez, haciendo un tren con ellas, la tercera empuja a la segunda que empuja a su vez a la primera. Álex mira a Sara que está pegada a su cuerpo empujando con todas sus fuerzas y maldiciendo sus botas camperas que resbalan en el suelo y no la dejan empujar bien. Sonríe y siente el calor de su cuerpo, el brazo de ella pegado al suyo, sus cabezas casi rozándose.

Se concentra en empujar hasta que llegan a las escaleras.

—Tú coge por aquí —dice Álex señalando un extremo de la caja— y yo por aquí, voy delante y de espaldas, no corras.

Álex empieza a subir las escaleras sonriendo a pesar del esfuerzo. Sara siente que está roja como un tomate, más por los nervios de tenerle delante marcando bíceps que por el esfuerzo de subir la caja. Ella le guía por el pasillo hasta que llegan a su habitación. Dejan la caja en el suelo frente a la puerta.

Bajan y suben con la siguiente caja.

—Deberías darme tu número de teléfono —dice Sara cuando apilan la segunda caja sobre la primera.

—¿Por si tienes que trasladar más cosas? —dice él riéndose y bajando las escaleras a por la tercera.

Sara salta desde el tercer escalón a su lado y empieza a cargar la caja hacia arriba.

—No, para que pueda llamarte y contarte cómo acaba esta historia. — Dejan la caja sobre las otras dos—. Si es que tienes curiosidad, claro.

Álex saca su teléfono del bolsillo.

—Dime tu número y te llamo.

Sara enrojece, durante meses se ha imaginado de todas las maneras posibles cómo podría ser esa escena y en todas tenía unas intenciones muy diferentes a las que tiene ahora. Le dice su número y el teléfono suena al momento en su pantalón.

Es una pena, piensa, que Álex no demostrara tener interés en ella, porque ella sigue deseando que él la empotre contra la pared.

Sara se da cuenta de que se ha quedado mirando fijamente a Álex y sale de su mundo dando un salto para abrir la puerta de su habitación.

Álex empuja las cajas y las coloca frente a la cama. Sara mira el conjunto desde fuera y desea que llegue ya la hora, que Carlos vuelva a casa y dé todas las explicaciones que tiene que darle.

No te vas, te echo

Carlos y las niñas llegan pasadas las 9, Carlos se excusa y dice que la peli ha terminado tarde y que ya llegan cenadas, les ha comprado un bocata y se lo han comido en el coche.

Están encantadas con la tarde que han pasado con su padre, a quien pido que no se vaya, si es que piensa irse, le digo que quiero hablar con él. Él me mira extrañado, no tengo ni idea de lo que pensaba hacer, pero creo que mi actitud le ha sorprendido. Pues ya verás.

Nora me cuenta emocionada que han visto la peli en versión original y que ha entendido casi todo. Lola me dice que ella lo ha podido leer casi todo y ha entendido algunas cosas. Me encanta que demuestren esta pasión y que por fin empiecen a darse cuenta de que ver pelis en versión original mola. Lola le pide a Carlos que suba a leerle un cuento, cosa que él hace sonriendo, y Nora me pide quedarse conmigo un poco más en el sofá. Dice que ya es mayor y que tiene derecho a irse a la cama más tarde que Lola. Le doy cinco minutos en los que me cuenta el argumento completo de la peli y la acompaño arriba a su habitación. Carlos ya ha terminado con Lola y pasa a la de Nora a darle las buenas noches mientras yo arropo a mi pequeñaja, que cada día es más mayor.

Está tan cansada que se duerme delante de mis ojos y veo como relaja la mano que tiene levantada para decirme algo hasta que toca la sábana y los ojos se cierran del todo. Apago la luz y salgo de la habitación sigilosamente. Me encuentro en el pasillo con Carlos que sale de la habitación de Nora y le pido que me acompañe a nuestra habitación.

Abro la puerta y entro delante de él que me mira medio sonriente hasta que ve las cajas apiladas una sobre otra justo a mi lado.

—Aquí las tienes de vuelta —digo yo—. Fuiste tú el que se las sacó del desván, ¿verdad?

—Esto es increíble. —Me dice—. Increíble. —Está enfadado—. ¿Desde cuando lo sabías?

—¿Que te las llevaste? Lo he tenido claro del todo cuando las he encontrado.

—Desde cuando sabías que Gari las iba a robar. ¿Le habéis ayudado Alberto y tú?

—Qué tiene que ver Alberto en todo esto. No me cambies de tema —digo yo, que sigo muy calmada—. Dime qué pintas tú trabajando en una fábrica de jabones en lugar del periódico.

—Alberto tiene todo que ver con esto —dice Carlos sentándose en la cama y empezando a llorar.

Yo no entiendo nada y me descoloca bastante ver a Carlos llorando. Me siento a su lado y le pido que empiece por el principio. ¿Porqué dejó el periódico?

—Fue al nacer Lola, quería dejar la calle y que me hicieran director de sección, dejar de investigar y de meterme en líos, pero me pusieron a trabajar con Gari que era joven y tan lleno de energía. Ascendieron a David y vi claro que no iba a conseguir un ascenso así que me limité a hacer lo mínimo. No lo sé, las niñas eran pequeñas y no quería meterme en líos, quería un buen horario y un buen sueldo sin tener que jugarme la piel en investigaciones complicadas. Así que Gari se lo curraba y yo lo escribía.

—Lo sé, recuerdo tu disgusto cuando David consiguió la dirección del departamento, estuviste de mal humor muchos meses.

—Supongo que poco a poco me fui acomodando, David se dio cuenta y metió a Gari en otra cosa y me dejó solo, me pidió que le trajera algo mío, pero yo hacía tiempo que no... que...

—Que no tenías nada que darle —digo yo, que conociéndole, le entiendo perfectamente.

—Y que no tenía ganas de meterme en líos. Se lo conté a Alberto un día y me dijo que podía darme algo, tenía una pequeña historia sobre un chino que fabricaba drogas y jabones, me dio lo justo para que tirara del hilo, cosa que hice. Fui a la fábrica a echar un ojo y me encontré con un tipo chino que no tenía a nadie contratado. No sé cómo me lo monté que salí de ahí con un trabajo de mozo de almacén.

—¿Cuándo fue eso? —pregunto yo para ver si me cuadran las fechas.

—Hace menos de un año —dice él—. Fui al periódico y se lo conté al director, no a David, al director del periódico y se rio de mí en mi cara. Así que me largué de ahí.

—Dejaste el curro y hemos estado viviendo con el sueldo de un mozo de almacén durante un año. ¿No hubo recortes ni nada parecido?

—No. —Sigue Carlos—. El chino fabrica jabón y lo vende en sus tiendas, tiene unas 100 repartidas por todo el país.

—¿Y quién las gestiona? —pregunto yo que no entiendo que un hombre solo pueda gestionar 100 tiendas.

—Cada tienda se gestiona sola. —Me cuenta él—. Están todas regentadas por familias de su pueblo, de China. Él les trae aquí y les pone un negocio. Lo gestionan y se quedan gran parte de los beneficios. Él se queda con un tanto por ciento y al margen de la gestión.

—¿Y las drogas? —pregunto yo.

—Trabaja de noche. Fabrica una especie de droga sintética que causa alucinaciones durante una media hora y que te deja en estado zen durante unas 12 horas.

Soy consciente de ello, sigo en ese estado tranquilo en el que nada, excepto Álex, me altera.

—¿Hablaste con Alberto sobre esto? —Le pregunto.

—Una vez me preguntó, me dijo que si iban a desaparecer del mercado sus jabones favoritos le avisara con tiempo. Me reí, y le dije que ya le avisaría.

—¿Y Gari? —pregunto yo.

—A Gari se lo conté desde el principio. A él le interesó tanto la historia como a mí y me ayudaba en la investigación. Le habían hablado de una droga que parecía azúcar granulado, pero no había podido probarla. Por lo visto, conseguir euros falsos es muy caro y complicado. Solo unos pocos hombres los venden y tienes que tener buenos contactos para que alguien te presente a uno de ellos. Cuando le conoces es fácil, quedas con él, pagas 200€ y te da el euro falso. Una vez tienes la moneda solo tienes que dejarla en el mostrador de alguna de sus tiendas para que te den una pastilla de jabón con relleno sorpresa.

—¿Estábais compinchados para robar el dinero?

—¡No! Ni Gari ni yo haríamos nunca algo así —dice Carlos y empiezo a notar que se me pasa el efecto zen.

—Gari robó el dinero —digo con poca paciencia—. No me digas que no podía hacer algo así, lo hizo. Y tú robaste el dinero de mi casa, tampoco me digas que no podías hacer nada así, que ya lo has hecho.

—Yo no sabía que Gari iba a robar el dinero. —Me dice Carlos volviendo a llorar, cosa que ahora me exaspera, me levanto de su lado y me pongo a pasear por el poco trozo libre que queda en la habitación.

—Wei, el chino, hacía un envío con dinero cada medio año. Por lo que pude comprobar lo iba guardando en barras de jabón y cada medio año mandaba un pedido enorme a un hotel de lujo que tiene en Japón. El envío era por barco, él iba en avión al hotel para esperar la llegada de las cajas y hacer

lo que fuera que hace con su dinero. Eso fue lo que me dijo Gari, que tenía 4 semanas antes de que se diera cuenta.

—Pues se enteró antes —digo yo.

—Me dejé mi móvil en el almacén, creo que Wei lo vio.

—Por eso vino a por nosotros —digo yo que siento cómo el efecto zen me abandona definitivamente.

—No creo que Wei sea mala persona, Sara, ha dado trabajo y un futuro a mucha gente de su pueblo.

—Con el dinero de la venta de drogas —digo yo.

—Que solo vende a determinados perfiles, de forma muy controlada y por mucho más dinero del que tiene un adolescente. Gari la ha probado varias veces y asegura que no engancha, que no deja resaca y que no tiene efectos nocivos. Yo no lo sé.

—¿Qué piensas hacer con el dinero? —le pregunto.

—Ya lo has visto, devolverlo —dice él sorprendido—. No quería que estuvierais en peligro. —Termina.

—Dos cosas. —Empiezo a gritar yo—. La primera es que sabes, igual que yo, que había cuatro cajas, por tanto si no me salen mal las cuentas te has quedado con una. Y la segunda es: ¿qué entiendes tú por mantenernos a salvo? ¿Largarte y esconderte solo tú sin importante lo que nos pudiera pasar a nosotras?

—Volví en cuanto me dijiste que entraron a robar —dice suplicando que le crea con la mirada.

—¡Volviste porque te encontré y sabiendo que habían estado aquí te largaste al día siguiente y todavía no has vuelto! —Estoy totalmente fuera de control—. ¡Todavía no me has dicho cómo encontraste las cajas en la casa! —digo gritando pero ya mucho menos.

—Me diste el móvil y leí que un mensaje de disculpa de Gari por haberme robado, ¡me golpeó con una barra de hierro! Y después veo tus mensajes pidiéndole que te llame urgentemente. Está claro que es algo que habéis planeado a medias, supongo que Alberto os ha ayudado. —Hasta donde yo sé Alberto no sabe nada de todo esto— digo, pero no muy convencida, hoy nada me sorprendería. —Y Gari está muerto.

Carlos me mira sin saber qué decir y se echa a llorar de nuevo.

Me veo obligada a contarle cómo vimos el accidente y cómo le vimos morir delante de nuestros ojos justo después de que nos dijera que había robado a un narco solitario. Le cuento también, cuando fui a la casa iba con Álex para encontrar pistas en las cajas y que por accidente a Álex se le cayó

una desde el desván en la cabeza del chino y que luego Álex encontró el móvil de Carlos en su furgoneta.

No me deja seguir hablando. Se levanta y me mira como si fuera una asesina. Empieza a bajar las escaleras y de espaldas para no perderme de vista y me mira como si yo fuera a matarle en cualquier momento.

—¿Pero qué has hecho Sara? —Me dice—. ¿Qué clase de persona eres?

—No he hecho nada, los dos han muerto solitos, Carlos, te lo juro, fue cuestión de suerte.

—¿A eso le llamas suerte? —Me dice sentándose en el sofá aturdido.

—No, le llamo suerte a que no nos pasara nada ni a mí ni a las niñas cuando nos dejaste solas sabiendo que podías parecer culpable del robo a un narco. Tuviste miedo y solo pensaste en ti.

—Me voy —dice él, que como buen cobarde no soporta escuchar la verdad.

—No te vas, te echo. —Le digo—. No quiero un cobarde como tú en nuestras vidas.

Carlos sube las escaleras y va a nuestra habitación, saca la ropa de su armario y la mete en una maleta. Abro una caja y le doy un par de jabones. Que sea un cobarde no significa que quiera verle dormir en el coche. No tiene trabajo, así que espero que eso le ayude. No dice que no, mete el dinero en la maleta y veo cómo baja las escaleras, le sigo hasta el garaje.

—Supongo que con el dinero que tienes no te importará que me lleve tu coche —dice y, antes de cerrar la puerta, añade—. Espero que no me pongas problemas para ver a las niñas.

—Por supuesto que no —digo yo, que me quedo de pie en medio del garaje hasta un buen rato después.



Jueves

¿Dónde está Álex?

Las niñas se levantan de muy buen humor. Como ya hemos hecho alguna otra vez estos últimos días me siento a desayunar con ellas y pasamos un buen rato mientras charlamos de nuevo de la peli que vieron ayer. No quiero estropear el buen rollo así que no les digo nada de mi separación con Carlos. Aunque a penas han pasado unas horas siento que lo que he hecho es lo correcto.

He querido mucho a Carlos, y no es que necesite a un hombre que me proteja, puede fallar, por su puesto, pero para fallar tiene que intentarlo y Carlos no lo ha hecho, yo jamás le habría dejado solo, con o sin niñas en caso de suponer que estaba en peligro. No es que sea su obligación por ser un hombre, es una obligación que tienes cuando quieres a alguien.

Se largó, puso como excusa mi falsa confesión de infidelidad, pero en realidad ya tenía la bolsa preparada, no creo que me esperara para contármelo, solo esperaba que llegara para poder coger las llaves de la masía, que estaban en mi coche.

Ayer llamé a Álex un rato después de que se fuera Carlos, pero no contestó al teléfono.

No insistí, aunque no pude dejar de mirar varias veces si me devolvía la llamada. Estoy ansiosa por contarle todo lo que me contó Carlos y por saber cómo le fue a él en casa.

Me tengo que reprimir de volverle a llamar pero decido ponerle un mensaje. Mi primer mensaje a Álex: «Buenos días. ¿Todo bien?».

Veo que ha recibido el mensaje y al momento veo que lo ha leído. Mi corazón empieza a acelerarse cuando veo que en la pantalla pone *escribiendo*. Pero solo recibo un triste «sí» como respuesta.

Hoy soy yo la última en terminar de vestirme. Sigo sin tener ropa interior limpia, el día que puse lavadoras me centré en la ropa de las niñas. Solo me quedan los conjuntos más elegantes, aquellos que no suelo ponerme porque van llenos de blondas y me pican por todas partes.

Me lo pongo y me miro al espejo. Me queda bien, aunque se me hace raro verme así, tan *sexy*.

Para solucionarlo rápido me pongo unos tejanos, viejos, como todos los que tengo, y una camiseta de manga corta, que ya empieza a hacer buen tiempo.

Lola quiere ir al cole dando un paseo y ahora mismo no hay nada que me apetezca más. Bueno, sí, pero lo que no puede ser, no puede ser y como decía mi padre, y además es imposible. Cambio la imagen mental de Álex descubriendo mi *sexy* ropa interior para recordar a mi padre que lleva 25 años sentado en su coche en la copa de pino. Niego con la cabeza intentando borrar ambas imágenes mientras bajo las escaleras, para mi sorpresa me encuentro con las niñas esperándome en la puerta con sus carteras puestas. El paseo hasta el cole es igual de agradable que las últimas cosas que hemos hecho juntas, cómo han cambiado las cosas. Sonrío mientras ambas me dan la mano y se pelean por ser la que me cuenta algo. Las escucho atentamente y durante un rato me olvido de Álex, de Carlos, del dinero y del libro que pienso escribir contando esta historia.

Lola me da uno de sus fantásticos abrazos y Nora me regala un beso que no espero.

Me doy la vuelta y vuelvo a casa dando un paseo. No he visto a Álex. Ya me llamará o me vendrá a ver cuando quiera.

El teléfono vibra en mi bolsillo, lo saco, convencida de que va a ser mi madre, que hoy no me ha llamado las 7:15, pero es Álex.

—Hola —digo yo contestando sin sonreírle, para qué engañarnos, me ha molestado que sea tan escueto en su respuesta esta mañana.

—¡Hola! —dice él contento—. Perdona que esta mañana fuera tan seco, estaba intentando vestir a los niños, a veces me lo ponen muy difícil.

Me río, ya sé a qué se refiere, y él tiene mellizos, debe ser mucho peor.

—Ya conozco el final de la historia —le digo.

—Cuéntamelo —dice él en un tono que me parece de lo más sugerente, quizás son las ganas que tengo de que fuera así, aunque él ha dejado claro más de una vez que no tiene ese interés por mí, quizás es debido a que es la primera vez que le escucho hablar por teléfono—. ¿Sara? —Me dice viendo que me he quedado callada mucho rato.

—¡Perdona! —digo yo volviendo a la realidad—. Pues el final es que he echado a Carlos de casa.

—Ya —dice él fastidiado—. ¿Y si me lo cuentas desde un poco antes?

—Ven a verme y te lo cuento —digo yo, que me encuentro de nuevo tonteando con él.

—Ahora no puedo. Cuéntame.

Me fastidia que me corte el rollo de esa manera y tengo ganas de colgarle el teléfono, pero le hago un resumen de lo que averigüé anoche. Que Alberto le dio el chivatazo de que había un chino que vendía droga escondida en

jabones, que se infiltró a trabajar para él después de haber dejado el periódico para conseguir una historia por su cuenta y que Gari, sabiendo que el chino tenía planificado hacer uno de sus envíos de dinero, entró y robó. Carlos, al ver que yo le había mandado mensajes a Gari y que tenía el teléfono que se había dejado en el almacén, pensó que estaba en el ajo y fue a la casa a por el dinero, que se llevó las cajas para podérselo devolver al chino y que dejara de perseguirnos.

—¿Y por qué le has echado? —Me pregunta Álex sorprendido—. Si él no ha tenido nada que ver con el robo...

—Se creyó en peligro y se largó —digo yo—. Nos dejó solas a mí y a sus hijas, solo pensó en salvar su culo.

La caja que falta

Álex se queda callado unos instantes después de escuchar la explicación de Sara. Aunque entiende perfectamente que ella haya echado a su marido de casa por cobarde, si fuera sincero consigo, o con ella, le diría que esperaba oír que le ha dejado porque está enamorada de otro. Pero ella no ha dicho eso.

—¿Y a ti? —dice Sara—. ¿Cómo te fue?

—¿Quieres saber el final de mi historia? —Se ríe él.

—Por favor —ruega Sara.

—Le dije a Marta que esta vez no me echaba, que me iba yo, pero se marchó ella.

—Álex te importaría empezar por el principio del final. —Se ríe Sara viendo que Álex juega a lo mismo que ella.

—Está bien —empieza él—, me costó un poco hacer que Marta confesara, decía no saber nada del dinero, que fue casualidad que lo encontrara en la mochila. Pero después le dije que sabía lo del notario y me dio la razón.

—¡Te lo dije! —dice Sara—. Fue una corazonada, pero ¿cómo sabían que el chino estaba muerto?

—Tu amigo Alberto —dice Álex—, que como sabes, por lo que te ha contado Carlos, conocía la historia.

—Sí —dice Sara para que Álex vea que sigue escuchando.

—Y que como también deberías saber, lleva años enamorado de ti. —Álex calla para ver qué dice Sara, pero ella espera a que él siga hablando—. Por lo visto, te encontró muy rara después de pasar el día conmigo, después le pareció rarísimo que entraran a robar en tu casa y no se llevaran nada, o que Carlos hubiera desaparecido de esa manera y pensó que tal vez tenía algo que ver con la historia que él le había pasado. Así que te siguió hasta la casa.

—El mismo día que me seguiste tú y que me siguió el chino —concluye Sara.

—Así es —confirma Álex—. Por lo visto lo vio absolutamente todo.

—Y supo que el chino estaba muerto y que tú tenías su documentación.

—Cuando nos fuimos. —Sigue Álex—. Tu amigo Alberto volvió a la casa y se llevó la caja del cobertizo.

—Qué hijo de puta —digo yo.

—Y se fue a buscar a Marta, a quien no muy casualmente imagino había conocido el sábado, para proponerle el negocio de sus vidas. Alberto rompió

el candado y entró en la fábrica de jabón el lunes por la noche para robar los papeles que necesitaban, escrituras de los negocios, ya sabes. Marta se encargó de encontrar el DNI del muerto en mi mochila y de buscar un chino que mínimamente se le pareciera, al que le dio los cincuenta mil euros que me quitó. No le costó preparar contratos de compraventa y arreglar una compra a plazos, que por supuesto no pagaran ya que el chino está muerto. Yo les vi cuando iban al notario a «comprarle» la empresa al falso chino. Ahora son propietarios al 50 % de más 100 bazares chinos, una fábrica de jabón y creo que hotel de lujo en Japón.

Lo que me espera

Llevo un rato en casa hablando con Álex pegada a la puerta. He entrado y no he sido capaz de moverme hasta que he conocido el final de la historia.

Álex se queda callado y yo hago lo mismo. Ya no tenemos nada más que decirnos.

—Así que tu mujer y mi mejor amigo son propietarios de un próspero negocio de drogas —resumo como despedida.

—Ah no, eso no, me juró que ella de las drogas no quiere saber nada. Alberto aseguró que las tiendas dan ingresos sin hacer apenas nada, a ninguno de los dos les interesa meterse en esos líos.

—Eso espero —digo yo sin saber ya qué más añadir.

—Les voy a vigilar de cerca. Si me entero que la madre de mis hijos, a quien te rogaría que no volvieras a llamar mi mujer, está metida en este tipo de negocios la denuncio inmediatamente.

—Y entonces ella te denunciará por todo lo demás —digo yo.

—Lo sé —dice Álex, tendremos que confiar en ellos y no quitarles los ojos de encima.

Recuerdo cuando Álex a quien no quitaba los ojos de encima era a mí. Pero me callo y no se lo digo. Aquello ya pasó.

—Bueno —dice él.

—Bueno —digo yo—. Recuerda que tengo tus cajas aquí, ven a buscarlas cuando quieras.

Álex no dice nada, espero un poco a ver si se decide, pero no. Digo adiós y sin esperar respuesta, con un nudo en la garganta le doy al botón rojo.

Sigo apoyada en la puerta y me dejo caer lentamente hasta el suelo, pero antes de quedarme sentada del todo suena el timbre. Me levanto de un brinco y abro la puerta sin mirar quién es. Es Álex.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sin entender nada—. ¿Ya vienes a por las cajas? Has dicho que no podías venir.

—Estaba de camino y necesitaba conocer el final de la historia antes de llegar.

—Te lo podría haber contado, cara a cara —protesto cerrando la puerta de la entrada.

—Si hubieras empezado por el final, como has hecho, no habría podido escuchar el resto de la historia —me dice y me mira de un modo tan intenso

que me provoca un escalofrío.

El final es que he echado a mi marido de casa, pienso yo mientras veo cómo se acerca a mi peligrosamente con su mirada intensa oscura casi violenta. ¿Es eso lo que él necesitaba?

Topo con la pared y él sigue acercándose, lo hace lentamente y deseo que llegue de una vez. Creo que empiezo a jadear antes de que me roce. Me sujeta la barbilla y me besa impetuosamente. Con una mano agarra mi cintura y me atrae hacia él mientras que la que tenía en mi cara baja hasta mi pecho se desvía hacia mi brazo lo levanta sobre mi cabeza apretándolo contra la pared. La mano de la cintura sube por mi barriga hasta mi pecho, igual que antes se detiene y lo caricia unos instantes para seguir hasta mi brazo y levantarlo sobre mi cabeza. Sujeta mis dos manos con una de las suyas y aprieta su cuerpo contra el mío, sin dejar de besarme, sin dejar que le toque. Jadeo dentro de su boca y él pone la mano bajo mi camiseta. Siento toda su excitación entre mis piernas, se separa un momento para quitarme la camiseta y los pantalones. Me quedo desnuda con mi ropa interior de encaje y miro cómo se desnuda él. Sonrío sabiendo lo que me espera y viendo que estaba muy equivocada y que no la tiene para nada pequeña.



Antes de estudiar Comunicación, estudió Historia y Empresariales. Durante 10 años se dedicó al marketing (*offline*).

La crisis de 2007 fue su gran oportunidad; perdió su trabajo y a los pocos meses ya se ganaba la vida escribiendo. Desde casa.

Durante una década trabajó como *freelance* en la creación de contenidos para estrategias de Content Marketing y como redactora, o *ghost writer*. Ha participado en la creación de guiones para cursos de formación, ha escrito miles de artículos para blogs y más de 20 libros por encargo.

Lo dejó para escribir solo para ella y enseñar a otros lo que ha aprendido a lo largo de estos años.



Clara Tiscar i Castells

EL POLI QUE DUERME
EN EL COCHE, LA
PERIODISTA EN PARO
Y LAS CAJAS QUE
PESAN DEMASIADO

Lectulandia